Luis Miguel Bajén García

UN HÉROE EN ZAPATILLAS

PEDRO MARTÍNEZ BASELGA Y SU MUSEO DE JUEGOS Y JUGUETES INFANTILES

Luis Miguel Bajén García

monografías del instituto aragonés de antropología

UN HÉROE EN ZAPATILLAS
PEDRO MARTÍNEZ BASELGA Y SU MUSEO
DE JUEGOS Y JUGUETES INFANTILES

Este libro es la recuperación de Pedro Martínez Baselga, un librepensador comprometido, apóstol de una escuela laica, alegre, educadora y moral.

Intelectual de amplio espectro, interesado por analizar los problemas sociales, feminista, defensor del poder civilizador de la ciencia, denunciante de la riqueza insolente de unos pocos, de la postración secular de la mujer y del niño, de los males de la familia tradicional, de la hipocresía social, de la educación clerical... Fue, a todas luces, un hombre cabal, de ideas cocidas y palabras crudas, que apostaba por la mejora de la sociedad a través de la educación y la redención de la infancia. Un activista de la pluma, un héroe en zapatillas, que creía en el poder revolucionario de la palabra y del juego.

Su singular *Museo Infantil*, resumido en un interesante y curioso libro que aquí reeditamos, fue una de las primeras colecciones europeas de juegos y juguetes infantiles.

UN HÉROE EN ZAPATILLAS

PEDRO MARTÍNEZ BASELGA Y SU MUSEO DE JUEGOS Y JUGUETES INFANTILES

Contiene edición facsímil

UN HÉROE EN ZAPATILLAS

PEDRO MARTÍNEZ BASELGA Y SU MUSEO DE JUEGOS Y JUGUETES INFANTILES

LUIS MIGUEL BAJÉN GARCÍA

instituto aragonés de antropología

MONOGRAFÍAS, Nº 7

© Del estudio Luis Miguel Bajén García
© De las fotografías Montserrat de Vega Mas

Edita: Instituto Aragonés de Antropología
Domingo Miral, 4
Edificio de Servicios
Universidad de Zaragoza
Tel. 976 76 10 00 - Ext. 3622
Correo electrónico: iaa@unizar.es

Patrocina: Ayuntamiento de Zaragoza.
Área de Educación y Acción Social
Concejalía de Acción Social y Cooperación al Desarrollo

Colaboran: Prensas Universitarias de Zaragoza
Caja Inmaculada

Maquetación y portada: Ignacio Navarro
Diseño de la colección: Carlos González Sanz
Impresión: A.G. IMPRESIONARTE
Lorenzo Pardo, 24 - 50008 Zaragoza

I.S.B.N.: 84-931139-3-X
Depósito Legal: Z-3389-2004

Uno de los muchos motivos explicatorios de nuestro atraso cultural y político es la ausencia casi absoluta del culto a los muertos ilustres. En España, el que se muere acaba de una vez y para siempre.

Santiago Ramón y Cajal

A nuestros hijos de la generación tecnológica, para que nunca olviden los juegos callejeros y la utopía de un hombre bueno. A sus esforzados maestros y, entre ellos, a mi amigo Cele García, corredor de pollos y estudioso de los juegos y deportes populares.

PRÓLOGO

Un fantasma en la botella

...Sobre el lecho espectral del pasado, impasible y gigantesco, hacemos flotar nuestras pequeñas barcas. Sólo a veces su sordo rumor se convierte en embravecida furia que hace aflorar conchas, piedras, esqueletos... testigos todos de una vida abisal cuya sorprendente familiaridad nos desconcierta. Entre estos restos regurgitados aparecen también libros viejos, pequeñas botellas que alguien tiró al mar. Una vez abierto el apretado corcho, liberado el genio que habitaba dentro, leído el mensaje de socorro del náufrago, es demasiado tarde para arrepentirse...

Esta botella, titulada *El Museo Infantil* y firmada por Pedro Martínez Baselga, me llegó hace ya algunos años, en forma de fotocopias, a través de una sucesiva cadena de amigos. Su interesantísimo contenido iba precedido por una misteriosa hoja impresa por un tal Luis Coderque Amorós, médico colegiado 760, con unas raras anotaciones manuscritas indescifrables.

El libro quedó guardado en mi biblioteca durante un tiempo, olvidado de mis afanes diarios, hasta que una extraña e imprecisa inquietud lo devolvió a mis manos un

día de abril de este año. Desde esa chispa inesperada, una vez comencé a hablar de esa secreta joya, todo parecía favorecer su reedición, como si una fuerza desconocida alentara el éxito de la empresa. Sólo tuve que dejarme guiar por lo que podríamos llamar una inefable sucesión de acontecimientos. Éstos son los hechos verídicos, tal como sucedieron.

1. Una conversación casual con el historiador Miguel Ángel Pallarés sirvió de primer estímulo: en un fugaz encuentro le comenté con euforia la existencia de este viejo libro y su interés; tras unos minutos de charla, él mismo se comprometía generosamente a presentar inmediatamente la idea de su reedición al Instituto Aragonés de Antropología, del que ambos somos miembros. Días después, tras una rápida reunión de la junta del Instituto en que se apoyó la iniciativa, me urgió por teléfono y con gran entusiasmo a dirigir la reedición. ¿Podía negarme? Sí, tenía dos hijos que atender, unas oposiciones cercanas y varios trabajos inacabados y urgentes. Pero la cabra siempre tira al monte...

2. Elegí seguir mi única pista sobre el autor, acudir a su antiguo domicilio, tal como aparecía en el libro (Paseo María Agustín, 5, principal), e indagar si quedaba memoria de tan peculiar veterinario y pedagogo, muerto hacía tanto tiempo. De camino allí, de repente, un inesperado y voraz apetito atenazó mis pasos y decidí saciarlo con algún pincho de tortilla, pues las pesquisas prometían ser largas. Desechè dos bares por distintos motivos (¡extraños remilgos, en ese momento de necesidad!) y finalmente fui a parar al Café Levante, que hacía años no visitaba.

La acogedora y decadente belleza del recinto me sorprendió como siempre y no pude menos que retrotraerme

a la precisa época de Pedro Martínez, los primeros años del siglo XX. La decoración modernista, las viejas fotografías que cubrían las paredes, la poderosa edad de algunos clientes adormilados y un ambiente extrañamente relajado daban al local una atmósfera de ensoñación que, increíblemente, parecía haber superado el paso del tiempo.

Obnubilado por la burbuja espaciotemporal del café, me pareció natural preguntarle a la camarera que en ese momento me servía:

- Estoy buscando la antigua casa de un tal Pedro Martínez Baselga, un profesor de veterinaria que vivía por este barrio en los años 10...

Estábamos en el 2004 y la camarera rondaba los cuarentaytantos años, así que cabía esperar que me tomara por loco y me despachara con una frase más o menos amable: ¡preguntarle por un hombre muerto hacía 80 años! Sin embargo, me miró asombrada y respondió con cierto tono de intriga:

- Sí. Mi padre fue compañero suyo en la antigua Escuela de Veterinaria...

Efectivamente, según me contó, su padre, muerto hacía seis años, era Serapio del Río, profesor de Anatomía Patológica e Histología en la Escuela de Veterinaria, compañero por tanto de Martínez Baselga, con quien seguramente había compartido tertulias en ese mismo café donde nos encontrábamos. Lo más curioso es que la camarera, que no era tal, estaba en el café accidentalmente, pues sólo por amistad ayudaba a los dueños en algunas ocasiones.

-*¡Mira, allí mismo estaba la Escuela de Veterinaria!*, exclamó, señalando una vieja fotografía situada justo a mis espaldas.

3. Esa misma tarde, en la Biblioteca Universitaria, donde, cosas de la suerte, trabajaba mi amigo Pallarés, repasé uno de los libros de don Pedro, *Las penas del hombre*. Abrí una página al azar y leí un encendido elogio a los cafés que parecía recién escrito como educado agradecimiento a la camarera del Levante que me había ayudado esa mañana. Días después se lo entregué transcrito.

4. Por la noche, mientras cavilaba sobre mis próximos pasos, mi hijo pequeño hojeaba una agenda. Vino a mí e, inesperadamente, me acercó una página que parecía gustarle

-*¡Mira, papá!*

Di un respingo en la silla ¡Era una fotografía de la actual Facultad de Veterinaria!

5. La bibliotecaria de la Facultad, Esther Bentué, me recibió con acogedora amabilidad, como si me estuviera esperando, y me proporcionó toda la información que disponía sobre el autor. Encaminado por ella, pregunté por el expediente del viejo catedrático en la secretaría del centro. La mujer que me atendió ¡lo tenía, casualmente, encima de la mesa!

6. Seguí consultando varios libros de Martínez Baselga conservados en la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, todos firmados y marcados por su mano. Parecía que el autor los había depositado allí cuidadosamente, esperando una

mirada futura que les asegurara la posteridad. Pronto quedé subyugado por la personalidad del profesor, pues latía en ellos una confianza absoluta en el progreso del ser humano y parecían responder a un muy meditado plan editorial para lograr una nueva educación. A pesar de que el autor se mostraba seguro de su utilidad, al abrirlos se podía percibir las escasísimas veces que habían sido leídos. Ya no era una, sino varias, las botellas de náufrago que encontraba.

7. Presenté propuestas para algunas publicaciones a José Ignacio López Susín, del Área de Educación del Ayuntamiento de Zaragoza, entre ellas una ayuda al Instituto Aragonés de Antropología para la reedición de este *Museo Infantil*. Escuchó atentamente y me llamó a los pocos días:

– *Oye, no hay problema para el libro de Martínez Baselga. Pide presupuesto a diversas imprentas.*

8. No quiero cansar más con el relato de mis bienaventuradas andanzas; sólo diré que, además de las ya citadas, muchas personas me han prestado ayuda, guiándome cómodamente de un paso al siguiente: Juan Manuel García Rodríguez, Pepa del Río, José Estarán, Eloy Fernández Clemente, Teresa Higuera, Pilar Bernad, Concha Nasarre, Isabel García, Elisa Sánchez, Remedios Moralejo, Cristina Seguí, Hugo Valdivielso, Ignacio Navarro, Daniel Viñuales, Montse de Vega...

Hoy, día 1 de noviembre de 2004, fecha en que termino este prescindible prólogo, he llevado un ramo de flores a la tumba del insigne polígrafo en el cementerio de Torrero. Mientras me alejaba del lugar sin mirar atrás, he sentido un reconfortante alivio...

INTRODUCCIÓN

Martínez Baselga: veterinario, sociólogo, pedagogo... librepensador

☞ La recuperación y difusión de la obra de Pedro Martínez Baselga es de justicia y a ello pretende contribuir esta edición. Hoy en día es reconocida su labor veterinaria, que lo ha encumbrado como uno de los más destacados científicos en la historia de la disciplina en España; sin embargo, sus obras pedagógicas y sociales han sido casi totalmente olvidadas (1).

Son muchas las cualidades morales e intelectuales que laten en toda su obra y que debemos destacar de la personalidad de este gran hombre: su capacidad para

(1) Algunos trabajos previos me han sido de gran ayuda. Emilio Balaguer y José Mª Pérez García escribieron una reseña sobre Martínez Baselga en la *Gran Enciclopedia Aragonesa* (1980), con datos de la semblanza que Francisco Abad Boyra, alumno de Martínez Baselga, redactó para el libro *Semblanzas Veterinarias* (1973). Eloy Fernández Clemente dirigió en 1996 la reedición de la obra de Martínez Baselga *Quién fue Costa*, con una interesante introducción sobre el autor. Teresa Higuera, M.A. Vives y M.C Mañé recuperan su labor docente y publicista en una comunicación elaborada en este año 2004. Ver bibliografía.

indignarse ante la ignorancia, las injusticias y las diferencias sociales, para conmoverse por el sufrimiento de otros seres y denunciarlo sin tapujos, para prestar su verbo con encendidos elogios a quienes promueven la justicia, la educación y el progreso colectivo; su incesante actividad intelectual y divulgativa, sus ideas certeras, avanzadas y claramente explicadas, con desprecio a toda retórica que vele su intención. Nos encontramos ante un intelectual de amplio espectro, interesado por analizar los problemas sociales, feminista, defensor del poder civilizador de la ciencia, denunciante de la riqueza insolente de unos pocos, de la postración secular de la mujer y del niño, de los males de la familia tradicional, de la hipocresía social, de la educación clerical... Fue, a todas luces, un hombre cabal, lúcido, de ideas cocidas y palabras crudas, que apostaba por la mejora de la sociedad a través de la educación y la protección de la infancia. Un activista de la pluma, un héroe en zapatillas, que creía en el poder revolucionario de la palabra y del juego.

La lectura de su expediente administrativo basta para conocer su brillante trayectoria académica. Nació en Zaragoza el 18 de enero de 1862 y murió en la misma ciudad el 22 de enero de 1925. Estudió en la Escuela de Veterinaria de Zaragoza. En 1887 ingresó en el cuerpo de Veterinaria Militar, experiencia que le sirvió para publicar una curiosa *Guía del opositor*, y a partir de 1898 trabajó como ayudante de pruebas prácticas en la Escuela de Veterinaria de Córdoba. En 1902 ganó la cátedra de Patología y de Terapéutica (en realidad de «Patología general y especial, Farmacología, Arte de recetar, Terapéutica, Medicina legal y Clínica Médica»), ejerciendo primero en la Escuela de Veterinaria de León y desde 1903 en la de Zaragoza, donde permaneció hasta su

DOCTRINA UNITARIA

Arquitectura del Cerebro

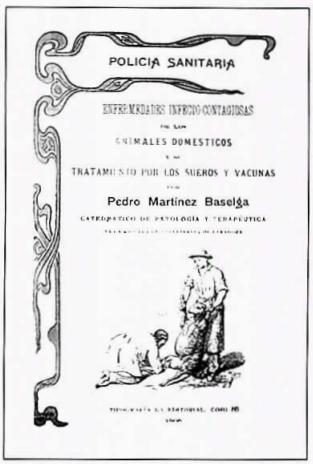
CON ARREGLO AL PLAN MEDULAR

POR

PEDRO MARTÍNEZ BASELGA

ZARAGOZA

1907


POLICÍA SANITARIA

ENFERMEDADES INFECTO-CONTAGIOSAS

DE LOS

ANIMALES DOMÉSTICOS

Y SU

TRATAMIENTO POR LOS SUEROS Y VACUNAS

POR

Pedro Martínez Baselga

CATEDRÁTICO DE PATOLOGÍA Y TERAPÉUTICA

OPOSICIONES AL CUERPO DE VETERINARIA MILITAR

GUÍA DEL OPOSITOR

POR

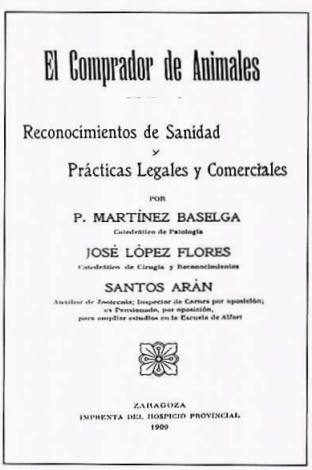
DON PEDRO MARTÍNEZ BASELGA

Y

DON RAMÓN PEREZ BASELGA

ZARAGOZA

1893


El Comprador de Animales

Reconocimientos de Sanidad

y

Prácticas Legales y Comerciales

POR

P. MARTÍNEZ BASELGA

Catedrático de Patología

JOSÉ LÓPEZ FLORES

Catedrático de Cirugía y Reconocimientos

SANTOS ARÁN

Auxiliar de Zootecnia; Inspector de Carnes por oposición;
en Pensionado, por oposición,
para ampliar estudios en la Escuela de Alfort

ZARAGOZA

IMPRENTA DEL HOSPICIO PROVINCIAL

1909

muerte en 1925. En 1913 fue nombrado catedrático provisional de Histología Normal, Patología general y Anatomía patológica y desde 1918 ocupó el cargo de subdirector de la Escuela Especial de Veterinaria de Zaragoza. En 1920 es citado en su expediente como Catedrático numerario de Patología especial médica de enfermedades esporádicas, Terapéutica farmacológica y Medicina legal.

Llevó a cabo una importante actividad docente, científica y divulgativa, especialmente en Patología y Terapéutica veterinarias, tal como se puede apreciar en la bibliografía. Escribió numerosos manuales dirigidos no sólo a los estudiantes y veterinarios, sino a los ganaderos y propietarios de animales, siempre con una organización clara y sintética de las ideas, con abundantes imágenes y un lenguaje llano y preciso que disuena de la artificiosa prosa de la época. Su vocación didáctica le llevó, incluso, a dibujar láminas con modelos esquemáticos y preparar maquetas demostrativas de la evolución de la anatomía animal. Su labor profesional está siendo en la actualidad estudiada y reivindicada por Teresa Higuera, pues su brillantez pedagógica y publicista sigue estando vigente. Entre sus obras veterinarias destacan *Fisiología integral, Veterinaria Forense y Arquitectura del cerebro con arreglo al plan medular*, en las que defiende la doctrina fisiológica unitaria o interrelación a través de las estructuras nerviosas de todo el funcionalismo orgánico. La "doctrina unitaria", proclamada por Letamendi, pretende evitar la excesiva especialización provocada por la diseminación de los avances científicos y propone un plan integral que estudie al hombre como un todo. Ese nuevo hipocratismo llevará a Martínez Baselga a interesarse por las psicología y la sociología.

Más allá de los méritos citados y en relación a sus obras pedagógicas, se le puede considerar heredero de las ideas regeneracionistas y krausistas de la época, especialmente de las de su tío Joaquín Costa, sobre quien escribió un libro de memorias, *Quién fue Costa*, uno de los primeros dedicados al León de Graus, en que lo describe con gran admiración.

No obstante, Martínez Baselga es algo más: un librepensador heterodoxo, un humanista interesado por lo popular, un cientifista convencido que desconfía de la escuela tradicional, un pedagogo a pie de imprenta, un pionero de la autoayuda y de la sociología, un feminista *avant la lettre*... En muchos aspectos es un intelectual de mayor modernidad que Costa, franco y rudo como él, pero con algunas diferencias importantes: Martínez Baselga se muestra pesimista respecto a una revolución inmediata o una acción política que solucionen los problemas del hombre y prefiere insistir en la reforma de la conducta individual y en la educación práctica y moral de las clases populares como medio fundamental para mejorar sus condiciones de vida y lograr su felicidad. Es la felicidad individual, por encima incluso de las necesidades materiales, el anhelo más natural y justo de todos los seres humanos y es obligación moral de todos que ésta sea conseguida, no sólo para el hombre, sino también para la mujer y para el niño.

Ese carácter mundano, esa desconfianza en la sola acción política y su interés por el bienestar de todos (hombres, mujeres, niños, animales) y no sólo por el «bien tener», convierte a Martínez Baselga en un pensador menos abstracto, mucho más cercano e interesante que la mayoría de los autores coetáneos o incluso poste-

riores. Su vocación inquisitiva respecto a los sentimientos y conductas humanos le impulsa a conocer y analizar sin tapujos pequeños detalles, situaciones menudas, personajes cotidianos y marginales: las costumbres sociales en la infancia y la madurez, la vida en el café, las relaciones sentimentales de hombres y mujeres, los problemas sexuales de los jóvenes, los juegos y entretenimientos de niños y mayores, la violencia de unos y otros... Desfilan por sus obras los vendedores ambulantes, las prostitutas y sus chulos, los comerciantes, los jornaleros, los niños, las criadas, los huérfanos, las monjas... Son impagables algunas de las páginas en que, por ejemplo, describe con detalle la vida diaria de un prostíbulo, el loco pandemónium de una tienda de pueblo, cómo se le pone un «culero» a una mosca, la diversidad de comestibles callejeros, la terrible muerte de los niños en el hospicio, las desgracias encadenadas de las madres solteras, el ingenio que atesora un submarino de juguete, el listado de aleluyas que ha logrado coleccionar o la increíble variedad del armero infantil...

Por eso mismo, los detalles autobiográficos, con frecuentes aragonesismos y referencias a tradiciones locales, son constantes en sus obras. Gracias a ellos lo podemos imaginar enseñando a leer a su criada, escribiendo por la noche a la luz de un candil, espiado por los vecinos mientras pregunta sobre juegos y juguetes a los mocetes callejeros, vendiendo sus libros en su propia casa en zapatillas y albornoz, discutiendo con un carpintero la forma del próximo juguete, defendiendo apasionadamente sus ideas en el café ante un público de levita, preparando y decorando para sus alumnos detalladas maquetas de animales... o, quizá, visitando discreta y educadamente una casa de citas cercana.

A lo largo de esta introducción dejaré explicarse a Martínez Baselga, citando con profusión sus propias palabras, pues en sus libros está lo mejor de sí mismo y son difíciles de conseguir. Nunca me ha gustado esa impostora tendencia a hablar por boca de quienes pueden hacerlo, en este caso a través de sus escritos.

¿Son sus obras cosas del pasado? No lo creo. Se trata de un hombre con una libertad de pensamiento y un pragmatismo poco comunes, y eso, en esta tierra injusta, se paga con el olvido interesado. Algunas de las ideas clave de la época y del autor son todavía hoy una asignatura pendiente, lo que no deja de provocarnos cierta melancolía. Pronunciémoslas despacio, paladeando su significado, como lo hiciera en su tiempo el gran y buen Martínez Baselga: COSMOPOLITISMO, FRATERNIDAD UNIVERSAL, EDUCACIÓN FESTIVA, SOCIAL Y POLÍTICA, FEMINISMO, REDENCIÓN DE LOS NIÑOS, REDENCIÓN DEL HOMBRE, DIGNIFICACIÓN DEL TRABAJO MANUAL, LAICISMO...

La enfermedad social de España

En 1903 publicó *Las penas del hombre* (2), obra clave para entender sus ideas sociales y políticas y que fundamenta todos sus escritos posteriores. Él mismo la define como una «obra doctrinal que sirve de fundamento para la Pedagogía sociológica», tarea educativa que

(2) Las referencias bibliográficas aparecen en un anexo final. Salvo otra anotación, de aquí en adelante, los números de páginas de las citas se referirán al libro que estemos comentando en cada momento.

desarrollará años después en su colección Educación Popular.

A partir del análisis de la sociedad y de su carácter convulso (la sociedad española «vive rabiando» por la diaria «lucha por la vida»), pretende «lanzar algún diagnóstico de las enfermedades sociales», orientar y trazar unas directrices para vivir mejor, para ser más feliz.

«En este libro se ve cómo luchamos, cómo nos exterminamos, cuáles son las armas de que se sirven las diferentes clases sociales en estas luchas y lo difícil que resulta la felicidad a nadie, ni en las clases que nos parecen más privilegiadas, en un ambiente tan morboso como el que padecemos» (*Sociología y pedagogía*, p. 52).

«Este libro podría titularse más propiamente Mundología porque enseña a vivir. Es un tratado de experiencia práctica de la vida, de alto interés para los padres de familia, a fin de instruir a sus hijos en la lucha social» (contracubierta de *Cartilla para escribir en seis días*).

El plan es aplicar la disciplina de la fisiología patológica humana a la sociología, al estudio de las sociedades, dando lugar así a una especie de fisiología patológica social. Gracias a esa voluntad científica y unitarista la sociología podrá ser considerada una ciencia exacta. Una ciencia que, como todas, tendrá por imperativo «acabar con la lucha por la existencia», porque:

«Toda ciencia que no sirva para mejorar la condición del hombre o no sirve para nada o es perjudicial» (p. 166).

A pesar de esta vocación científica, en todo momento es fiel a una voluntad divulgativa, pues quiere que su

LAS PENAS
DEL HOMBRE
Patología Social Española
POR
PEDRO MARTINEZ BASELGA
ZARAGOZA:
Imp. y Lit. de F. Villagrasa
1903

estudio sea entendido por todos. Constantemente utiliza términos precisos, que luego explica mediante ejemplos.

«Procurando que nuestro estudio sea lo más popular posible, huiremos del tecnicismo corriente en esta clase de ciencias, y de un modo concreto procuraremos investigar el origen del mal, para extirparlo si es posible» (p. 3).

A lo largo de sus primeras páginas traza una magnífica pintura de la época, crítica y diacrónica. Describe con una claridad muy aragonesa las condiciones de vida de las diversas clases sociales. La absoluta pobreza del proletario rural:

«...tiene que dedicarse a la limosna cuando no hay trabajo y a buscar jornales en otra provincia o a emigrar de su patria, cuya palabra para este hombre es un sarcasmo.

Este hombre es el gallego, que va a segar a Andalucía, el aragonés que va a segar a Castilla, el castellano que pide trabajo en las carreteras de Asturias y el pobre de todos los pueblos de España. Es el tipo que nos encontramos en las poblaciones pidiendo limosna para dos pobres trabajadores, porque casi siempre le da vergüenza pedir solo. Es el que detiene la Guardia Civil y demás autoridades por indocumentado. Es el que se va a Buenos Aires o al Congo. Es el que ingresa en los hospitales con fracturas en las piernas y en las costillas. Es el que no puede robar mas que un pan cuando tiene hambre o un fajo de leña para venderla y convertirla en pan para llevárselo a sus hijos y a su mujer, que se mueren de necesidad...

(...) A estos pobres yo los he visto llorar cuando se les ha reclamado una deuda, en uno de esos días en que no habían comido ni él ni sus chiquitines.

Pues bien, estos hombres que en España suman algunos millones son las raíces del Estado. Éstos esperan la redención de los hombres de ciencia y de buena voluntad y toda sociología y toda religión que no vaya en línea recta a mejorar la con-

dición de estos seres o no sirve para nada o es perjudicial» (pp. 30 y 31).

No olvida más adelante la aún más triste condición social de la mujer, sierva y base imprescindible de toda familia:

«Pero los problemas de la mujer son más complejos y después de dar el pecho mil veces a su niño, limpia la choza supliendo con sus puños la falta de jabón, porque antes son las patatas, y luego se pone a remendar otra vez las ropas, que son siempre las mismas, y todos los días se desgarran y cada vez van siendo más difíciles aquellos remiendos. Aquella mujer no cesa un instante de trabajar durante el día; por la noche no le dejan dormir sus niños, porque están hambrientos y siempre hay uno u otro enfermo, de esas enfermedades que produce la miseria» (p. 286).

«Cuando no se gana, la mujer es la encargada de ir a las tiendas pidiendo pan prestado...» (p. 285).

Los niños son las principales víctimas de la pobreza, las más débiles:

«...van por el pueblo por donde les da la gana, metiéndose en todas las casas de los parientes, donde sacan los pobrecitos algún tomate y algún mendrugo.

Este abandono y esta miseria produce una mortandad espantosa. El sarampión, las viruelas, el tifus, la difteria y todas las infecciones encuentran en los pueblos un cebo atroz, muriendo los niños en una proporción aterradora.

Gran parte de los hijos de los pobres mueren de desgracias, porque la madre no puede cuidarlos y los aplasta un carro, les rompe una pierna una mula, se caen a los pozos, se tiran de los tejados y se ahogan en las balsas» (pp. 31 y 32).

Dedica unas páginas a la clase media rural, el propietario que tiene tierras para trabajarlas con un par de mulas y que ha de «rabiar de trabajar para no morirse de hambre»:

«...Este ejemplar es el más típico, el más constante y el que más abunda en la clase media agrícola (...) tiene casa propia y no paga alquiler (...), tiene todas las dependencias necesarias: patio donde se vive en verano, cocina, que hace de comedor, habitaciones para dormir, corral, cuadra, graneros, pajar y bodega. (...) Casi siempre, un propietario de esta categoría tiene una viña que por lo menos da vino para casa, algunos olivos y un pequeño huerto de hortaliza» (pp. 34 y 35).

El rico de pueblo tampoco se libra de la penuria económica: no deja de ser «un aristócrata que se está arruinando a pasos de gigante», pues a pesar de sus muchas propiedades y trabajadores es incapaz de sacarles rentabilidad. Para colmo, la economía familiar se empobrece con el reparto a los hijos, que suelen emigrar a la ciudad.

Poco después pinta a grandes rasgos numerosos oficios representativos de la clase media. En su rápida digresión sobre la ascensión y caída de los tenderos de pueblo, dibuja con gracia el caos de este tipo de comercios:

«... monta su tienda como un bazar porque hay chorizos y telas, alpargatas y anteojos, relicarios y tocino, sardinas y puntillas, escobas y queso, aceite y cencerros, salchichón y clavos, azúcar y cinchas, y en fin lo más heterogéneo y en una confusión espantosa, porque allí todo está amontonado y sin clasificar y aquello parecen los restos de un saqueo, notándose preferentemente olor a sardinas, aceite y óxido de hierro» (p. 52).

Respecto a las profesiones «científicas», éstas no tienen aplicación en los pueblos, «porque los elementos

con que se practican éstas son muy caros». El farmacéutico «es generalmente un mendigo más», el médico rural tiene una situación económica muy parecida pero con un ejercicio profesional más comprometido y desagradable y el veterinario «gana menos que éstos y trabaja como un minero». En la ciudad tampoco mejoran sus ingresos:

«los sueldos peor pagados, porque resultan ridículos, son los del personal técnico, médicos y farmacéuticos y por eso los hospitales y la inclusa no son en España mas que lugares a donde va la carne agonizante» (p. 177).

Del maestro también se lamenta, pues su situación es mucho peor:

«...sólo diremos que tiene una consignación de 8 ó 10 reales diarios, que nunca se los pagan y vive de limosna, defendiéndose con los regalos de las familias de algunos niños. Estos regalos consisten en pan, verduras, frutas y algún pedazo de tocino» (p. 57).

En definitiva, el hambre hace estragos en gran parte de la sociedad y hay pocos medios para combatirla.

«Hay que cruzarse de brazos y ver morir las gentes por falta de recursos científicos y sobre todo por falta de pan, pues no hay posibilidad de convalecer sin una buena alimentación. El hambre predomina y esto favorece las infecciones. No hay más que ver el aspecto de esas pobres mujeres de los pueblos. Todas están histéricas y con 30 años de edad tienen la piel arrugada y mohosa, porque han parido ya 8 ó 10 muchachos que se las han comido...» (p. 59).

Las malas cosechas castigan a jornaleros, labradores y ricos, que a menudo se entrampan con el prestamista o se suman al número de emigrados a la ciudad.

«En los pueblos rurales (...) ocurre que los alimentos no crecen y allí no puede haber más vecinos que los que permite el tanto de cosecha para el número de comensales. (...) Como la reproducción no cesa, la emigración tiene que ser constante y esta emigración se acentúa de un modo extraordinario cuando aparece una plaga...

En la emigración lenta y constante figura el mozo que va al servicio de las armas, la moza que va a servir de muchacha, el muchacho o la chica que van a casa de sus parientes a la ciudad y hombres, niños y mujeres de todas las edades que salen pidiendo limosna sin colocación fija, buscando el mendrugo que calme el hambre del momento, sin más ilusiones ni esperanzas» (pp. 166 y 167).

Los recién llegados a la ciudad, «los invasores», no tienen unas condiciones de vida mucho mejores que en los pueblos y deben iniciar una nueva lucha social. Allí tienen lugar nuevos «procesos morbosos sociales, que es tanto como enseñar el arroyo donde va a morir lo que sobra».

«Estos que salen de los pueblos con mucho hambre y con muchas enseñanzas de la vida, arruinarán con golpes muy seguros a los que viven en la capital y después del asalto, los vencidos irán a la inclusa, a la prostitución, al hospital, al presidio y al convento acompañados de los invasores que pierden en la lucha. (...) a la inclusa, a la prostitución y al hospital irán los más débiles, al presidio los más imbéciles y los más fuertes, al convento los más inútiles y a la emigración a otros países los más sanos y de mayores energías»(p. 50).

En este punto, Martínez Baselga se detiene a relatar cómo muchas jóvenes pobres del mundo rural y algunas obreras, después de ser engañadas por un amante sin escrúpulos de su misma clase social, se ven abocadas a convertirse en prostitutas urbanas.

«Las muchachas que van a servir a la ciudad dan el mayor contingente a la prostitución.

Esta muchacha es la hija de aquel labriego del pueblo que se dedicaba a cortar leña y a venderla; o bien a ganar el miserable jornal en casa de Parmentier (el cacique)» (p. 167).

«La muchacha que ha sido abandonada por su novio porque no tiene un real ni pudo prestarle protección de ningún género tuvo que recurrir a la Celestina, que para ella vino a ser algo así como el prestamista del pueblo. La Celestina le dio de comer y luego, para explotarla, sobraba aquel niño que lo arrancó de sus brazos antes de que estropeara los pechos de la madre» (p. 171).

La descripción del trato a los niños en las inclusas es de una crudeza brutal, de un tenebrismo detallado que espanta y seduce por su capacidad de compasión y su impulso ético:

«En la inclusa se mueren los niños de hambre así:

Tendidos en aquella cuna, lloran mucho, desesperadamente y muy fuerte pidiendo auxilio para que los limpien, porque sus secreciones irritan y hacen llagas en sus carnecitas; lloran mucho, mucho, y agotan todos los esfuerzos de sus escuálidas piernecitas para romper aquellos pañales que los oprimen como hierros candentes, abren la boca y miran en la dirección en que oyen ruidos pidiendo auxilio siempre y nadie los escucha.

Alguien pasa por allí que tiene acorazados los oídos a aquellas lamentaciones, vuelve a pasar y el niño no recibe auxilios. A veces encuentra en su boca las manecitas y calla un instante creyendo que es la teta; pero como de allí no sale ningún jugo, el tormento continúa, lloran más y más fuerte, deshaciéndose sus manecitas con aquellas encías, que están heridas por los mordiscos. Y siguen llorando y pidiendo auxilios, en

breve cesan de llorar, nadie acude y dan los últimos quejidos. El llanto es más débil, se ponen fríos, cesan las fuerzas de sus mandíbulas para estrujar sus manos, a poco los bracitos se enfrían, se ponen rígidos, la boca se queda entreabierta y cierran aquellos ojillos que antes centelleaban pidiendo socorro, mirando a todos los sitios y así, dando un suspiro, quedan los niños muertos de hambre.

Los mayorcitos, los que han conocido los cuidados de su madre, la llaman y mueren de hambre cuando ya no tienen fuerzas para repetir otra vez ¡mamá! ¡mamá!

Luego un hombre los coje. Se quitan aquellos pañales, que van al lavadero y el niño al carro y después al hoyo. Allí ya no molesta a nadie» (pp. 172 y 173).

Respecto a los hospitales, insiste en calificarlos como «almacenes de carne moribunda»:

«En los hospitales no hay alimentos, ni medicamentos, ni camas, ni ropas. (...) Y como es conocida la situación de los establecimientos de beneficiencia en España, horroriza ir al Hospital y antes se vende la última sábana, la misma cama del enfermo, todo, absolutamente todo. A los enfermos se les saca de sus casas para llevarlos al Hospital cuando ya están moribundos...» (pp. 177 y 178).

Perfilado el desolador panorama general, Martínez Baselga analiza la vida de las diferentes clases urbanas, que en muchos casos son consecuencia de la gran emigración rural.

«Los obreros son generalmente el producto del cruzamiento de dos razas. Son los hijos que resultan de la muchacha de servicio recién llegada del pueblo y que sirve en casa de señoritos pobres y del hijo del obrero de la capital que procede de invasiones anteriores» (p. 186).

También el burgués es de origen rural pero, gracias a haber soportado privaciones, humillaciones y esfuerzos, ha logrado acumular un capital.

«Ha sido un verdadero mártir, ha pasado todos los tormentos posibles: hambre, frío, sabañones, exceso de trabajo muscular, jamás ha tenido libertad para nada y ha pasado su vida detrás del mostrador sin pisar mas que cuatro metros cuadrados de terreno y sin un goce, porque los desconoce» (p. 196).

Sin embargo, el esfuerzo realizado no le libera al rico ni al burgués de su obligación moral de ayudar al pobre.

«El que ha conquistado el pan y echa el cerrojo en su casa para comérselo tranquilamente sin acordarse de los niños que mueren de hambre en la inclusa, ni de las muchachas que son apaleadas en las casas de lenocinio, ni de los pobres, ni de muchos que han sido ricos que mueren por los hospitales, ni de las pobres mujeres que pasan su vida por los presidios de los conventos, ni de los que emigran buscando otra patria, probablemente sus hijos y él mismo si se descuida irán a pudrirse a esas simas a donde caen los débiles. La indiferencia, en política, es un crimen» (pp. 410 y 411).

Tanto obreros como artesanos, al igual que sus familias, son víctimas de un sueldo absolutamente insuficiente que les procura hambre y enfermedades.

«En la clase baja, que es así como se llama a esta clase en las poblaciones, hay mucho que admirar, y se encuentran ejemplos preciosos de la potencia de adaptación para el dolor y la miseria...» (p. 189).

Para colmo, el reclutamiento forzoso merma los ingresos de las familias a cambio de una actividad inútil o claramente antisocial.

«El recluta, que es un muchacho del campo, ingresa en el cuartel, le ponen unos zapatos que le estropean los pies y no puede andar, porque siempre ha llevado alpargatas. Se le pone en la cabeza un casco que solo sirve para estrangularle el cráneo y cuando se caldea por el sol le funde los sesos; se le ponen unos guantes para que no pueda agarrar nada o un ros que deprime la frente; muchos botones brillantes para que se pase la vida restregando y para que se le pierdan o se los roben; muchas galas y plumeros que tampoco sirven para nada, pero que hay que ser esclavo de ellas, para que no se pierdan ni estropeen.

Luego muchos gritos, mucha trompetería, mucho estruendo y muchísimo temor. ¡El Comandante! ¡El Capitán! ¡El Sargento! ¡Rediós! ¡Qué difícil todo! ¡Qué violento! ¡Cuánto sufrimiento inútil! Después se hace autómata: ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! y a estos gritos que son muy vertiginosos se mueven como máquinas.

Luego se les da un armamento y se colocan en correcta formación en las aristas de la pirámide social para disparar sin saber a quién, cuando lo ordene el Alcalde, el Gobernador o el Ministro» (p. 198).

A la acerada acusación al ejército añade el autor un lamento por la escandalosa inmoralidad de la redención del servicio militar a cambio de dinero, que libera a los hijos de los ricos de esa obligación. Plantea, para acabar con ella y solucionar muchos de los males de la sociedad española, el servicio militar obligatorio.

Años más tarde, en su libro de 1909 *Sociología y pedagogía* señalará su desconfianza sobre el amor a la patria, tan reivindicado por sus contemporáneos, y propondrá un patriotismo moderno, distinto al tradicional, menos retórico y fanático.

Quién fué
Costa
por
Pedro M. Baselga

«La Patria ha sido para nosotros un fanatismo como la Religión; la emoción que nos ha producido la Bandera ha sido igual que las imágenes de los templos. (...) la mayor parte de las veces hemos ganado batallas para aumentar el hambre y no debe ser así» (p. 183).

Una nación pobre engendra un patriotismo falso entre quienes la sufren. El sentimiento de la patria sólo puede nacer si los hombres que la habitan son felices, si tienen garantizadas sus necesidades, «su libertad y sus derechos individuales».

Es de lo que carecen los llegados a la ciudad. En general, de los muchos oficios que adquieren los emigrados urbanos, los peor remunerados son los reservados a los recién llegados: los empleados de tranvías, los cocheros, los peones de albañil, los mozos de cuerda, los barrenderos, los pequeños empleados de los municipios, diputaciones, hospitales, porteros... y los policías y guardias municipales:

«Ellos son los que arrastran la carne de las camas de los hospitales hasta el anfiteatro y la entierran. Ellos son los que dan las palizas en los gobiernos civiles, en las cárceles y en los presidios. Ellos son los que apalean a las prostitutas, a los ratas, a los borrachos y a las gentes de mal vivir. Ellos son los apaleados y los que mueren en el hospital. Ellos son a la vez las víctimas y los verdugos» (p. 203).

En este repaso a las clases populares se detiene finalmente en los que emigran a otras naciones, empobreciendo al país que les despide.

«Son los más útiles, en primer lugar porque son los más sanos y robustos, pues sin salud no se puede emigrar.

El que emigra es el que tiene bastante inteligencia para conocer su ambiente y convencerse de que no puede vivir en España porque todo está ocupado» (p. 204).

Martínez Baselga volverá a ese tema en su libro *Sociología y Pedagogía*:

«Cuando estudio la vida de España me voy escamando de la civilización, porque veo que a un salvaje le es más fácil criar a su familia que a nosotros.

(...) El agricultor, el industrial, el comerciante y el intelectual todos se quejan y es tal nuestra situación que el capitalismo no puede vivir más que arruinando y encareciendo la vida con truses y monopolios que siembran el espanto y la miseria nacional.

Lo peor es que no podemos confiar ni tener esperanza en la juventud, porque la entrenamos por el mismo camino que nosotros y no podrá aspirar más que a ocupar nuestras vacantes» (pp. 169-170).

Ante la dificultad para ganarse el pan, la emigración es una de las pocas salidas para las personas y para la nación:

«La emigración es necesaria. Precisamente de lo que se trata es de preparar una juventud intrépida y bien instruida que se marche a conquistar la vida, a establecer relaciones internacionales que aumenten nuestros dominios» (p. 176).

La difícil solución política

Analiza el autor de *Las penas del hombre* el modelo político español de la época, transcribiendo literalmente diversas leyes: la municipal, la provincial y la Constitución

de 1869, que inaugura el nuevo régimen liberal. A pesar de que reconozca que su carácter democrático y su espíritu esté «a la misma altura que las naciones más cultas» argumenta lo poco que sirven estas leyes para combatir la enfermedad social descrita.

«Desde principios del siglo XIX hasta 1869 estuvieron nuestros abuelos montados en las barricadas para llegar a la conquista de un nuevo régimen que es aproximadamente el que nos rige desde la indicada fecha. (...) Las banderas de nuestro Ejército están impregnadas de sangre liberal, humeante todavía, porque viven muchos de los héroes que defendieron la libertad que está conquistada para siempre. Tenemos toda la libertad posible en un pueblo hambriento...».

La democracia es impracticable: los labradores no tienen independencia para votar, pues dependen de los caciques locales y éstos conquistan su impunidad controlando a concejales y diputados:

«La libertad es muy cara. Y por eso que es muy cara la libertad, es impracticable en muchas clases de España. El labriego come directamente de los jornales que recibe del pequeño propietario y del gran propietario. (...) Este hombre tiene que votar siempre por quien le diga el amo» (p. 90).

Las «cuadrillas de caciques, sus enjambres de jueces, de procónsules y de frailes», a los que ya acusaba Joaquín Costa, hacen imposible la libertad y la justicia.

A pesar de este fracaso social y político, Martínez Baselga cree en el progreso logrado y analiza la trayectoria histórica del país para demostrar que la sociedad española ha mejorado durante el siglo XIX.

«La España era clerical y guerrera. No había posibilidad de comer ni de vivir, más que siendo militar o fraile. El clericalismo exterminaba a la clase media, acaparando todas las riquezas en los conventos; el Ejército no tenía más objeto que defender a la clase sacerdotal y del Ejército salían los caballeros. El resto de la nación eran mendigos que pasaban la vida en la puerta de los conventos, esperando la ración de sopa que mitigase el hambre por algunas horas» (p. 206).

Los liberales progresistas, que a lo largo del siglo han dirigido diversas revoluciones, han logrado mermar el poder de la Iglesia, democratizar las instituciones y acabar con el Antiguo Régimen.

También diversas novedades de origen europeo han contribuido a la mejora de España. Martínez Baselga cita expresamente tres: el tren, el café y los bancos. Su elogio al tren ocupa varias páginas, pues lo considera símbolo del progreso y del maquinismo: gracias a él ha mejorado la comunicación y el comercio, «se ahorra tiempo, materia y espacio», y han llegado al país los extranjeros, verdaderos civilizadores del país, pues «la civilización moderna que hoy tiene España no es nuestra. Nos la han dado casi toda los extranjeros».

Sólo los catalanes han sabido entender los nuevos valores de la sociedad industrial:

«Los catalanes (...) vieron antes que nadie la clave de los negocios, entendiendo las iniciativas, el trabajo, el ahorro y el progreso, y se pusieron muy pronto a la cabeza de todas las demás provincias en dinero y en cultura de esta que es la más verdadera.

(...) A los catalanes les hemos entendido muy pocos y el resto de las provincias no los hemos aplaudido como se mere-

cen, pero es que ha habido un interés extraordinario en que no fueran comprendidos» (p. 223).

La defensa de los cafés como espacios de diálogo interclasista y de difusión de las nuevas ideas es apasionada.

«El Café, ese establecimiento llamado Café, desde el punto de vista social ha tenido una importancia civilizadora extraordinaria.

(...) Antes de esta revolución social y de la fundación del café las ideas políticas y religiosas estaban tan enconadas que no se referían las prácticas de la lucha a discursos sólo sino al total exterminio de clericales contra liberales y viceversa.

(...) Pero llegó el café y antes que éste el dinero, porque fue lo fundamental para crearlo, y modificó las costumbres de tal modo que, dulcemente y sin darse cuenta de esto las gentes, se constituyó el café en un centro de cultura y de democracia más eficaz y de resultado más cierto y constante que todos los Ateneos y que todos los organismos encargados de difundir los dogmas de la Libertad.

(...) El café desde entonces fue un salón de lectura popular y un centro de discusión, donde se hablaba y difundían las ideas de justicia y humanidad, un centro de educación social, un templo donde los enemigos se estrecharon las manos, porque se habían sincerado y abdicado de sus errores y enconos pasados, y en muy poco tiempo el café realizó una evolución progresiva en las ideas y en las personas verdaderamente notable y hermosísima.

(...) Alrededor de una mesa de café se iban destruyendo los odios seculares y se iba formando la indestructible y hermosa fraternidad universal» (pp. 230-234).

Todas estas innovaciones no son suficientes para el cambio social inmediato. Para asegurar el futuro democrático es necesaria una educación científica, social, con

colegios mixtos que promocionen tanto a la mujer como al hombre, y política, que inculque a los niños la idea del derecho, del deber y de la justicia y les haga practicar el sufragio y el jurado.

La ciencia, la instrucción pública y el internacionalismo ayudarán a la redención del hombre:

«La redención del hombre es darle alimentos, vestidos, habitación, libertad y amor; hacer de la humanidad una familia, de la Tierra una patria y de la patria un paraíso.

Todo el esfuerzo humano debe dirigirse a estos fines y a esto tienden los modernos congresos de Higiene y Demografía a donde acuden todos los sabios y hombres de buena voluntad de las más apartadas regiones para difundir por todas partes la ciencia, la salud y el bien» (p. 381).

Para llevar a cabo ese plan es necesaria la alianza de las fuerzas «progresivas» internacionales: los hijos ilustrados de los burgueses con los obreros socialistas, ayudados por los intelectuales. También los ricos deben comprometerse a mejorar la sociedad:

«Estas son las tendencias de los obreros de todas las naciones que, rompiendo las fronteras y las bárbaras tradiciones de cada país, se abrazan y se saludan con el título de compañero.

Las nacionalidades se derrumban en este siglo por una fuerza nueva, que es el trabajo; lo que no pudieron conquistar los ejércitos de los más grandes generales, lo realizan las máquinas por la ciencia» (p. 381).

«A los ricos no hay que abatirlos, sino enseñarles el camino de que sean más ricos, porque es el único medio de que vayan desapareciendo los pobres» (p. 374).

«Hay que convenir en que las fuerza mejor organizadas en todos los pueblos de Europa y América son las socialistas.

Hay que convenir en que esas fuerzas, que forman esa compacta masa vibrante y llena de vida, busca un fin redentor para las generaciones venideras y hay que convenir también en que esas fuerzas, que aparecen y se organizan con la misma pujanza que la semilla cuando hace estallar a la roca, se mueve a impulsos de causas legítimas y finalidades de justicia.

(...) El socialismo obrero es bueno, y por eso salen a recibirlo todos los gobiernos aunque con una timidez inconveniente. (...) La bandera del socialismo es «el derecho a la vida y la guerra contra el hambre»

Hay que salir con valentía al encuentro del socialismo para dirigirlo. (...) Si los ejércitos que se aprestan a la lucha han de ser obreros contra burgueses o viceversa, estamos perdidos...

(...) Todos nuestros esfuerzos deben dirigirse a hermanar estas dos fuerzas y como afortunadamente el obrero no es ningún idiota y el patrono también tiene conciencia de lo que vale el trabajo, esta labor no será difícil con buena voluntad.

La esencialidad del problema nacional estriba en poder armonizar estas dos fuerzas jóvenes y poderosas que han nacido juntas, fecundadas por la sangre de nuestras últimas revoluciones» (pp. 426-428).

A pesar del tono conciliador y optimista de la última parte del libro, éste acaba con una inquietante premonición bélica que se intuía en todas sus páginas:

«...se avecinan sucesos muy sangrientos para nuestra patria y para nuestros hijos y debemos evitarlos» (p. 446).

La redención de las mujeres y los niños: feminismo y nueva educación

De la revolución de las costumbres necesaria para una nueva sociedad (en ese campo España se convierte en «un barrio de París») destaca el papel fundamental de la mujer como protagonista del cambio social, de lo que llama «revolución de las flores», perspicacia no muy frecuente en autores de la época.

«...en nuestra revolución social la mujer ha sido uno de los factores más esenciales, más avasalladores de nuestra sociedad. Toda revolución tiene sus violencias, sus amarguras, lágrimas y en este capítulo aparece la mujer como un elemento revolucionario más grande que el juego» (p. 268).

Su defensa del feminismo es ampliamente razonada en un capítulo estupendo.

«La mujer vale mucho y no ha sido nunca comprendida, porque no han hablado de ella mas que los poetas idealizándola y espiritualizándola de tal modo que se la ha arrancado de la armonía natural y con esto no se ha hecho más que perjudicarla, porque con tanta cosa y tanta adoración, la mujer ha resultado siempre una esclava y es la que más ha sufrido todas las amarguras y tiranías sociales.

La mujer, desde que lucha sola y el hombre le soltó las cadenas, está pidiendo su emancipación y las mujeres de talento, que tienen ciencia y periódicos suyos, van haciendo propaganda para sacarla de la triste condición en que la tenemos...

Cada día puede demostrarse más que la inteligencia de la mujer no es menor que la del hombre, porque las mujeres van abriendo libros desde que se les permite tener criterio propio y se instruyen, promoviendo revoluciones más trascendentales de lo que parece...

En todas las naciones de Europa y América se levanta un movimiento feminista que es el germen del porvenir de las sociedades venideras...» (pp. 283-285).

«La mujer está rodeada de enemigos por todas partes. Los clericales la hacen suya para meterla en los conventos y para tenerla todo el día en la Iglesia.

Los hombres las perseguimos también para explotarlas si tienen dinero de sus padres y, si no, para encargarlas de las faenas más rudas, más sucias y difíciles de la vida, y como la rebelión es el derecho de los oprimidos, no deben extrañarnos muchas de las cosas que nos ocurren con ellas» (p. 368).

«El noventa y nueve por ciento de los hombres somos unos imbéciles y sólo sale una tonta por cada ciento entre mujeres» (p. 366).

«El feminismo liberal aumenta la superficie intelectual de las naciones, porque cultivando el cerebro de las mujeres, que tienen más sensibilidad y talento que nosotros, se aumenta la riqueza en términos asombrosos...» (p. 300).

«Es de absoluta necesidad que la juventud y los padres de familia fomenten el feminismo, porque el feminismo implica la redención de nuestras hijas dándoles medios de defensa para la lucha por la vida» (p. 394).

La postergación secular de la mujer no hubiera sido posible sin la intervención de la educación tradicional.

«A las niñas se les educa muy mal. En las primeras edades sufre los mismos tormentos de los niños; terror religioso, obscurecimiento de los sentidos diciéndoles las cosas al revés; trabajos forzados en los colegios, castigos, encierros, patadas, correazos y pláticas terroríficas.

A la mujer se la educa exclusivamente para el feminismo clerical: aprenden las niñas a bordar para que hagan mantos, enaguas y pañuelos a toda la corte celestial y gorros y zapatillas para su papá y para el abuelito» (pp. 366 y 367).

Su rechazo a la «obsesión» por los bordados que se imponen a las niñas es, de nuevo, antológica:

«Los bordados son antihigiénicos, porque en ellos anidan los microbios. Las niñas que bordan se hacen histéricas y cloróticas, porque están muchas horas delante del bastidor en completa inmovilidad, prestando mucha atención a los hilos y a los calados. Esas labores no prestan ningún fin social, ni divino ni humano, no sirven más que para atormentar a las pobres niñas y en todo caso, si se ponen los bordados en moda, para que sirvan de un elemento más de vanidades.

Las tendencias que inspiran la educación de la mujer en España puede sintetizarse en pocas palabras: Para inutilizar a un hombre, no hay cosa mejor que empobrecerlo y esto es lo que se hace con las mujeres. Para explotarlas no hay cosa mejor que hacerlas imbéciles no enseñándoles nada útil, y así se les roba la libertad poniéndolas en condiciones de que no sirvan más que para la iglesia y para el fregadero» (pp. 367 y 368).

«Privándolas de las ciencias y no dándolas entrada en el comercio ni en la industria no les dejamos más puertas abiertas que las del convento, la de la prostitución y la del matrimonio, que la mayor parte de las veces es una prostitución como otra cualquiera» (p. 394).

La protección de la infancia y la nueva educación, alejada de la tradicional e inspirada en la filosofía rousseniana, se convierte en motor fundamental de una sociedad más justa y democrática. La repulsa a la educación tradicional de los niños es también apasionada:

«En el siglo XX a los niños todavía se les educa en la Edad Media, haciéndoles sentir todos los tormentos de la superstición y todas las crueldades del terror religioso.

¡Pobres niños!

Los que hemos tenido la desgracia de sufrir estas atrocidades debemos evitárselas a nuestros niños.

Los niños nacen buenos y los hacemos malos. Los malos instintos del hombre se los imbuimos desde la cuna.

La educación debe consistir en hacer felices a los niños empleando para conseguir esta felicidad todos los conocimientos humanos» (p. 353).

Es en el ámbito de ese análisis donde Martínez Baselga denuncia pormenorizadamente cómo los padres impiden a los niños desarrollar su inteligencia y movilidad naturales, promoviendo en ellos el miedo, la represión y la violencia contra el instinto. Su indignación es de nuevo vehemente y hermosa:

«...es por lo que los niños chupan los juguetes, destripan las muñecas, arañan y hacen polvo todo lo que encuentran, rompen las vajillas y arrojan con violencia todas las cosas que suenan.

Todo esto que les produce tanto deleite, porque el estudio es una función necesaria, no se les consiente a los niños, ni se les consiente que rían, jueguen y salten, ni que brinquen, estudien ni desarrollen.

Para que no hagan nada de esto, se les dan todos los castigos posibles y los más inquisitoriales: correazos, bofetadas, puntapiés, encierros, insultos los más soeces, pronósticos los más patibularios y, sobre todo, mucho, muchísimo terror religioso.

Con el terror religioso los niños no pueden dormir de miedo. Están constantemente espasmodizados viendo a los

demonios que les ha pintado su madre, a las almas en pena, a los fantasmas y a los muertos que se filtran por las paredes.

Los niños, con esta educación, se vuelven histéricos y locos, causándoles espanto cualquier ruido producido por ellos mismos y hasta por su propio aliento.

¡Qué lástima que las madres que tanto quieren a sus hijos contribuyan a robar a sus niños la felicidad de esas edades, que es la más preciosa!» (pp. 351 y 352).

A los niños se les roba la felicidad y la libertad y se les atrofia su inteligencia natural.

«Todo se lo dicen al revés; no se le puede hablar a un niño sin decirle una incongruencia, y se le hace desconfiar de sus propias observaciones. Se le dice siempre, eso no se hace, que es al revés, que eso otro es caca y muy malo, y que se lo llevará el diablo; toda esa monserga se emplea la mayor parte de las veces porque el muchacho pide un dulce o cosa parecida.

En fin, todos, desde la madre hasta la criada y el vecino inclusive, comprendiendo los maestros muchas veces, y esto es lo más grave, tratan de hacer absolutamente imbécil al niño, obscureciéndole sus facultades, con todo lo cual, se les quita a los niños la libertad y se les hace supersticiosos, tímidos, hipócritas y malos, con instintos feroces» (pp. 352 y 353).

La oscuridad promovida dentro de la familia es agravada todavía más en los colegios religiosos. El clericalismo secular y la educación religiosa son culpables de entorpecer interesadamente la cultura y el progreso social, pues son enemigos de todo avance científico y racionalista.

«La educación española, que la tienen monopolizada los clericales en todas las esferas, ni es redentora, ni social, ni económica, ni positiva ni política. Las tres cuartas partes de los

españoles no saben leer ni escribir y los que pueden educarse se esterilizan en los conventos.

El clericalismo roba la felicidad a los niños, las alegrías a la juventud, esclaviza a las mujeres y no hace felices a los hombres.

Como los extranjeros residentes en España saben esto fundan aquí escuelas para sus hijos para no ser tributarios de los frailes; por eso las escuelas alemanas y francesas que se han instalado en Madrid y en otras capitales, van tomando cada día mayor incremento.

El clericalismo crece destruyendo y a medida que avanza retroceden los pueblos hasta su exterminio.

¿Veis todos los conventos nuevos? Toda la riqueza de los clericales es una resta a la Agricultura, a la Industria y al Comercio. El clericalismo es un enemigo del progreso cuyo poder está en razón directa de su riqueza» (pp. 397 y 398).

«Padecemos de clericalismo. La lesión inicial de todas nuestras penas la promueve el clericalismo» (p. 411).

Martínez Baselga se detiene a denunciar la tortura física y moral a que se somete a los niños en los colegios religiosos, pues él mismo ha sido víctima de esos escarnios.

«En los colegios de frailes se levantan los niños a las seis o las siete de la mañana en invierno y no cesan de trabajar hasta las nueve de la noche.

Todas estas horas, incluyendo las de comer y las que llaman de recreo, se rigen por un reglamento estrecho mucho más que el de la ordenanza militar y mucho más cruel, pues al soldado ni se le deja sin comer, ni se le azota, ni se le hace trabajar todo el día para aprenderse varios capítulos de memoria de cosas diferentes, ni se le hacen escribir las lecciones treinta o sesenta veces, ni se les hace poner de rodillas y con los brazos en cruz sosteniendo pesos sobre las palmas de las manos, ni

se les arranca el pelo de las sienes, como hacían unos frailes que yo padecí.

Jamás he sido rencoroso, pero no puedo olvidar que yo sufrí con esos frailes todos estos tormentos y muchos más que es preciso desterrar absolutamente de las escuelas» (pp. 358-359).

Estos colegios, además de ser un colosal negocio para la Iglesia, fomentan en los niños el sentimiento de pecado, el terror religioso, la desconfianza de los sentidos, la competencia desleal, la vanidad, la obediencia ciega al poderoso, la falta de sentido crítico... La ciencia y la experimentación quedan siempre relegadas.

«Los frailes no son sabios, pero sí lo suficientemente cucos para comprender que la ciencia les perjudica y por eso no la dan. No sólo no la dan, sino que la escamotean a la juventud falsificándola.

Hemos dicho que los frailes no son sabios. Y aunque pudieran serlo no lo son. En la historia de la Física, de la Química y de la Historia Natural no figura ningún nombre de fraile. Todos los aparatos de sus gabinetes han sido inventados por liberales y librepensadores. Ni Edisson, ni Franklin, ni Fulton, ni Lavoisier, ni Pasteur, ni ninguno de los grandes inventores que han iniciado la redención humana han sido frailes.

Vengan, vengan nombres de frailes sabios y descubridores ¿Cómo ha de haber descubridores, ni hombres científicos en una institución que no tiene más objeto que detener el progreso de los pueblos?» (p. 365).

Los mismos frailes han sido víctimas de esta formación denigrante y son también dignos de lástima.

«El fraile es un ser desgraciado, el fraile es un cadáver, un alma en pena que ingresó de niño en un colegio, pasó su ado-

lescencia en un noviciado cruel obedeciendo como un autómata sin tener jamás ni voluntad ni libertad, que es lo que más aprecia el hombre.

Decidle al fraile que os cuente sus penas y veréis cuán digno de conmiseración es ese desgraciado, porque al fraile no le aventaja en sufrimientos en todo caso más que la monja.

(...) El clericalismo no puede hacer la felicidad de ningún pueblo, porque los frailes y las monjas no son felices y nadie puede dar lo que no tiene» (pp. 433 y 434).

La Iglesia, para mantener su poder y evitar la competencia intelectual y económica, procura denodadamente que la educación pública no prospere.

«El fraile no puede vivir mas que a costa del exterminio del maestro. El maestro, si toma incremento, aniquila al fraile. El fraile y el maestro son los enemigos irreconciliables porque son incompatibles, pero como el fraile tiene más poderío en la actualidad, interviene en el funcionamiento de las Escuelas Normales y en el de todos los Centros de enseñanza, imponiendo las leyes desde el ministerio correspondiente y empleando otros procedimientos...

(...) Total: Las clases altas se atrofian en los conventos, donde se paga, y las clases bajas se inutilizan también en los demás colegios que sienten la presión clerical.

He aquí por qué la clase intelectual en España es tan falsa...» (pp. 371 y 372).

De ahí que sea tan importante una revolución pedagógica que acabe con esa falsa educación. La verdadera debe consistir en hacer felices a los niños, en fomentar su creatividad y experimentación a través del juego, sin paralizarlos con corsés intelectuales y físicos. Juegos y juguetes que pueden y deben ser rotos por los niños, pues despiertan la natural curiosidad e inteligencia infantiles.

«Después de todo, los sabios son unos niños que han roto muchos juguetes y que han destrozado muchos cuerpos empleando el martillo, el reactivo y el fuego.

Precisamente los sabios andan buscando mayores medios de destrucción para el análisis. Pero a este niño grande se le dice sabio, porque destruye para analizar, y al niño se le llama salvaje diciéndole que tiene un temperamento criminal y malos instintos, porque analiza también obedeciendo al fatalismo biológico. Estos fenómenos analíticos son una de tantas manifestaciones de las propiedades del hombre.

Los niños no son criminales, los niños son los ángeles de la tierra. Esos que llamamos malos instintos, se los inculcamos nosotros, los mayores, porque ponemos todos nuestros esfuerzos para hacerlos imbéciles y malos, atrofiándoles su inteligencia con el terror religioso y con los calabozos, los castigos corporales, el escarnio y otras crueldades que ya no se emplean con los hombres porque estos se defienden.

Mientras no hagamos dichosos a los niños, no seremos felices los hombres, porque después de todo, un hombre es un niño grande» (p. 411).

Por eso en el nuevo modelo pedagógico que propone Martínez Baselga es clave la importancia educativa de la calle y del juguete, por la felicidad y el aprendizaje que proporciona. De nuevo el autor se adelanta a su época y hace una despiadada censura a los viejos juguetes, por sexistas, violentos y antihigiénicos, y defiende la necesidad de nuevos juguetes para crear nuevas personas.

«Los doctores en Ciencias, los Ingenieros, los Médicos y todos los hombres de saber, deben inventar juguetes para que los niños los rompan y los desgarren y los analicen y empleen sus instrumentos diferenciales para que hagan gimnasia sensorial y perfeccionen sus sentidos.

En vez del tétrico fraile, lo que necesitan los niños es un clown que los haga reír mucho. Hay que inventar muchos juguetes para los niños y estudiar sus necesidades y sus placeres para satisfacerlos.

Hay que hacer de los colegios, que ahora son presidios, un paraíso, que sea un vivero de hombres felices, útiles y sanos.

El niño, para que aprenda a leer, a escribir y a contar, que es lo único que debe enseñarse en las escuelas de instrucción primaria, debe jugar todo el día para que aprendan esto sin esfuerzo y deben dárseles juguetes, músicas, bailes, carreras y toda clase de placeres de los niños, que están todavía por estudiar.

Los placeres de los niños no han progresado nada. Veo a esos encantadores niños de todas las capitales de España jugando en las calles y en los paseos a lo mismo que yo jugaba cuando era niño y seguramente a lo mismo que jugaron nuestros abuelos.

El monótono corro, con canciones insulsas e incongruentes y hasta obscenas. Veo los mismos juguetes, que no enseñan nada y perjudican mucho, porque están pintados con colores venenosos y construidos con metales que con la saliva forman sales nocivas; la mayor parte de los juguetes pinchan, cortan, haciendo heridas.

Los constructores de juguetes no se inspiran en ningún plan científico, porque no saben Fisiología, ni Higiene, ni Pedagogía. Por eso hay tan pocas variaciones en juguetería. Todo queda reducido a muñecas y baterías de cocina para las niñas, como si la mujer no pudiera ser otra cosa que cocinera; o pistolas, trabucos o caballos para los niños, como si el exclusivo objeto del hombre fuese degollar a los demás» (pp. 353-355).

En su interés por un nuevo juguete, Martínez Baselga sugiere juguetes instructivos que fomenten el deseo investigador del niño.

«El conocimiento de los juguetes debe implicar la adquisición de una nomenclatura de objetos industriales; manejando muchos juguetes deben aprender muchos cuerpos. Dentro de una pelota puede haber una mariposa de plata, un murciélago de carbón, una tórtola de ágata, o una rana de malaquita y así pueden irse conociendo animales, vegetales y minerales, que más adelante irán analizando, destruyéndolos metódicamente» (p. 384).

Alfabetización y nueva pedagogía

Convencido de la necesidad de una nueva pedagogía e inspirado en el lema «la esclavitud de la ignorancia es la peor de las esclavitudes», Martínez Baselga se afana en escribir y publicar diversas obras educativas en los años siguientes.

En 1907 publica *Cartilla para escribir en seis días*, una breve y estupenda obra que demuestra el interés alfabetizador de Martínez Baselga y su convicción en la redención social a través de la educación.

La cartilla es un método para aprender a escribir rápidamente «en los Centros Obreros, en los Cuarteles, en las Escuelas dominicales y de adultos de ambos sexos». Martínez Baselga lo ideó para enseñar a escribir a un pariente y, comprobando su excelente resultado, lo aplicó a su criada, quien a su vez lo divulgó entre otras jóvenes.

«A los seis días, sabía escribir correctamente y con mucha firmeza y claridad. Desde aquella fecha, la cocina de mi casa parecía una Escuela. Todas las muchachas del barrio venían los domingos a que les enseñase a escribir mi muchacha y todas aprendieron» (pp. 4 y 5).

Poco después ensayó el método con dos niños:

«...a los cinco o seis días, aquellos niños escribían mejor que mi muchacha y que mi pariente. Estos niños enseñaron a sus camaradas el procedimiento y a todos gustó tanto que tomaron la escritura por un sport y con tiza, carbón, lápiz y pluma escribían por todas partes nombres y frases» (p. 5).

Antes de ser editado, ya fue aplicado en varios colegios por el hermano del autor, Juan Pérez Baselga, maestro, y por diversos profesores «con resultados sorprendentes».

El método es realmente sencillo y sorprende su modernidad, pues utiliza la similitud de las grafías esquemáticas de las letras con objetos y personas comunes, con la peculiaridad de añadir detalles humorísticos que ayudan a memorizar. Martínez Baselga clasifica las letras en cinco grupos, con palabras que ejemplifican cada uno de ellos. El alumno, durante seis días, debe aprender a escribirlas copiando las palabras propuestas. Los grupos de letras son los siguientes: las formadas por círculos a los que se pueden añadir unas rayas (a, b, o, g, d, p); las formadas por rayas largas (l, ll, j) y cortas (i, u, n, ñ, m); otro bloque que el autor explica con una especie de greguería prerramoniana «hay algunas rayas cortas que no se pueden tener de pie y parece que se han hecho para colgar candiles» (v, x, z, r, k); otras combinan rayas largas y cortas (t, f, h, y); y un último grupo lo forman «las más difíciles»: una es «un asa de un puchero», otra «una suegra» (¡!), la tercera «una silla con asa» y la cuarta «una culebrita» (c, e, ch, s). A este grupito se añade «una letra que siempre va acompañada como las señoritas. Esta letra es la q, que siempre lleva a su lado a la u que es la criada».

CARTILLA

para

escribir en seis dias

por

Pedro Martinez Baselga

Precio: 0'35 cénts.

ZARAGOZA
Imprenta y Fotograbado, de Abadía y Capapé.
1907

A partir del aprendizaje de cada uno de estos conjuntos, el alumno debe dedicarse a copiar párrafos de los periódicos, ayudado por un cartel que recoge todas las palabras ya practicadas y que servían de ejemplo a cada bloque de letras. Al final del manual añade un pequeño capítulo dedicado a las mayúsculas y a los números, también agrupados por la similitud del trazo.

Respecto a la ortografía, de nuevo comprobamos la audacia y la libertad de pensamiento de Martínez Baselga, pues la desecha sin complejos con otra frase digna de Gómez de la Serna, apoyada con una referencia a la avanzada Europa:

«La ortografía no hace falta por ahora. Es una especie de sombrero de copa que no sirva más que para estorbar. En Francia, Inglaterra y otros países están estudiando la reforma de la ortografía para suprimirla».

Y ¿es necesaria ahora la gramática?

«La gramática que nos han enseñado y la que aprendieron nuestros mayores es muy imperfecta, según dice el señor Navarro Ledesma. Comprendiéndolo así, la Academia va a reformarla; por esto tampoco corre prisa enseñar gramática.

Lo urgente es trazar letras para formar palabras y expresar ideas».

Todo lo accesorio debe relegarse, pues lo importante es proporcionar urgentemente el regalo de la escritura a los que la necesitan.

«La escritura es una de las conquistas más hermosas que ha hecho el hombre.

Hay que procurar no hacerla antipática y no puede menos de serlo cuando pasamos semanas y meses trazando palotes, ganchos, perfiles y curvas que no interesan nada.

No emociona el trazado de una letra ni el de las palabras, sino lo que con ello se expresa, de igual modo que no emocionan los ladrillos, la cal y las piedras, sino el edificio» (pp. 15 y 16).

«...no es la forma de la letra lo que les emociona y estimula, sino algo más grande: les impresiona la esencia del fenómeno, el hecho de poder vaciar en el papel su pensamiento, de poder comunicar a distancia con sus semejantes y hasta algo que halaga a la dignidad humana al comprender la perfección que implica posesionarse de la escritura» (p. 6).

En 1909 publica la obra fundamental que enlaza su análisis sociológico y su propuesta pedagógica, *Sociología y Pedagogía*.

Es una obra expresamente dirigida a los maestros, pues la escuela debe conocer y curar los males de la sociedad en que se inscribe, el hambre y la servidumbre, ya descritos por el autor en *Las penas del hombre*.

«La Escuela debe ser un Sanatorio para curar las enfermedades sociales y por esto es indispensable a nuestros Maestros el conocimiento de la Patología Social Española.

Es frecuente que el Maestro, al terminar su carrera, y después de unas brillantes oposiciones, casi siempre muy sangrientas por la enormidad de cuestiones que se les exige, gane un pueblo y se marche allí con muchos conocimientos, pero le faltan los principales que son los de Mundología y Cucología. Sin estos conocimientos, el pobre Maestro resulta un verdadero Canelo. Trabaja ferozmente y enseña muchas cosas que no dan ningún resultado, porque no están bien orientadas» (p. V).

La pedagogía debe ser «el arte de hacer ricos» o al menos una «terapéutica» para acabar con la pobreza. La liberación de la infancia y el renacimiento nacional sólo será posible si el maestro se convierte en un profundo conocedor de la sociedad de los adultos, pues los niños son un remedo de ésta.

«Se trata de que el Maestro conozca esta modesta Sociología a flor de tierra; sociología de personas de carne y hueso; conocimiento exacto de las familias de los niños, porque éstos son reflejo de aquéllas. Éstos son los estudios que tenemos el honor de ofrecer al Magisterio español en este y en otros libros» (p. VI).

Una vez conocidas las «enfermedades sociales» y realizado el diagnóstico, los maestros deben «transformar radicalmente» la escuela, educar de otra manera a los niños y «sanar» así a la sociedad del futuro, evitándole los males actuales.

Para ello, se debe desechar la educación tradicional, cambiar «el criterio educativo» y lograr una escuela «alegre, moral, educativa y útil».

Después de un breve plan pedagógico para la primera infancia, Pérez Baselga se detiene a analizar el modelo educativo activo en ese momento, plagado de enseñanzas «inútiles y perjudiciales», basándose en su propia experiencia en un colegio religioso zaragozano.

«Para hacer estos estudios no me sirvo de ningún libro, sino de los recuerdos de mi infancia, me acuerdo de mis penas y mis goces, analizo mi conducta y la de mis compañeros, establezco relaciones entre los alumnos y el maestro y deduzco los resultados ciertos que aquella escuela debía dar (p. VII).

«¿Quieren ustedes saber cómo funcionan las escuelas de los pobres? Ahí van los recuerdos de mi infancia» (p. 5).

Esa escuela de su niñez, que «con ligerísimas variantes» seguía siendo la misma, era un verdadero «régimen inquisitorial» o «terrorífico», con preferencia por la instrucción en los dogmas religiosos y con frecuentes castigos físicos y morales. El relato de la violencia de los frailes es aterrador:

«Los remedios que tenía el fraile para castigar eran de dos clases: materiales y morales.

Con referencia a los primeros tenía el fraile dos manos como dos abanicos japoneses de los grandes y más pesadas que mazas. Las puntas de su zapato se empleaban con mucha frecuencia. No era raro verle emplear los puños haciendo como que barrenaba y era gran aficionado a dar tirones de orejas, a dar pellizcos y a tirar los pelos de las sienes a contrapelo, que era su especialidad.

Afortunadamente este señor no mordía, pero gastaba una correa de doble efecto, que la empleaba sencilla o doblada, según los casos, que al decir de los muchachos la untaba con guindilla y ajo y acaso con vinagre para que hiciese más daño.

Además de la correa tenía un puntero largo para dar garrotazos en la cabeza o para emplearlo en forma de lanza. Casi todo el menaje le servía en determinados casos como instrumento de punición; frecuentemente nos tiraba los libros a la cabeza, nos amenazaba con destrozarnos de un silletazo y así sucesivamente. El instrumento de más uso era la correa para dar palmetazos, que se servían por docenas.

Se nos castigaba además poniéndonos de rodillas, con los brazos en cruz; de pie con uno solo como las grullas. Había calabozo, se nos dejaba sin comer. Se nos obligaba a besar el suelo y a trazar cruces con la lengua en los ladrillos del pavimento y así sucesivamente» (p. 8).

También se insinúan los abusos sexuales, de un tipo no visto «ni en aquellos que se han lanzado al más desenfrenado libertinaje»:

> «además de todas las malas artes corrientes empleadas por oligarcas y caciques, había otra cosa repugnante, brutal, envilecedora que no nombro, pero tampoco quiero dejar de insinuarla» (p. 38).

La crueldad y el «mal empleo de la autoridad» de los educadores era imitada por los infantes, que se valían frecuentemente de la violencia, la tiranía, la amenaza, el soborno, el embuste, el disimulo y la hipocresía.

El «matonismo» era un comportamiento muy habitual entre los niños, ejercido sobre todo por los «gallitos» sobre los «canelos», los más débiles. Martínez Baselga convierte este apartado en una interesante dinámica de grupos, pues clasifica tipológicamente a los niños y analiza las relaciones más habituales: entre la masa general, que es «obediente y disciplinada», destaca y describe, además de al «gallito» y al «canelo» ya citados, al «clown» o payaso, «una especie de mona sabia que hace reír a todos, inventando cosas y haciendo chistes»; el «tonto», que «finge no entender las cosas por no trabajar y si se trata de comer, siempre se las arreglan de modo que se atizan doble ración»; y el «rebelde», «que no está conforme con nada».

Los niños intentan evadirse de ese ambiente «patibulario» con algunos entretenimientos clandestinos. Entre ellos, la caza de moscas, que el catedrático de veterinaria explica con divertida precisión científica:

«Las moscas las cazábamos con florete, es decir, con la pluma; otras veces con besque, sustancia pegajosa, o a loseta. Estos eran los procedimientos ladinos sin ruido ni movimientos que pudieran ser advertidos por el fraile.

Como más fácilmente se cazaban era con el procedimiento a bolea, poniendo la mano en forma de cazo y haciendo un movimiento rápido. Con este método las moscas las cazábamos en el aire o en donde estuvieran. No se escapaba ni una.

Si estaba sobre la cabeza de un chico, tenía la ventaja de que además de cazar la mosca se le atizaba una chola al muchacho y se armaba una bronca.

Generalmente, después de cazadas se le arrancaban las alas, y después de verla marchar largo rato sobre la plana, la aplastábamos en el papel. Y otras veces les poníamos un culero de papel y la mosca se iba muy escamada haciendo las delicias de todos los que la veían volar tan bien vestida» (pp. 35 y 36).

Si la escuela era una cárcel temida, la calle era el espacio de la libertad y del juego, donde los placeres que proporcionaba la inventiva infantil compensaban los tormentos vividos en el presidio escolar. Es aquí donde Martínez Baselga se demora en enumerar deleitosamente los innumerables juegos y entretenimientos de su niñez: juegos gimnásticos, de ejercicio y habilidad, de interés, industriales, crueldades diversas, música y literatura, cuentos y espectáculos, juegos con el propio cuerpo, con animales y plantas, travesuras varias... Se reconoce admirado por el ingenio de muchos de estos juegos y su capacidad para proporcionar alegría y conocimiento:

«Sólo con lo apuntado llama la atención el despejo de los chicos, su ingenio y su pedagogía espontánea. Todo lo que acabamos de nombrar es instructivo y educativo. El maestro debe fijarse en estas cosas para aprender mucho» (p. 29).

«Bendito sea el que inventó las aleluyas «El hombre cerilla», «D. Matías», «El Camelo» y otras, dan el tipo literario en las primeras edades. Este estilo es muy pedagógico y muy hermoso» (p. 16).

No obstante, la brutalidad y la codicia que fomentan otros juegos es reflejada igualmente.

«Sobre el feo vicio del juego hay otra cosa más grave y es que se hacen trampas.

Analizar bien los juegos de los niños y veréis cuánta astucia, cómo discurren para ganar: la taba, las chapas, los naipes marcados y mil cosas muy dignas de análisis» (p. 18).

El interés de los juegos para los niños no es sólo su capacidad representativa, creativa y lúdica sino su carácter educativo: con ellos se imitan y se aprenden los rudimentos de la sociedad de los mayores. Por ello su conocimiento, aprovechamiento y modificación son elementos básicos para una nueva pedagogía que forme a un hombre nuevo.

«La sociedad infantil es un reflejo exacto de la sociedad de los mayores» (p. 18).

«El niño refleja lo que ve. El niño no hace más que imitar.

(...) Toda la psicología morbosa de los niños es adquirida, imitada. A la escuela llevan todo lo malo y todo lo bueno que han visto en su casa. Cada cual lleva un sumando a la colectividad. Cada sumando actúa como una levadura, que en la sociedad infantil adquiere gran difusión y precisamente las ventajas de la escuela consisten en la formación del tipo medio social» (p. 22).

CARTILLA CALIGRAFICA

Para aprender á escribir en seis dias

Lección primera

Con el cero podemos formar varias letras y con estas letras algunas palabras.

Véase la clase:

o o o o o o o

Añadiendo unas rayas á estos ceros, quedan formadas estas palabras.

abogado
pagado

Escriba usted estas palabras diez veces y hasta mañana.

Cartilla para escribir en seis días. Primera lección.

Es en este capítulo donde Martínez Baselga anuncia su interés por recopilar y estudiar los juegos de los niños y reclama la necesidad de un museo de juguetes en todas las escuelas.

«Primeramente hay que coleccionar todos los juegos espontáneos de los niños.

Se necesita un museo infantil de juguetes donde estén todos los objetos empleados en sus deportes, en sus industrias y en sus placeres.

Hay necesidad de hacer una clasificación de sus juegos de calle, describiéndolos minuciosamente.

En este número deben figurar, además de los juegos espontáneos y todos los objetos fabricados con ellos, toda la juguetería conocida.

Esto no sólo será interesante para los muchachos sino que será una fecunda fuente de conocimientos para el educador» (p. 21).

El plan de estudio debe interesarse también por «la literatura infantil callejera, con su música correspondiente, sus danzas y su gimnástica», sin olvidar los «cuentos y narraciones tradicionales».

«Este capítulo que está por hacer y que es más interesante de lo que generalmente se cree, ha de servir de fundamento para la formación de otro libro que podrá titularse *Psicología infantil*» (pp. 21 y 22).

Una buena parte de este primer capítulo de *Sociología y Pedagogía* lo ofrecemos como anexo en edición facsímil por su interés documental y la descripción detallada de juegos y entretenimientos de la niñez del autor.

Por una escuela alegre, educadora, moral y útil

De nuevo Martínez Baselga recurre a su propia experiencia y recuerda positivamente sus años de párvulo con las monjas de San Vicente de Paúl, quienes, al contrario que los frailes, procuraban una educación placentera, con canciones y juegos, basada en el premio y no en el castigo.

Efectivamente, la escuela moderna debe inspirarse en ese ejemplo y ser alegre y festiva (3).

«La escuela debe ser un centro de recreo.

(...) El niño debe encontrar allí más placeres que en su casa y que en ninguna otra parte. Si falta esta condición, no responde a las necesidades de los niños, no tendrá objeto y es perjudicial» (p. 5).

«El maestro que no sabe hacer reír a los niños pierde uno de los más grandes encantos que tiene esa profesión» (p. 33).

Los juegos, diríamos hoy, son hijos de la sabiduría popular y forman parte de una tradición oral centenaria,

(3) A pesar de la originalidad de las tesis de Martínez Baselga, podemos constatar notables influencias de la Institución Libre de Enseñanza y de la Escuela Nueva europea, un movimiento de renovación pedagógica contemporáneo del autor que defiende una escuela vitalista, útil y centrada en los intereses del niño. Son ideas comunes de estas corrientes la defensa del acercamiento de la escuela a la vida social, que promueve las salidas fuera del recinto escolar, la utilización de los nuevos recursos técnicos, la introducción de la Educación Física, del Dibujo y de la Higiene y, en definitiva, la superación de la memorización y el trabajo repetitivo. Ver JUAN BORROY, Víctor M., *La tarea de Penélope. Cien años de escuela pública en Aragón*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004 (pp.22-25).

Por eso deben llevarse a las aulas, «para que se hagan a toda luz y con dirección inteligente».

«No se tiene en cuenta, generalmente, que hay una Pedagogía espontánea, hereditaria, entre los chicos; ni que hay una tradición infantil; ni en que hay chicos que tienen grandes aptitudes pedagógicas y grandes facultades de imitación. Hay chicos de mucho ingenio, dotados de grande espíritu de investigación y hasta inventores» (121 y 122).

La organización del horario de clase debe tener en cuenta esa necesidad del juego:

«Con dedicar las tres horas de la mañana a instrucción es suficiente. Las de la tarde deben ser para jugar» (123).

Asimismo, para lograr el ambiente lúdico necesario, los maestros deben tener buen humor y ser jóvenes, para lo cual Martínez Baselga idea jubilaciones anticipadas para los de más edad. Además, hay que procurar salir a la calle, educar también fuera del aula, para lograr la expansión necesaria. Se puede habilitar un patio de recreo, a la espera de salones, gimnasios, teatros, jardines o parques.

«Mientras la escuela no sea más que un salón, donde se cobijen centenares de chicos con un solo maestro, no podremos salir del régimen carcelario. Habrá que dedicar todas las actividades al orden (...). Aquella soga de muchachos parece una enorme serpiente que se enrosca en las mesas de escritura y el maestro no podrá salir de la condición de cabo de vara aunque no pegue» (124).

La escuela, además de alegre, debe ser también moral o moralizadora, aplicarse en el «perfeccionamiento individual y social y con trascendencia efectiva hacia la

felicidad humana». Debe, por ello, corregir la habitualmente defectuosa educación familiar, pues «la familia mal organizada es el más horrendo de los presidios». Se expresa aquí una idea de gran actualidad que el autor desarrollará en posteriores publicaciones: la escuela moderna debe solucionar los males de la familia tradicional, transmisora de la inmoralidad de la sociedad.

«Todos los sedimentos de las pasadas generaciones, todos los crímenes, todos los egoísmos y todo lo ruin y perverso, se guarda cuidadosamente en las familias dentro de ese domicilio inviolable que se llama hogar.

Muchos niños entran en la escuela manchados hasta la médula de sus huesos del ambiente morboso de su familia. Son unos verdaderos granujillas como su padre y acaso como su madre» (p. 41).

Los mayores, especialmente los padres, mienten a los niños, les obligan a creer en lo imposible y a negar lo evidente, conduciéndolos a la perversión de la realidad.

«Gran número de niños están locos. (...) Deben estarlo. La educación del hogar conduce por desgracia en la mayoría de los casos a determinar en los niños verdaderos estados mentales» (p. 41).

«Hay que convenir en que a los niños les damos una educación muy a propósito para hacerlos imbéciles y locos» (p. 43).

Su repudio a la negativa pedagogía familiar y su fe en la escuela moderna hace asomar en sus escritos el «monstruo de la razón» de las ideologías totalitarias del siglo XX:

«Si fuera posible arrancar los niños de sus familias no devolviéndolos hasta que fueran hombres, los maestros harían

prodigios presentándonos nuevas generaciones morales y redimidas; pero ya que esto no es posible hay que seguir un procedimiento más lento y penoso y pedir auxilio a los hombres de buen corazón» (p. 46).

La familia, en definitiva, reproduce los males de la sociedad que ya se explicaron en *Las penas del hombre* y que ahora el autor resume en breves latigazos:

«Los pueblos de España son tan pobres que casi todos son hambrientos y casi mendigos.

La lucha por la vida en los pueblos es tan desesperada y tan brutal que horroriza. Allí no se asciende ni se vive más que exterminando al vecino, al hermano o a la madre. Pobreza, incultura, odios, rencores, envidia, desesperación; miseria en la cocina y en el alma, chismes y cuentos, injuria y calumnia y toda la nomenclatura de las penas humanas, se sufren allí con más intensidad que en los presidios.

Los niños llegan a la escuela con todas las manchas de un ambiente tan desdichado» (pp. 44 y 45).

Es obligación moral del maestro contribuir a acabar con la miseria y la postergación, a llevar la felicidad a la sociedad y acabar con la violencia de la lucha social, de la que los niños, «los ángeles de la tierra», son víctimas. Por eso, una de las primeras normas éticas de un pedagogo debe ser no pegar a los niños, no amenazarlos, no insultarlos, no castigarlos y promover en el niño y en su familia la abolición de estas agresiones.

Dentro del objetivo educador de la escuela dedica un capítulo a la urbanidad. En él se repite la intención expresada en *Manual de urbanidad del comerciante moderno*, publicado el mismo año y del que en seguida hablaremos: desarrollar un nuevo modelo de comporta-

miento social basado en la utilidad, la honradez y el respeto a los trabajadores, alejado de la urbanidad antigua, respetuosa sólo con las formas:

«La urbanidad entendida de este modo es un estudio frívolo y difícil. Es solo el estudio de las formas exteriores; una especie de cascarilla que puede muy bien cubrir un fondo perverso. Muchas reglas se ve que no son más que el arte de fingir» (p. 51).

La nueva urbanidad debe tener «entraña y corazón» y ser la raíz de una nueva sociedad y una nueva moral.

En esa misma dirección práctica, la escuela debe instruir y ser útil, dirigida al mundo del trabajo, alejada de la vanidad y fatuidad de la educación «ilustrada» tradicional

«Cuando yo terminé la instrucción primaria, a los diez años, no sabía los dientes que tiene un choto, ni cuál era la gallina más ponedora, ni conocía el abono más adecuado para las patatas; ni me habían enseñado a poner unas medias suelas en los zapatos, ni a remendar unos calzones, ni a guisar unas migas.

Yo calculo que el maestro pensaría que esas cosas eran propias de agricultores, comerciantes, industriales y de gentes dedicadas a oficios viles, como zapateros, por ejemplo, y cosas de fregatrices.

El maestro debía pensar que lo que se debe sacar de la escuela son señoritos; buenos gramáticos, oradores y buenos poetas, valientes guerreros y novelistas y sacerdotes. Y además podrán salir de aquella escuela buenos pendolistas con una superior letra española, con cuya habilidad, teniendo suerte y protección, se puede ganar con el tiempo hasta un jornal de cinco reales y medio.

La cuestión es que la instrucción sirva para huir del trabajo.

¡Éste era el lema de nuestros abuelos!» (p. 112).

Por el contrario, se trata de educar al hombre para la vida diaria, para que sea útil «para él y para sus semejantes». Por ello, si la escuela debe ser práctica, las instrucciones básicas de la enseñanza primaria deben ser: leer, escribir, pesar, contar y medir.

Para aprender a escribir Martínez Baselga proporciona su ya famosa cartilla «de escritura razonada», que, según explica, es más sencilla que otros métodos y ha logrado resultados prodigiosos desde su edición «de este mismo año 1909». A los cuatro meses de publicada ha despachado ya «ochenta mil ejemplares»:

«Premiada con Medalla de Oro en la Exposición Hispano-Francesa.

Declarada de utilidad por el Consejo de Instrucción Pública y por el Ministerio de la Guerra para las escuelas regimentales del Ejército; premiada en el concurso literario de la Excma. Duquesa de Villahermosa, etc., etc.

Ediciones numerosas a cargo de los Ayuntamientos de Santander, Zaragoza, Córdoba, Vitoria y otros, para repartirlas gratuitamente en las escuelas de adultos, obreros, dominicales, etc., etc. Muy popular en América y muchos plácemes documentados de honorables Maestros y Maestras» (p. 67).

Aconsejado por algunos maestros, convencidos de la utilidad del sistema pero críticos con las letras sueltas y la escritura poco veloz a que da lugar, el autor añade a su método otra "cartilla de escritura enlazada" que presenta en este libro. Respecto a la gramática, sigue opinando que es una ciencia del maestro que no es necesaria para el alumno.

«Berlitz y luego Vernet han ideado un sistema para enseñar idiomas sin gramática, fundándose en que los niños hablan sin conocer un modesto gerundio, ni su madre tampoco.

(...) La Gramática es una cosa muy difícil para un niño y por esto no debe comprenderse como asignatura más que en último grado, como doctorado de la escuela» (pp. 115-116).

Y en lo que se refiere a la ortografía, Martínez Baselga vuelve a denostarla:

«¿Y la Ortografía? Nada hay tan antipático como esto. Todas las palabras llenas de crepé, con letras que no se pronuncian, con otras que son altas o son bajas porque les da la gana. La ortografía es una especie de misterio que se conserva para que nadie sepa escribir, para hacer el ridículo continuamente. Es una carrera de obstáculos donde es raro el que no tropieza (...) Ya es hora de que quitemos a nuestros descendientes esta porquería y se les quitará, porque los Académicos de Europa y América ya hay iniciado este movimiento y si en la primera cruzada no se ha triunfado, se va haciendo un estado de opinión más favorable para una segunda acometida que será más eficaz» (p. 117).

Insiste Martínez Baselga en la importancia prioritaria de enseñar a los niños a manejar la moneda y a conseguirla honradamente, pues objetivo fundamental de la escuela es acabar con la pobreza:

«La primera orientación positiva de la escuela debe ser ésta: la conquista del dinero. El maestro debe hacer todos los esfuerzos imaginables para redimir a sus discípulos de la pobreza, porque ésta engendra la esclavitud y el crimen.

Una nación de mendigos es una nación de esclavos.

El primero de los ideales debe ser hacer dinero» (p. 86).

La intención modernizadora se percibe también en la forma de enseñar los pesos y las medidas, que debe basarse en el sistema métrico decimal y olvidar las peculiaridades locales:

«Es preciso que desaparezca la libra, la arroba, la pinta, el jarro, el alquez, el nietro y otras porquerías, que las conserva la rutina y el comercio inmoral» (p. 87).

Una voluntad utilitaria e inductiva debe fundamentar las lecciones de aritmética, que «siempre deben ser arrimadas al trigo, al pan, a las patatas y a la carne», y las de geografía, que tienen que comenzar por la topografía de las calles donde viven los propios alumnos, situando sus casas en el plano, para continuar luego con el pueblo o ciudad donde viven. Este método permite estimular la participación de los alumnos.

«...pueden ir haciendo los chicos todo el plano del pueblo, acostumbrándolos a que investiguen y traigan ellos los materiales y apuntes necesarios con la numeración de las casas, el orden en que están emplazadas y el nombre de los vecinos» (p. 91).

Hay que tener cuidado en no enseñar mapas en estas primeras lecciones, pues éstos no son para los niños más que «una telaraña indecente» e incomprensible. Tampoco hay que mostrar los planos en la pizarra, sino en la mesa:

«Este ejercicio se hará sobre la mesa y no en la pizarra, para que los niños lo entiendan mejor. Ellos ven el pueblo sobre una superficie plana y no la comprenderían bien si estuviese colgado» (p. 90).

Después de situar sus casas y calles en el plano, los niños deben marcar en una hoja cuadriculada los límites de los campos donde trabajan sus padres, el trazado del ferrocarril más próximo a la localidad donde residen «para que los niños, cuando hagan algún viaje, recuerden la lección y comprueben lo que les dice su profesor», un

dibujo esquemático de su partido judicial y así, sucesivamente, hasta llegar a mapas esquemáticos de España, de América, un planisferio, «que debe ser pegado en un tambor» y, finalmente, el globo terráqueo.

Estos primeros pasos deben ser fáciles y agradables para lograr la buena disposición del alumno hacia el conocimiento. Martínez Baselga lo explica con su llaneza habitual:

»Yo creo que lo fundamental en Pedagogía es hacer las cosas fáciles, sobre todo los principios, que son siempre muy penosos.

Cuando se empieza mal el estudio de una asignatura, ya no se da pie con bolo en toda la vida. Hay muchos ramos en la ciencia que nos son odiosos porque nos los enseñan mal. Desde el primer día se nos metió en la cabeza que aquello era muy difícil y cuando aprobamos aquella asignatura nos descargamos de un peso odioso y hacemos todos los esfuerzos posibles para olvidarlo» (p. 96).

En definitiva, en la instrucción primaria es mejor enseñar pocas cosas pero bien asimiladas, sin caer en el vicio de aprender de memoria:

«Las lecciones de memoria sin estar convencido de lo que se dice son lo mismo que la tía Alcalá. Yo conocí un padre que se complacía en hacer recitar a su hijo, ante todo el que tenía la calma de escucharle, todos los partidos judiciales de España. ¡Aquello daba lástima! ¡Así tenía las garricas el pobre chico, que parecían palillos de tambor!» (p. 98).

La escuela peca de un exceso de materias y una falta de pedagogía. Para lograr una Nueva Escuela se necesitará material pedagógico nuevo y a su creación y difusión anima Martínez Baselga:

«Para manejar bien este chisme (el «tambor geográfico») hace falta una literatura nueva. Hay necesidad de escribir cuentos y aventuras de viajes de asunto cómico para que interese a los chicos y con intención de maestro» (p. 101).

Él mismo afirma tener escritos un manual de Geografía esquemática, en el que presenta ese «tambor geografico» en sustitución del globo terráqueo tradicional, tres Cartillas, Pecuaria, Agrícola y Sanitaria, y una Historia Evolutiva, con interés en la historia industrial y con intención de dar un «criterio positivo de la Humanidad».

La escuela rural

En los pueblos la educación debe ir orientada a la práctica laboral: las escuelas deben transformarse en escuelas técnicas agrícolas.

«La Escuela debe ser útil, señores míos, debe servir para mejorar la condición de los hombres y si en los pueblos no sirve la escuela para hacer mejores agricultores, no sirve para nada» (p. 105).

Para lograr una escuela aplicada al terreno, el maestro debe valerse de la clase intelectual de cada pueblo: el farmacéutico le ayudará a crear un museo agrícola de la localidad y una cartilla con la que se coleccionen minerales, tierras y plantas de la zona; con ayuda del veterinario confeccionará una Cartilla Pecuaria donde se explique la cría de los animales domésticos de la localidad, sus enfermedades más corrientes y la higiene necesaria para evitarlas; con el médico escribirá una Cartilla de Higiene.

«Estará hecha de modo que se aprenda a odiar la mala vivienda, el mal vestido, la escasa alimentación, los perjuicios del exceso de trabajo, las iniquidades de la explotación humana y los puntos más esenciales de higiene pública y privada, pero con entraña» (p. 106).

Uno de los puntos más importantes del maestro debe ser, de nuevo, la defensa de la dignidad del trabajo manual, desdichadamente considerado inferior al intelectual en la tradición española. Otra vez Martínez Baselga muestra su enojo y nos emociona su buen sentido frente al «¡Que inventen ellos!»:

«No hemos salido de la Edad Media, señores, porque nadie ha tenido interés en sacarnos de aquel régimen donde era condición de inferioridad el trabajo manual. De hecho, todavía siguen las castas: no les cabe a muchos en la cabeza que un oficial de sastre y un oficial de artillería sean igualmente dignos, honrados y patriotas. Parece mentira que a estas fechas haya que apuntar estas ideas tan vulgares...

Los oficios han sido mirados con tan profundo desprecio que aún hoy es poco frecuente que los hombres de carrera dediquen a sus hijos a los oficios y a la industria, ni tampoco al cacique, que vive en los pueblos con un par de mulas y lleno de trampas, se le haya ocurrido dedicar a sus hijos a zapateros o cerrajeros» (p. 107).

Para imbuir en los alumnos esa nueva mentalidad técnica será indispensable un *Libro de las Industrias* que describa de forma amena la utilidad y evolución de los diversos oficios manuales, de las diversas industrias, elogiando a los «sabios» que han hecho descubrimientos científicos en las diversas materias. La ciencia, emblema del progreso, será capaz de mejorar la vida del hombre, «porque la redención del hombre va unida a los descubrimientos científicos, que han servido para vivir mejor».

Esta historia de la industria debe sustituir a la tradicional:

«Estos son los estudios que deben substituir a los de Historia en las escuelas, pues de la manera como hoy se enseña esta asignatura resulta que el más despierto saca como consecuencias que los romanos eran unos animales; los griegos, unos chirigoteros; los godos, muy cochinos; los árabes, muy marranos, y los españoles muy valientes y jacarandosos» (pp. 108-109).

La educación inútil ha condenado a los pobres, mayoritariamente rurales, a mantener su condición de esclavos. Martínez Baselga señala con su habitual claridad la triste explotación que sufren los pueblos por parte de la ciudad y la desconfianza que ello produce:

«Los pueblos no sólo dan alimento y primeras materias para la industria, también la carne humana es aprovechable; las mozas sirven para surtir nuestros lupanares, pero antes han sido nuestras criadas y nuestras esclavas; los mozos vienen a nutrir las filas de nuestro ejército, para que no se constipen los señoritos de la ciudad; el obrero del campo es un rico cargamento de mercancía negrera para los contratistas de emigrantes, y los limpiabotas, alcantarilleros, mozos de cuerda, policías y todo lo más desgraciado de la ciudad lo sirven admirablemente los de los lugares.

(...) La explotación continua de que son objeto las pobres gentes de los pueblos crea una espontánea solidaridad contra el forastero. Al Médico, Farmacéutico, Veterinario y Maestro los toleran como un mal necesario.

(...) Por estas razones y otras muchas, que no ponemos por no recargar el tono sombrío, nadie vuelve a su pueblo, sólo algunos que se marcharon de niños y que ignoran el ambiente de miseria y salvajismo que se gasta en los lugares» (pp. 142 y 143).

«Los pueblos deben dejar de ser colonias malditas explotadas por los de la ciudad»(p. 149).

El espíritu científico y práctico de la nueva educación logrará acabar con las supersticiones y creencias del hombre rural y le demostrará las virtudes del progreso.

«Estos son los que guardan las telarañas en los techos de las cuadras para que las mulas no padezcan afecciones gastrointestinales. Estos son los que acuden a los saludadores y curanderos, en vez de llamar al médico; los que creen que las vides americanas son las que traen la filoxera; los que se oponen a la implantación de la maquinaria agrícola, los que creen que los abonos químicos son sacadineros; los que llaman asesino al médico y ladrón al boticario, los que hacen las cosas de éste o del otro modo, porque así lo hicieron sus padres; los que conservan todas las tradiciones malas de nuestros antepasados, entre ellas el hambre y la servidumbre, los guardadores de los refranes, aunque los termómetros demuestren lo contrario; los seres más desgraciados de la creación, sin duda alguna, porque pasan su vida trabajando como burros, muertos de hambre, desnudos, sin hogar ni familia y sin tener noción de su valía.

La escuela rural ha de servir inmediatamente para mejorar la condición de esos hombres, y si no, no sirve para nada» (p. 113).

El interés del ilustre pedagogo por mejorar la vida del hombre de campo y su confianza en la innovación y el progreso le llevan a promover una verdadera revolución que acabe con todas las tradiciones trasnochadas:

«En los pueblos españoles hay que hacer tan profundas revoluciones que algunos hay que volarlos para volverlos a edificar.

Hay que dar el tipo de la vivienda rural con arreglo a las necesidades del clima y de todas las circunstancias regionales.

Hay que alinear las calles, hacer pavimentación, plantar árboles, traer aguas, urbanizar, sanear, embellecer. Hay que rasgar esos ventanos y hacer ventanas grandes para que entre el sol, y blanquear, y asear la vivienda.

Hay que pegarle fuego al traje regional que sea molesto y antihigiénico y que el higienista diga cuál debe ser el vestido del obrero agrícola...

Hay que modificar los cultivos y todas las prácticas agrícolas, pecuarias e higiénicas, para obtener mayores rendimientos con los menores esfuerzos posibles, para que en los pueblos se coma mejor y más barato y se viva más a gusto» (pp. 111 y 112).

Pero, de nuevo, Martínez Baselga da un giro sorprendente a su discurso y presenta una propuesta muy avanzada: para mejorar la vida en los pueblos no sólo basta con lograr innovaciones prácticas, se necesitan también los placeres y las oportunidades de ocio que existen en las ciudades. Igual que los juegos infantiles son una herramienta idónea para educar a los niños, las diversiones cultivadas lo serán para los mayores.

«El hombre no es más que un niño grande. Lo primero que procuramos para los niños de las escuelas son juguetes. Para que en los pueblos vivan a gusto las gentes se necesitan juguetes también, atractivos y placeres.

(...) La trascendencia social de estas pequeñas cosas que parecen piculinadas y muchos las conceptúan como nocivas pueden verse en los capítulos de nuestra Patología social.

La música, sobre todo, civiliza y afina los sentimientos, más que todos los discursos habidos. Leí una vez una estadística en que se demostraba que no había ningún músico de profesión en los presidios y no me extraña, pues tengo idea de que el que siente la música es incapaz de hacer daño a nadie.

(...) La Terapéutica social y la Sociología piden con urgencia que se haga un catálogo de todos los juegos de los niños gran-

des, con arreglo a un mismo plan y con idéntica tendencia que el de los Juegos infantiles. Este libro serviría para seleccionar entre los conocidos y para inventar otros en armonía con los deseos y necesidades humanas en sus diferentes edades» (pp. 148 y 149).

¿Qué placeres le parecen adecuadas a nuestro pedagogo? Una Casa del Pueblo que tenga como base una Asociación de labradores y ganaderos y que funcione como una Escuela de adultos en la que los profesores sean el maestro, el médico, el farmacéutico, el veterinario, el músico... Bibliotecas populares, representaciones de teatro cómico, sesiones de cinematógrafo...

«El Cine es un espectáculo de síntesis, donde puede aprenderse mucho en poco tiempo y con verdadero deleite.

(...) El Cine es muy barato y por esto puede tener cabida en las escuelas como un elemento de instrucción de primer orden» (p. 154).

...también obras de pintura, escultura o arquitectura, pero de estilo moderno, «científico» o racionalista, que muestren alegría y utilidad, no el dramatismo sombrío de los estilos antiguos...

«La sociedad actual no se parece a ninguna de las pasadas y por eso nuestro estilo propio es el Científico.

Antes de emprender una construcción se le dice al arquitecto el uso que de ella se ha de hacer y, con arreglo a estos usos, se trazan los planos adaptándolos a las necesidades y no a las porquerías de los estilos antiguos. El Modernista pasará. Este significa la primera carcajada del arte nuevo» (p. 156).

...igualmente gozosa y utilitaria debe ser la música y la literatura. Los héroes de los nuevos libros deben ser los trabajadores y los villanos, los señoritos gandules:

«La aurora literaria comienza con el Robinson; siguen a éste las novelas de Julio Verne y Mayne Reid; llegan a España traducidas las grandes ideas de Economía Política, y hoy no se lee más que lo útil, lo que puede ser aprovechable, los Libros-Maestros que enseñan a vivir bien, los estudios sociales.

Hace falta enfocar la literatura hacia el héroe moderno, que es el hombre trabajador. El maquinista del ferrocarril me parece que es un gran tipo, lo mismo que el emigrante que trae fortuna, el industrial y otros muchos luchadores» (p. 157).

Por último, propugna una Sociedad protectora de animales y plantas en cada localidad que instruya en el respeto y admiración hacia estos seres. Martínez Baselga recuerda su juventud de estudiante en Córdoba y el gran amor a las plantas de aquella ciudad, que explica, según él, la escasa agresividad de sus gentes:

«Los pueblos que tienen flores y las aman como en Córdoba son buenos necesariamente y por eso se debe contar con las flores como un gran elemento civilizador y pedagógico» (p. 160).

Hacia una nueva moralidad

Para promover nuevos modelos de conducta y favorecer una nueva educación más allá de la escuela, crea una colección de libros con el expresivo título «Educación Popular». Cuatro de las obras publicadas bajo ese epígrafe, analizan las costumbres sociales y proponen su reforma: *Urbanidad y educación del comerciante moderno, El matrimonio en la clase media, Educación del amor y Sociología y Beneficencia*.

El primer libro, de 1909, es un manual de urbanidad donde se describen las principales reglas para desenvolverse en la vida social. El contenido está organizado en dos bloques: uno inicial con varios capítulos dedicados a aconsejar a los jefes y dependientes de comercio y a los viajantes; un segundo bloque, *Reglas para la vida social*, con diversos capítulos en que se detallan las normas básicas de comportamiento en diversos ámbitos: la calle, el café, el teatro y otros espectáculos, el mitin, el casino, la vida íntima, las visitas, las presentaciones, las cartas, los saludos, los bailes, los banquetes y los convites.

La vida entre personas «finas» y bien educadas es más agradable, por eso la urbanidad debe ser una de las asignaturas fundamentales de la Escuela Normal. No se trata de la urbanidad tradicional, inspirada en las costumbres de la «alta sociedad» ociosa, del «gomoso» o «señorito imbécil», como lo llama Martínez Baselga, sino una nueva urbanidad más democrática y civil, que tiene como referencia al hombre que trabaja:

> «Los tratados de Urbanidad corrientes, por regla general, están inspirados en la vida y costumbres del «gomoso» y yo trato modestamente de hacer estos conocimientos más populares, procurando que sean de aplicación para los hombres útiles, para los que trabajan y progresan, estudiando la vida real y los hechos sociales en todas las manifestaciones de la vida intensa, para suavizar nuestra penas y hacer más delicados nuestros placeres» (p. III).

El comerciante es «el prototipo del hombre de trabajo y el héroe de los tiempos modernos» y su figura engloba a todos los trabajadores:

«Es comerciante el agricultor que explota la tierra para vender sus cosechas, el industrial vende sus productos, el obrero vende su trabajo y su inteligencia, el ingeniero y el médico venden sus conocimientos científicos y así sucesivamente. Esta hermosa mutualidad de servicios es comercio, y por eso todos somos comerciantes, sin que la palabra comercio implique menosprecio, sino todo lo contrario» (p. IV).

El libro es, en definitiva, otra propuesta para contribuir a la «educación popular, que por desgracia se halla tan descuidada en nuestro país».

El matrimonio en la clase media, también de 1909, es otro libro sobre sociología, cargado de humor y acidez crítica. Pretende aconsejar al hombre que está en condiciones de casarse para que sepa lo que le va a pasar: «de este modo no se llamará a engaño». La denuncia de los males del matrimonio y de la familia ocupan buena parte de su contenido.

«La patología de la familia es horrenda. La mayor parte de las casas son nidos de alimañas. Muchas veces una familia es una sociedad sin freno ni cultura ni dineros, ni vergüenza, donde el odio ha suplantado al amor, si es que lo hubo alguna vez.

En esas desgraciadas familias, se aguza todo el ingenio para explotar al débil y atormentarse todos. A nadie se le ha ocurrido que el matrimonio fuese obligatorio, por esto mismo, porque al que le resulta mal se ve en un suplicio superior a todas las penas aflictivas de los *códigos*» (p. 89).

El carácter morboso de la familia explica la crisis del matrimonio.

EDUCACIÓN POPULAR

Urbanidad y Educación

DEL

Comerciante Moderno

POR

P. Martínez Baselga

ZARAGOZA
Establecimiento Tipográfico de E. Casañal, Coso, 100
1909

«Se dice que sólo se casan los pobres y los tontos. (...) Las señoritas se casan muy pocas y cada día se casarán menos, si no se funden en otro molde» (p. 89).

Esta idea del matrimonio como una condena para la mujer ya la había expuesto en su anterior obra *Las penas del hombre*:

«...el matrimonio, que la mayor parte de las veces es una prostitución como otra cualquiera, porque la pobre señorita muchas veces si quiere vivir, tiene que casarse con un viejo baboso y avaro o con un muchacho imbécil y antipático que no le inspira más que repugnancia y aversión» (p. 394).

En este nuevo libro Martínez Baselga insiste en el apoyo al feminismo como única defensa de la mujer y de toda la sociedad.

«El feminismo es útil como medio de que la mujer alcance su independencia proporcionándole medios para que conquiste su felicidad. Para que permanezca soltera si le da la gana, gozando de todos los derechos individuales y para que su marido, si se casa, sea su amigo, su socio y su amante y de ninguna manera su verdugo, su señor o su sultán. Para que en la viudez no se pierda más que el marido y queden en la despensa los comestibles y en el cajón los medios suficientes para ir educando a los hijos, de igual manera que cuando vivía el padre. Y, finalmente, con el criterio de hacerla más dichosa incorporándola a la civilización y en todos los ramos del progreso con el mismo derecho que el hombre» (p. 53).

En el fondo, se trata de denunciar el falso amor, reivindicar el verdadero y refinar las relaciones entre los dos sexos, pues como ya anunciaba el autor en *Sociología y pedagogía*:

EDUCACIÓN POPULAR

EL MATRIMONIO
EN
LA CLASE MEDIA

POR

P. Martínez Baselga

ZARAGOZA
Establecimiento Tipográfico de E. Casañal, Coso, 100
1909

«En el amor hay mucho que expurgar (...) El amor es alegría o no es amor. Hace mucha falta para la juventud un libro titulado *Técnica del amor*, haciendo un criterio nuevo en estos asuntos, pues actualmente el amor es un afecto inculto con mucho salvajismo y hay que afinarlo como todo.

Yo tengo hecho ese libro» (p. 157).

Años después, en 1914, publica ese nuevo libro sobre el amor y las relaciones sentimentales: *Educación del amor*. De nuevo se debate entre la psicología y la sociología, con ironía y sentido utilitario, insertando diálogos de personajes que ejemplifican los distintos casos y tipos sociales.

La tesis es, otra vez, que el amor es imposible en una sociedad que no es libre. Ni el matrimonio ni la familia permiten su desarrollo.

«No soy enemigo del matrimonio ni de la familia, de ningún modo; pero no hay razón para que deje de estudiarse la patología de estas instituciones, donde se sufre tanto y de las cuales salen tantos males» (p. 170).

Analiza todas las formas de relación hombre-mujer, descubriendo la imposibilidad de una verdadera unión amorosa de igual a igual. El matrimonio es un contrato de obligaciones, sobre todo económicas, muy difíciles de cumplir, y si eso no se puede hacer es mejor no casarse. También el amancebamiento es una suerte de matrimonio en que, además de la inmoralidad y la desigualdad entre hombre y mujer, se dan las mismas dificultades.

«El amancebamiento es un matrimonio y con esto queda dicho que tampoco es situación para muchos hombres.

El que no pueda sostener a una mujer casándose, tampoco a una querida con todas sus consecuencias» (p. 171).

La prostitución sirve de alivio a la necesidad sexual del hombre pero no a la sentimental y provoca la esclavitud y la desdicha de muchas mujeres, además de la transmisión de enfermedades venéreas.

La seducción de criadas, niñeras, casadas, viudas y jóvenes («buscando la uva» lo llama Martínez Baselga) es inmoral y peligrosa. Por último, la pureza, la castidad, es imposible, pues para evitar la tentación habría «que subirse ya a los árboles, como profetizó San Agustín, o ponerse antiparras».

Como siempre, el autor denuncia el perjuicio constante que sufre la mujer en todas estas relaciones, con una condición similar a la esclavitud:

«La mujer, en todas las situaciones, pierde más que el hombre. El amor trae muchos males, pero se ceba con más crueldad en las mujeres. Los embarazos, los partos y sus accidentes, el infinito número de enfermedades de su aparato sexual, el histerismo y la complicadísima patología femenina, las hace llevar una vida de amarguras que las inutiliza y las mata» (p. 172).

Otra vez señala en la diana sin tapujos: el origen de estos males es la dependencia económica del marido.

«Económicamente, la mujer es siempre una mendiga. El marido, cuando se casa con una rica, se hace «administrador de los inmuebles y amo de los muebles». Es suyo todo el dinero de ella y las rentas de las fincas. Manda en todo. La mujer no puede comprar nada sin su consentimiento, ni siquiera un pan.

Si el marido es avaro, tiene la mujer que sufrir miseria; si es dilapidador, se quedará arruinada sin poder protestar ni defenderse.

Socialmente, es una esclava» (pp. 172 y 173).

A lo largo del libro el autor se detiene en lamentar y denunciar la situación de las mujeres en su diversa condición: las menores, las casadas, las queridas o amantes, las monjas y las prostitutas. A estas últimas dedica varios capítulos, con una detallada descripción de sus tipos, las casas de lenocinio, su clientela y las causas e historia del oficio.

«Muchas mujeres sufren de solteras la tiranía y las impertinencias de novios atrabiliarios y mal educados; a otras les caen unos maridos que las llenan de aflicción y les hacen sufrir tantas penas y disgustos que valiérales más no haber nacido; la viudez con hijos y sin medios es un estado horrible. Los novios, los maridos, los queridos y los chulos las emprenden a tiros. Las leyes les niegan la mayor parte de los derechos que tiene el hombre, pero en cambio entran con más facilidad en las cárceles y en los presidios. Los capítulos en que se describe la trata de blancas en este libro da idea de las injusticias que (se) han cometido con las mujeres» (p. 174).

Tampoco el hombre es feliz en sus relaciones amorosas:

«Los hombres no podemos ser afortunados en el amor hasta que no hagamos felices a las mujeres (...).

El hombre pensador y de sentimientos generosos no encuentra ninguna situación buena; son infinitas las amarguras que pasamos de solteros, casados o viudos; no es moral amancebarse ni ser seductor, ni dedicarnos a la prostitución, porque todo tiene mil leguas de mal camino; es en el hombre un heroísmo la pureza; el amor nos pone a los hombres y a las mujeres en las puertas del presidio y en trance de ruina y de deshonra» (p. 177).

La única solución posible es revolucionaria: acabar con esos modelos de relación y fomentar otros mediante la educación y la legislación.

«Hay que modificarlo todo, las costumbres, el Código y la moral, orientándolo todo hacia una línea de mayor justicia» (p. 174).

«La Moral es el arte de hacer felices a los hombres.

Hace muchos siglos que el hombre viene luchando por la «conquista de la libertad». Modernamente, se lucha por la «conquista del pan». En lo sucesivo hemos de luchar por la «conquista del amor».

Para que el hombre sea dichoso necesita «libertad, pan y amor»; y no puede haber amor sin pan y sin libertad» (p. 187).

Termina el volumen con algunas recomendaciones para tratar a las mujeres: hay que respetar su voluntad y su libertad para cambiar de pareja e, incluso, para el amor «ilegal». A las prostitutas hay que tratarlas con delicadeza. Como es imposible el amor verdadero, hay que ser práctico y, lejos de todo sentimentalismo, buscar el mal menor.

«A las chicas de la vida no las trates mal ni las injuries ni les proporciones ninguna molestia. Gózalas con delicadeza, paga bien y vete pronto.

(...) Procuremos por ahora adecentar la lujuria, con los refinamientos de la educación, que otras generaciones ya se encargarán de que esta morbosidad social desaparezca» (p. 187).

El cuarto libro de la serie Educación Popular que comentamos en este capítulo se titula *Sociología y Beneficencia* y fue publicado en 1911.

La obra aparece dentro de una colección titulada *Publicaciones de «La Escuela Española», Revista pedagógica*, uno de los periódicos más importantes del magisterio aragonés. El propio autor explica que este pequeño libro «tiene por objeto dar reglas para practicar científicamente la caridad y la beneficencia».

Ya explicaba en *Sociología y pedagogía* su rechazo a la caridad, pues ésta fomenta el pauperismo y la explotación de la infancia. Insistía el autor en la necesidad de promover instituciones pedagógicas y benéficas, no sólo desde el Estado, sino también con carácter privado. Para los casos de pobreza y abandono extremos hacen falta instituciones de beneficencia que ayuden a esos necesitados y acaben con la mendicidad.

«La limosna callejera se ha suprimido y debe suprimirse, porque es impropio de pueblos cultos ese espectáculo de ver a las gentes por las calles muertas de hambre, implorando piedad con ayes lastimeros, exhibiendo criaturas moribundas, úlceras y mutilaciones» (p. 181).

En este nuevo libro insiste en la misma idea:

«Jamás debe darse en la calle una moneda a ningún pobre desconocido y muchísimo menos si llevan niños» (p. 5).

El método para acabar con la pobreza no debe ser su prohibición ni la disculpa caritativa, sino su extinción por medio de la redención de los pobres. Hay una crítica a las instituciones benéficas tradicionales y una defensa de la familia, como primer asilo de beneficencia, y de algunas obras que han ayudado a la mejora de las condiciones de los más miserables, como el Canal Imperial de Aragón.

EDUCACIÓN POPULAR

SOCIOLOGÍA
— Y —
BENEFICENCIA

POR

PEDRO MARTINEZ BASELGA

LA ESCUELA ESPAÑOLA
REVISTA PEDAGÓGICA
=ZARAGOZA=

Zaragoza.-1911
Tip. E. Casañal

Los niños pobres deben ser transformados en ciudadanos útiles, a través de una escuela que proporcione socorros múltiples a las familias. Hay que apoyar a las familias, pero controlar la natalidad y el matrimonio, no fomentarlos. La mejor planificación familiar para algunos pobres, materiales o de espíritu, es no casarse.

«...si la familia ha de constituirse con arreglo a un plan económico que permita asistir bien a los hijos, no podrán casarse más que los ricos.

(...) No debes casarte si eres débil o enfermo, si estás mal organizado, si habitualmente tienes mal humor y te consideras desgraciado, si eres perezoso o taciturno y si careces de energías para cumplir las enormes obligaciones que adquieres en ese momento.

La vida no debe transmitirse más que cuando sobra...

(...) Las corrientes modernas van por el lado de no casarse más que el que reúna adecuadas condiciones físicas, morales y sociales. Este es el verdadero camino para que aparezca sobre la tierra una humanidad dichosa con el mayor grado de perfección posible» (pp. 19-20).

Hay que atajar las raíces de la pobreza y, para ello, apoyar la cultura y la creación de riqueza: fomentar la industria, la educación popular, las escuelas agrícolas, las obras de regadío, las cooperativas de consumo...

«Donde hay grandes colectividades de obreros (minas, fábricas, obras públicas, etc.), se debe instalar inmediatamente un economato bajo la vigilancia y protección de la empresa que se trate» (p. 28).

La mejor beneficencia debe empezar por uno mismo: mejorar la vida a los que nos rodean y no seguir el

ejemplo de algunas señoras amigas de la caridad «que tienen a sus criadas como esclavas»...

«Habrán visto ustedes también que muchos industriales, banqueros, comerciantes y terratenientes dejan en testamento sumas enormes para desconocidos y se olvidan de todos los que han contribuido a crearle aquella fortuna. Esto es una ingratitud y no debe hacerse.

Las obras de beneficencia más positivas son las que tú dirijas y hagas en vida. Si eres terrateniente, mejora tus fincas, haz lindos pabellones para tus colonos, dales más jornal, llévales cultura, pon en marcha a sus hijos con buenos maestros, asegúrales una vejez tranquila» (pp. 29 y 30).

Conviene modificar las propias costumbres y fomentar la alegría: la música, el cuidado de plantas y árboles, la protección de los animales, la vida en la naturaleza.

«Contribuye al incremento de la vida intensa y bella y haz de cada hombre un poeta que sepa sentir las maravillas de la Naturaleza para que las sepa gozar y producir» (p. 32).

Pero como todas estas soluciones requieren su tiempo, urge mejorar el problema de los pobres con instituciones como La Caridad de Zaragoza. Son todo un ejemplo de beneficencia sus amplios comedores donde se alimenta gratuitamente a los necesitados y su financiación por suscripción voluntaria de los zaragozanos, aunque Martínez Baselga plantea la posibilidad de sufragar sus gastos con una contribución obligatoria de los vecinos al Ayuntamiento.

Otra idea novedosa: las inclusas y asilos pueden ser suprimidos si se establece una pensión diaria, un salario

social, para aquellas familias que adopten niños y ancianos.

«Además de las (ventajas) económicas y administrativas con la diafanidad consiguiente, se suprime el régimen carcelario que se sigue forzosamente donde se vive en colectividad y a punto de reglamento» (p. 54).

Es el Estado, a través de sus organismos provinciales y municipales, el que debe encargarse de administrar la beneficencia, tal como señaló ya su tío Joaquín Costa en frase célebre: «Hay que hacer de derecho público las obras de misericordia».

«Esta frase es todo un programa de gobierno cuya interpretación puede ser ésta: el gobierno está obligado a proteger al pobre sacando los medios al rico» (p. 69)

Como medida final, defiende la creación de un Libro Azul a la manera del publicado en Gran Bretaña, divulgado por Ramiro de Maeztu en la prensa madrileña: una asociación de filántropos que, a partir de estudios estadísticos, informes y debates, proponga soluciones racionales al problema de la pobreza.

El juego, una herramienta para la redención de la infancia

Dentro de la colección Educación Popular, publicó en 1910 el libro que hoy reeditamos: *Museo Infantil. Juguetería y Psicología*. Con él vuelve a insistir en la idea propuesta en sus obras *Las penas del hombre* y, sobre todo, *Sociología y Pedagogía*: hay que crear un Museo Infantil, con juegos y juguetes, en todas las escuelas,

«para educar el carácter, adquirir urbanidad y afinar los sentimientos». En *Sociología y Beneficencia* define en pocas líneas este *Museo Infantil*:

«Libro con el cual educamos al niño con juguetes para afinar sus sentimientos y darle un sentido moral y práctico de la vida».

Él mismo preparó un museo con 16 vitrinas de juguetes, comprados, donados o fabricados con ayuda de un carpintero y un tornero. Para conocerlos e ilustrar sobre su uso no dudó en encuestar y observar a los niños zaragozanos, entrevistarse con algún anciano y recurrir a sus propios recuerdos. El museo, que podemos considerar como el primero en su especie en España, podía ser visitado en casa del autor. Desgraciadamente, a pesar de nuestras indagaciones, no hemos podido averiguar qué fue de él.

El libro tiene también 16 capítulos, tantos como vitrinas del museo, con dibujos y descripciones de los distintos juguetes, en sus diversos materiales y variedades. Describe con minuciosidad cómo se juega con ellos, transcribiendo con precisión los distintos lances del juego y las expresiones que los acompañan. Por último, juzga el valor educativo y gimnástico de cada juguete, sus peligros y las aplicaciones pedagógicas que permite.

El propósito que vertebra sus páginas, ya expuesto en escritos anteriores, es la defensa del valor educativo del juego, del ingenio popular y de la calle, por oposición a la escuela tradicional.

«... (dije) que en la calle hay una escuela completa, que los niños tienen en la calle todo lo que les niega la escuela y que

hay mucha pedagogía en el arroyo. (...) que nuestro carácter se forja en la calle y que los chicos no hacen ningún caso de lo que en la escuela se les predica» (p. 123).

«Quiero hacer constar otra idea, y es tributar un aplauso sincero, entusiasta, una verdadera explosión de gratitud a todos esos pedagogos anónimos, que no se han tenido por tales y que han sido y son los mejores; a los inventores de juguetes y juegos, a los autores de aleluyas, al barquillero, la arropiera..., a todos esos que fuera de la escuela han hecho escuela...» (p. 124).

Llevar toda esa pedagogía callejera a la escuela contribuirá a la dignificación del magisterio y permitirá al maestro conquistar «el noble arte de hacer la felicidad de los niños». El Museo Infantil es «un gabinete de psicología experimental» y proporcionará un material de enseñanza que deberá emplearse para conseguir una escuela festiva, educadora y moral, las tres cualidades más importantes de la nueva educación.

Se trata, sin embargo, de una reivindicación crítica de la tradición lúdica, pues el pedagogo debe resaltar los valores positivos de juegos y juguetes y desechar sus aspectos menos educativos. Los juguetes reflejan el carácter de los niños y de su nación, su «alma», y la visión de los más habituales en España es «desconsoladora»:

«La mayor parte de los juguetes españoles son malos y anticivilizadores. Los instructivos y de entretenimiento, así como los cómicos y de fantasía, son en su mayoría extranjeros.

La vitrina del torco, el armero infantil, la pirotecnia y las travesuras de mala especie, son las más españolas y las más crueles. Siempre predomina el juego bélico. Los martirios dados a los animales y los que ponen en práctica los niños entre

sí causan la más profunda aflicción. La tendencia a convertir hasta los gimnásticos en juegos de ganancia y pérdida, los ardides puestos en práctica para jugar con ventaja, las trampas, la usura, la ambición desmedida para hacerse uno con los de todos, remeda la sociedad de los mayores...» (p. 125).

Por supuesto, hay juegos de gran interés pedagógico, como muchos de los tradicionales: las peonzas de varios tipos, que, curiosamente, no cita con esa denominación por ser un vocablo de uso reciente en Aragón (genial su clasificación científica en «galdrufas», «trompos», «pirulos» y «refinaderas»), el diábolo, la picota, la «milorcha» (cometa), la cuerda, el trinquete, el tiro de bola y de barra, los «birlos» o bolos, los muñecos y figuras de animales, los juegos de soldados... Incluye entre los juegos interesantes los «sports» modernos, que en esa época comienzan a difundirse; es el caso del «tennis» o del «football», tan novedosos como la misma palabra «deporte», que el autor no emplea.

Defiende el carácter instructivo y útil de otros entretenimientos infantiles, a los que dedica sus correspondientes vitrinas: los que sirven «para matar el rato», los trabajos manuales, los artilugios mecánicos, el teatro, con un interesante capítulo dedicado al menaje religioso, y la literatura infantil, especialmente las aleluyas.

Sin embargo, muchos juegos son también peligrosos, como los juguetes pirotécnicos o el tiro de bola, o exigen un excesivo esfuerzo físico. Otros muchos son directamente rechazables por su carácter antipedagógico, porque reflejan los vicios de los adultos: atentan contra animales y plantas, como la caza o los juegos taurinos...

«Este juego tiene, entre otras ventajas, la de despertar instintos sanguinarios. Jugar al toro es una delicia para los muchachos ¡lástima que no se tengan toricos pequeños de verdad, para martirizarlos y despedazarlos en vivo! ¡Qué placer sería ver penar al toro, después de recibir cien o doscientas puñaladas!» (p. 41).

...o agreden a las personas, como los juguetes ruidosos, las armas o los juegos violentos, caso de las tabas. Otros juegos, los de pérdida y ganancia, animan a la usura o a la codicia, como el castizo guiñote aragonés:

«El vocabulario de este juego horroriza. Los diferentes actos realizados durante el juego se llaman cortar, robar, matar, pisar, ahorcar, acusar y arrastrar.

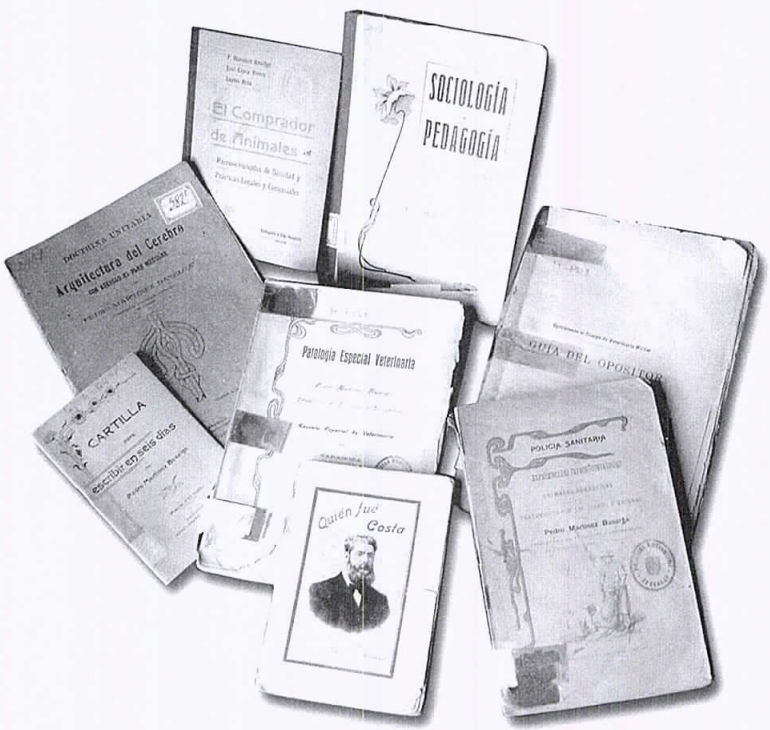
Los naipes representan: la guerra, espadas; el dinero, oros; el vicio, copas; y los bastos, lo mismo pueden representar la estaca del motín que la horca» (p. 71).

Es curioso que no cite algunos juguetes «de niñas», quizá porque rechace su carácter machista, ya aludido años atrás en *Las penas del hombre*:

«Todo queda reducido a muñecas y baterías de cocina para las niñas, como si la mujer no pudiera ser otra cosa que cocinera; o pistolas, trabucos o caballos para los niños como si el exclusivo objeto del hombre fuese degollar a los demás» (p. 353).

Los museos infantiles deben contribuir a acabar con esas iniquidades y servir para educar en un nuevo carácter y una nueva sensibilidad. El cultivo del juego educativo exige habilitar espacios públicos dedicados a los niños, donde éstos puedan divertirse a sus anchas, sin molestar ni ser molestados.

La excepcionalidad de este magnífico tratado sobre los juegos no debe hacernos olvidar que tiene antecedentes en la literatura clásica (la *Lúdicra historia* de Suetonio, por ejemplo) y hace reaparecer una intermitente línea de interés por los juegos en la literatura hispana. Recordemos fundamentalmente algunas publicaciones morales como el *Remedio de Jugadores* (1543) de Pedro de Covarrubias, *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos* (1603), del sevillano Francisco de Luque Fajardo, o el *Tratado del juego* (1559), del salmantino Francisco de Alcocer, dedicado a los juegos de adultos, con apartados dedicados a apuestas, suertes, dados, naipes, bolos, torneos, justas, juegos de cañas, toros, correr de sortija, volteadores, farsas, máscaras y danzas. De carácter más científico son los *Días geniales o lúdicros* (1626), del sevillano Rodrigo Caro, considerado el «patriarca del folclore infantil», libro en que intenta demostrar la supervivencia de la tradición grecolatina en las diversiones de principios del XVII, describiendo diversos juegos circenses y gimnásticos, burlas, juegos varios y juegos infantiles. Esta obra, reivindicada por folcloristas como Machado y Álvarez o Rodríguez Marín a finales del XIX, resulta la precursora más evidente del *Museo Infantil*, pues al igual que el autor zaragozano, para confeccionar su tratado de juegos y diversiones Rodrigo Caro se basó en su propia experiencia y en la observación de la gente menuda.


El Comprador de Animales
SOCIOLOGÍA
PEDAGOGÍA
Arquitectura del Cerebro
Patología Especial Veterinaria
CARTILLA
Quién fué Costa
POLICÍA SANITARIA
Pedro Martínez Basarte

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Sociología y Pedagogía de Martínez Baselga

Las penas del hombre. Patología social española. Zaragoza, Imp. y Lit. de F. Villagrasa, 1903.

Cartilla para escribir en seis días. Zaragoza, Imprenta y fotograbado de Abadía y Capapé, 1907 (existen, que sepamos, una edición del mismo año impresa por Casañal, y otra de 1909).

Sociología y pedagogía. Zaragoza, Tipografía de Emilio Casañal, 1909.

Educación Popular. Urbanidad y educación del comerciante moderno. Zaragoza, Establecimiento Tipográfico de E. Casañal, 1909.

Educación Popular. El matrimonio en la clase media. Zaragoza, Establecimiento Tipográfico de E. Casañal, 1909.

Educación Popular. Museo Infantil. Juguetería y psicología. Zaragoza, Tipografía del Hospicio, 1910.

Educación Popular. Sociología y beneficencia. Zaragoza, Tipografía de G. Casañal, 1911.

Educación Popular. Educación del amor. Zaragoza, Tipografía de G. Casañal, 1914.

Quién fue Costa. Zaragoza, Tipografía de G. Casañal, 1918.

Publicó un libro con el título *Historia evolutiva* que no hemos podido encontrar.

Obras de Veterinaria

(En colaboración con Ramón Pérez Baselga) *Oposiciones al Cuerpo de Veterinaria Militar. Guía del Opositor, redactado con arreglo a los conocimientos modernos, siguiendo el orden del Programa publicado por Real orden del 1º de septiembre de 1895*. Zaragoza, La Derecha, 1895.

Criterio médico: fisiología integral del centauro. Primer volumen. Córdoba, ejemplar manuscrito con páginas 1 a 335, encuadernado por Librería de la Viuda de Gacto, 1901.

Fisiología integral. Segundo volumen. Córdoba, ejemplar manuscrito con páginas 336 a 689, encuadernado por Librería de la Viuda de Gacto, sin fecha.

(En colaboración con Amaranto Miguel) *La yeguada militar de Córdoba*. Córdoba, Imprenta La Verdad, 1902.

Policía sanitaria. Enfermedades infecto-contagiosas de los animales domésticos y su tratamiento por los sueros y vacu-

nas. Zaragoza, Tipografía de La Editorial, 1905. Hay una segunda edición, corregida y aumentada, de la Editorial de Felipe González Rojas, Madrid.

Doctrina Unitaria. Fisiología integral con aplicación al criterio médico. Segunda edición corregida y aumentada. Zaragoza, Establecimiento Tipográfico La Editorial, 1906.

Patología especial veterinaria. Zaragoza, Establecimiento Tipográfico La Editorial, 1906.

Doctrina unitaria. Arquitectura del cerebro con arreglo al plan medular. Zaragoza, Emilio Casañal, 1907.

(En colaboración con Rafael Berbiela y Santos Arán), *Los inspectores de higiene pecuaria: guía del opositor*. Zaragoza, Establecimiento Tipográfico de E. Casañal, 1908.

(En colaboración con José López Flores y Santos Arán), *El comprador de animales. Reconocimientos de Sanidad y prácticas legales y mercantiles*. Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1909.

Apuntes de farmacología y terapéutica arreglados al programa y explicación... 1910 a 1911. Zaragoza, ejemplar multigrafiado, sin fecha.

Veterinaria Popular. Zaragoza, Imprenta y Fotograbado del Heraldo, 1914.

Apuntes de terapéutica. (Primera serie), Mecanoterapia, Hidrotedrapia... Zaragoza, Tipografía de G. Casañal, 1917.

Apuntes de terapéutica. (Tercera serie). Tratamiento de las heridas. Tratamiento de las inflamaciones... Zaragoza, Tipografía de G. Casañal, 1919.

Veterinaria forense, medicina legal y toxicología. Madrid, Calpe, 1922.

Colabora en la *Enciclopedia de enfermedades infectocontagiosas* y en las revistas *Veterinaria Española* y *Revista Ibero-americana de Ciencias Médicas* en los años 1904-1905. Funda la *Revista de Higiene y Fomento Pecuario*, de carácter mensual y anterior a 1905. Entre su obra gráfica destacan los cuadros para la docencia de la serie *Doctrina Unitaria* (Fondo de la Facultad de Veterinaria de Zaragoza).

Obras sobre Martínez Baselga

BALAGUER, Emilio y PÉREZ GARCÍA, José Mª, "Martínez Baselga, Pedro", *Gran Enciclopedia Aragonesa*, t. VIII. Zaragoza, Unali S.L., 1980; pp. 2179 y 2180.

CORDERO, M.; RUIZ, C.; MADARIAGA, B., *Semblanzas veterinarias*, vol. I. Artículo de Francisco Abad Boyra sobre Pedro Martínez Baselga. León, D.L., 1973; pp. 169-172.

HIGUERA CAVERO, M. T; VIVES VALLÉS, M.A.; MAÑÉ SERÓ, M. C. "D. Pedro Martínez Baselga (1862-1925), una voluntad docente", comunicación presentada en el *X Congreso Nacional de Historia de la Veterinaria*, Olivenza (Badajoz), octubre 2004.

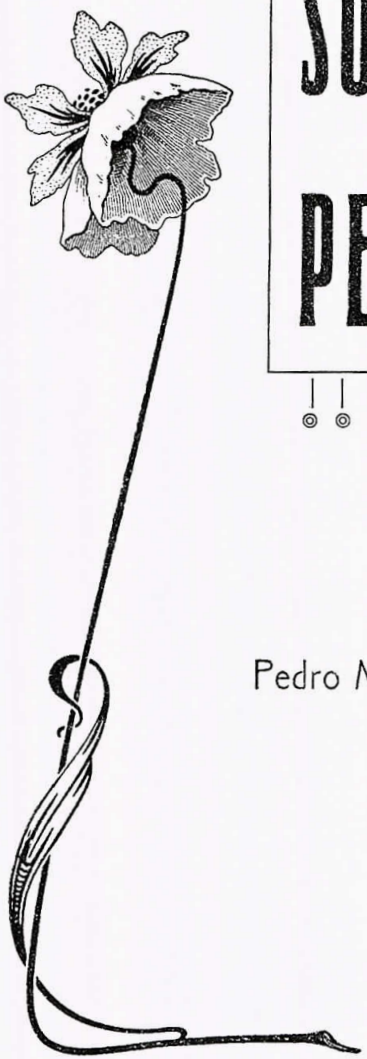
MARTÍNEZ BASELGA, Pedro, *Quién fue Costa*; introducción de Eloy Fernández Clemente, ed. facsímile. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1996.

P. Martinez Baselga

FACSÍMIL

A continuación se reproduce el primer capítulo del libro *Sociología y pedagogía* y, en su totalidad, el libro *Museo Infantil. Juguetería y psicología*. Ambos ejemplares se conservan en la Biblioteca General Universitaria de Zaragoza.

SOCIOLOGÍA Y PEDAGOGÍA



Pedro Martínez Baselga

TIP. CASAÑAL
1909
ZARAGOZA

PEDAGOGÍA FUNDAMENTAL

I

Se trata de educar al hombre para instruirlo, á fin de que sea útil para él y para sus semejantes.

Curva vital: El hombre tiene diferentes fases durante su vida. Estas fases fisiológicas se llaman primera y segunda infancia, adolescencia, juventud, estado adulto y vejez.

Cada una de estas fases necesita una educación especial y con esto tenemos trazadas las primeras líneas del plan pedagógico general.

Primera infancia

Desde el nacimiento hasta los cinco años: A este período le llamaremos maternal. El médico debe ser el mentor de la madre y de la nodriza.

Estos estudios ya están hechos, solo falta divulgarlos. La *Maternología* es la ciencia de la primera edad.

Se trata en este capítulo de resolver un problema muy simpático para las madres, que es hacer felices á sus hijos.

Desde este punto de vista, es seguro que no habrá ni una sola madre que se niegue á estudiar estas cuestiones.

Las primeras palpitaciones de la maternidad deben ser un imperioso llamamiento hacia esa escuela donde se estudiará la higiene de la madre, del niño y todo lo necesario para preparar la mayor cantidad de placeres y venturas de los hijos.

Después del viaje de novios hay que matricularse en la *Escuela de Madres*, donde debe estudiarse *Maternología* y *Puericultura*.

Con esto debe principiarse la Pedagogía.

El Dr. Martínez Vargas, ilustre catedrático de la Facultad de Medicina de Barcelona, ha publicado un libro que trata estas cuestiones ajustadas á este plan pedagógico.

Segunda infancia

Desde los cinco hasta los doce: En este período es cuando se mandan los niños á la escuela de *Primera enseñanza*.

Comienza la fase de instrucción que es absolutamente necesaria.

Todo padre por rico que sea sabe que no se puede vivir con la cabeza vacía. Si se tiene fortuna hay que espavilarse para no perderla, sino se tiene nada, hay que cavilar mucho para conseguirla. La lucha por la vida es feroz y la instrucción es el mejor armamento para defenderse y progresar.

¿Por qué, y para qué mandáis los hijos á la escuela?

En los pueblos y en las ciudades, el criterio fundamental, único á veces, para enviar los niños á las escuelas, es quitárselos de casa durante seis horas, ó durante ocho ó más meses. Así, con franqueza.

Los pobres, para *tenerlos recogidos*, como ellos dicen. Es un verdadero problema en estas clases que les den la comida á los niños porque así solo tienen sus hijos en casa para dormir. Van á la escuela á las siete de la mañana y vuelven á las ocho de la noche fatigados y rendidos y

así duermen y no dan tormento, pudiéndose dedicar sus padres al trabajo.

En las clases medias, también hacen muchos esta combinación para quitarse los chicos de delante y vivir más tranquilos y en las clases pudientes sobre todo, es donde más se ve esto. Los niños entran en el internado y allí están ocho meses encerrados.

La escuela es una necesidad por muchas razones:

Fuí un día á una visita y me encontre á la señora llorando.

—¿Qué le pasa á V?

—Estoy agobiada. No sé qué hacer. Me faltan fuerzas para resistir á estos pequeños. La señora que tiene cuatro niños pequeños bien puede calificarse de esposa mártir y madre doblemente mártir.

Estos chiquillos me desesperan, se han indisciplinado de un modo alarmante. No hay quien pueda con ellos. Me han perdido el respeto y el cariño. Parece que se complacen en mortificarme. Los mayores son los peores. Yo estoy todo el día riñéndoles como un cabo de vara. Su padre se marcha de casa para no sufrirlos y solo se le ve aquí á las horas de comer. Hay necesidad de enviarlos á la escuela, sobre todo á los dos mayores para ver si allí encuentran una autoridad que aquí se ha perdido, para ver si los doman y pueden sacar partido. ¡Desde mañana, á la escuela! dijo con resolución volviéndose hacia los mayores.

—Otra señora me decía: Voy á mandar á mi hijo á la escuela para que se espavile. Como el pobrecito está solo, se aburre. Yo comprendo que mi compañía no puede satisfacerle del todo, aunque me dedique á él por entero, jugando con sus juguetes como si fuese su amiguito. Este niño lo he hecho muy tímido; parece un mariquita; se ruboriza de cualquier cosa y se aturde cuando vienen á casa

otros niños. Mañana mismo voy á llevarlo al colegio para que se vaya acostumbrando á tratar con muchachos y á vivir entre camaradas.

Estos hechos demuestran la necesidad de la escuela en las familias pobres, en la clase media y en las ricas.

¿Qué debe ser la escuela?

La escuela debe ser un centro de recreo.

Debe ser equivalente á nuestros casinos, á nuestros teatros y á todos esos sitios donde buscamos honesta distracción.

El niño debe encontrar allí más placeres que en su casa y que en ninguna otra parte. Si falta esta condición, no responde á las necesidades de los niños, no tendrá objeto y es perjudicial.

Régimen Escolar

¿Quieren ustedes saber cómo funcionan las escuelas de los pobres? Ahí van los recuerdos de mi infancia.

Primera parte: Pues señor, á las cinco de la mañana en invierno con un frío terrible y una niebla densa como la que en esta época aparece en Zaragoza, se levantaba mi pobre madre para encender el brasero y preparar el desayuno. Tenía yo que estar á las siete y media en la escuela y por eso madrugaba mi madre.

Cuando me vestía, ya tenía el brasero completamente encendido y una buena taza de café con leche y *remojones*.

A las siete y cuarto próximamente salía de casa bien abrigado con un par de besos de mi madre y una bufanda bien puesta y á los pocos instantes caminando deprisa,

rompiendo la niebla y pisando escarcha, llegaba á la iglesia para oir una misa, que es lo primero que hacíamos en aquel colegio.

Nos reuníamos en la iglesia próximamente unos mil chicos de seis á doce años. Estábamos clasificados por edades y por grados, formando en la iglesia verdaderos batallones con sus compañías y grupos. Cada cual tenía su sitio, que íbamos ocupando al llegar. De la vigilancia de estos batallones estaban encargados varios frailes y varios muchachos mayores que pasaban lista y nos ponían faltas para dar la orden de asistencia al entrar en clase.

La misa duraba media hora próximamente. Raro era el niño que no tosía. Las toses no se interrumpían; aisladas ó en coro general, con todos los tonos imaginables, aquello parecía una clínica de enfermedades del aparato respiratorio.

La mayor parte de los niños se llevaban el almuerzo para tomarlo en la iglesia. Apenas llegaban sacaban de su bolsillo un trozo de chocolate y pan, un pedazo de queso; otros una salchicha con su panecillo correspondiente y muchos que recibían el almuerzo en dinero se compraban un churro, castañas, caramelos y pilongas.

Como es natural, no se permitía comer en la iglesia, pero los muchachos nos dábamos tal maña para masticar y deglutir sin hacer movimientos visibles, que éramos capaces de habernos comido un fraile sin que nadie lo notara.

Había algunos chicos tan imbéciles que cambiaban la salchicha por una estampa y se quedaban sin almorzar todos los días; otros robaban las pilongas con una habilidad sorprendente; se hacían tratos; se cambiaban los alimentos y se concertaban desafíos que habían de efectuarse al salir de la escuela.

Se terminaba la misa y entrábamos en las aulas de uno en uno, aparentando una gran mansedumbre.

El local

El salón era capaz para unos treinta niños, con arreglo á las leyes higiénicas, pero nos reuníamos próximamente ciento cincuenta.

Como en la mayor parte de las escuelas, había una plataforma con barandilla. Un dosel con un cristo viejo y el retrato del monarca, pero además teníamos el del Papa y el del fundador de aquellos frailes y varios otros santos.

Todas las paredes con carteles ordinarios de lectura y otros pequeños de muestras de escritura.

De lo que estaban las paredes más recargadas era de cuadros de la Biblia en gran tamaño. ¡Aquello daba gusto! Allí teníamos toda la Biblia á la vista. Todos los *sucesos* ocurridos en el pueblo de Israel se veían de un modo tan realista que se veía correr la sangre á chorros. Gente que degollaban; pueblos ardiendo, rayos y qué se yo...

En el centro unas mesas largas para escribir. A la entrada unas perchas donde colgábamos las gorras y los abrigos y aquello comenzaba á funcionar.

***

El fraile daba un grito y todos ocupábamos nuestro lugar en las mesas de escritura donde nos poníamos de rodillas para decir la oración de entrada que un niño recitaba y los demás repetíamos sus palabras á coro general.

***

Después de la oración, los vigilantes entregaban al fraile las denuncias de falta de asistencia á la misa ó faltas de orden durante esa sagrada ceremonia y tenía lugar el primer episodio que era el de las palizas á los muchachos que habían cometido las faltas que hemos indicado.

Los remedios que tenía el fraile para castigar eran de dos clases: materiales y morales.

Con referencia á los primeros tenía el fraile dos manos como dos abanicos japoneses de los grandes y más pesadas que mazas. Las puntas de su zapato se empleaban con mucha frecuencia. No era raro verle emplear los puños haciendo como que barrenaba y era gran aficionado á dar tirones de orejas, á dar pellizcos y á tirar los pelos de las sienes á contrapelo, que era su especialidad.

Afortunadamente este señor no mordía, pero gastaba una correa de doble efecto, que la empleaba sencilla ó doblada, según los casos, que al decir de los muchachos la untaba con guindilla y ajo y acaso con vinagre para que hiciese más daño.

Además de la correa tenía un puntero largo para dar garrotazos en la cabeza ó para emplearlo en forma de lanza. Casi todo el menaje le servía en determinados casos como instrumentos de punición; frecuentemente nos tiraba los libros á la cabeza, nos amenazaba con destrozarnos de un silletazo y así sucesivamente.

El instrumento de más uso era la correa para dar palmetazos que se servían por docenas.

Se nos castigaba además poniéndonos de rodillas, con los brazos en cruz; de pie con uno solo como las grullas. Había calabozo, se nos dejaba sin comer. Se nos obligaba á besar el suelo y á trazar cruces con la lengua en los ladrillos del pavimento y así sucesivamente.

Como medios morales ó espirituales, ó lo que sea, nos

presentaban el infierno tal y como se halla pintado en la Doctrina de Ripalda, con sus calderas de aceite hirviendo como las de las buñolerías, con sus diablos con cuernos y rabo, armados de tridentes ó grandes tenedores, con el concepto de la eternidad, ardiendo en cueros y con las amenazas de terribles maldiciones.

Si hubiese de detallar todo este régimen terrorífico no acabaría nunca. Vale más hacer punto y que cada cual recuerde sus tormentos en la escuela, no para odiar á los que nos los hicieron sufrir, sino para que las nuevas generaciones no los conozcan.

Este capítulo es de una importancia capital en la Pedagogía.

*
* *

Después de la misa y de las palizas comenzaba la formación de secciones para proceder al estudio de la doctrina cristiana, rezada de memoria, sin digerir, sin entenderla, sin explicarla.

Se seguía el método mixto por secciones con sus instructores correspondientes.

El fraile se entretenía con una sección, tomando la lección de memoria, que no faltasen comas ni puntos. Se recitaba con cierto tonillo macarrónico y la voz del fraile se dejaba oir de cuando en cuando con un tonillo que indicaba escarnio y burla al discípulo y sobre todo con una ira salvaje. Aquí es donde funcionaban la correa, las bofetadas, el puntero, los pescozones y todos los medios de castigo.

Con aquella sección y con todas, siempre ocurría lo mismo: la mitad de los muchachos se quedaban de rodillas, llorando en medio de la sala, con las orejas más coloradas

que un tomate y mascullando aquel siniestro librito llamado Doctrina.

La sección que estaba en turno para ir á la plataforma temblaba porque ya sabía que iba á correr la misma suerte. ¡Vaya una suerte!

*
* *

Segunda parte: Todo lo que acabamos de describir ocurría generalmente desde las ocho hasta las nueve de la mañana.

En esta hora se cambiaba de trabajo. Se disolvían las secciones con arreglo á cierta táctica, quedaba formada la fila general, dábamos media vuelta y avanzábamos lentamente, en rueda, cantando la tabla de multiplicar hasta que dábamos dos vueltas y quedábamos en el mismo sitio para formar nuevamente las secciones.

Y sonaba un estacazo fuerte sobre la mesa, cesábamos de cantar y se oía la voz del fraile que decía: *¡Historia Sagrada!*

Y efectivamente. Echábamos mano á nuestras carteras, sacábamos los libros y el instructor nos iba tomando la lección.

—¿Quién fué el primer rey?

—Saul.

—¿Y el segundo?

—David.

Y así sucesivamente íbamos pasando el rato hasta las diez, pero en esta hora se repetían las palizas en las secciones que subían á la plataforma con el fraile.

¡A repasar!

Antes de dar las lecciones de memoria nos permitía el fraile repasar un rato. La sección se componía de veinte chicos, formábamos corro y cada cual agarraba su libro para hacer el repaso. Este era una especie de ventajilla que nos daban para que tuviésemos las lecciones frescas y dispararlas como escopetazos.

Los chicos estudiábamos en voz alta y con el tonillo de siempre, así es que entre los veinte armábamos un guirigay tan ruidoso, que más de una vez el maestro se veía obligado á dar fuertes estacazos en la mesa para que bajásemos la voz.

La bronca, sin embargo, seguía en aumento; cada cual leia donde le daba la gana y aquella balsa de ranas era de lo más gracioso que puede imaginarse.

Sí padre. No padre. Ungido. No padre. El padre ¿es padre? Sí padre. No padre. El hijo ¿es padre de su padre? Sí padre. No padre. El espíritu santo ¿tiene padre? No padre porque el subjuntivo indica un sentido optativo, desiderativo ó vomitivo. ¿Se moja? No padre. Sí padre. ¿Y cómo se hizo esto? Antes del parto, en el parto y después del parto.

¡¡Viva San Ramón!!...

Así jugábamos á los despropósitos cosa de media hora y ya estábamos en condiciones de escudillar la lección muy malamente, porque esta manera es la peor que puede imaginarse para estudiar.

¡Que no digan que esto es escuela! Esto es un Manicomio. Pero un Manicomio al revés, donde á los sanos se les vuelve locos.

***

Tercera parte: Ya son las diez. Disolución de las secciones, formación de la rueda, otro golpe cantando á la tabla de multiplicar y vamos entrando en las mesas para escribir.

Cuando todas las mesas se hallan ocupadas, el fraile da el consabido estacazo, se hace el silencio y comenzábamos á escribir.

A la derecha de las mesas se han quedado diez muchachos de vigilantes para cuidar del orden.

En la sala hay un tufo que no se puede respirar. Los chicos estamos congestionados, sudando, con una sensación de pena en el estómago y esperando que den las once para salir á la calle.

Unos hacen palotes, otros ganchos y perfiles, algunos letras y palabras; los más adelantados dibujamos frases. Yo era de éstos y llevaba tres años aprendiendo á escribir.

¡Qué tormentos!

El fraile descansa un rato fumando un cigarrillo. Luego va paseando por las mesas. Se oye de cuando en cuando el ruido de una chola, el llanto de un chico y nosotros cuando tenemos al fraile en nuestras inmediaciones metemos la cabeza entre los hombros esperando el repelón y un insulto grosero.

. . . . . .

Son las once. Ya hemos pasado la mañana. Ya estamos en la calle. ¡Qué gusto!...

Nuestra alegría contrasta con la tristeza de seis ó siete de nuestros camaradas que se han quedado de rodillas sobre las mesas, con los brazos en cruz como Cristo y sin comer.

***

Los muchachos echamos á correr hacia casa y damos prisa á nuestra madre para que nos de la comida.

Queremos despacharnos pronto para ir á la calle en las inmediaciones de la escuela. Allí nos reunimos los chicos sin el maestro y jugamos á gusto. Esa hora es para nosotros la más hermosa del día.

*
* *

A la una y media suena el campano. Hay que dejar aquellos alegres juegos y volver á la escuela donde permanecemos tres horas seguidas con un régimen muy parecido al de la mañana.

Las tardes se dedican generalmente á Historia Sagrada, Gramática, Ortografía, algo de Aritmética y nociones de Geografía.

A las cinco suena el campano, rezamos y salimos del aula como potros para ir á merendar y á jugar.

Nuestros placeres

El régimen inquisitorial que acabo de describir, hubiera sido insoportable á no ser por las compensaciones que á estos tormentos encontraba nuestra astucia y nuestra inventiva.

Teníamos:

1.º—*Juegos gimnásticos*

El marro.—El frendis.—La rueda de pan y coces.—El burrico del haba.—A la una andaba la mula.—Carreras á pie.—Saltos con un pie.—Saltos de altura y de distancia á piernas sueltas ó á pies juntos.—Las esquinas.—Las es-

condecucas.—Imitábamos á los saltimbanquis.—Acrobatismo.—Volteretas.—Pasos de equilibrio por canales, andamios y sitios peligrosos.

2.º—*De ejercicio y habilidad*

Galdrufa.—Pirulo.—Picota.—Bolos.—Birlos y Pelota.

3.º—*Juegos interesados*

Taba.—Chapas.—Quicar.—Palmo de Calatayud.—Tanganillo.—Galdrufa.—Tapacondes.—Pares ó nones.—Naipes.—Dados.—Estampas.

Nuestro capital consistía en botones, plumillas, bellotas, estampas, arcilla, castañas, pilongas, huesos de alberchigo, cartones de cajas de cerillas, dinero y alfileres.

Hay que advertir que cada juego tiene su trampa correspondiente. En las tabas poníamos plomo; la trampa de las chapas estaba en la manera de tirarlas y así sucesivamente.

4.º—*Juegos industriales*

Fabricábamos: Tiradores de goma.—Ballestas.—Barbacanas.—Anillos de pelo de diferentes formas con ó sin abalorios.—Pajaritas de papel, barcos, ranas, bonetes, aguaderas.—Objetos de papel picado.—Jaulas para grillos y moscas.—Pelotas de goma bordadas con lanas de colores.—Curas, con el cáliz de los claveles.—Castañuelas, con almejas.—Pulgarillas.—Silbatos con huesos de alberchigo y carracas.

5.º—*Crueldades*

Persecución á muerte de perros, gatos, ratones y pájaros.

Caza de lagartijas para arrancarles la cola y para matar á la lagartija lentamente con alfileres.

Murciélagos clavados en una tabla y luego produciéndoles quemaduras para que dijesen palabras feas.

A los perros se les ataba algo á la cola para que corriesen asustados ó se les ponía una brasa en el ano para que apretasen la cola.

Cazábamos moscas para ponerles un culero de papel.

Ahorcar moscas con mangos de cerezas.

6.º—*Música y literatura*

En los primeros años jugábamos con las niñas y nos servíamos de las canciones de sus coros. Cantábamos aquello de «Las hijas de Ceferino», «La casera del cura», «Madame á te», etc., etc. No hay más que acercarse á un coro de niños que todavía cantan lo mismo que en mi época.

Cuando éramos mayorcitos cantábamos lo mismo en parodia, pero tan brutalmente, que no se puede oir sin que dé vergüenza á cualquiera persona medianamente educada.

Cuentos

Predominan los terroríficos. Los protagonistas son muertos que resucitan, aparecidos, duendes, calaveras que hablan y clavan las uñas, teogonias vengativas. Episodios espeluznantes de ladrones, crímenes, sucesos.

Del género insustancial: «La cabecica de ajos», «Los amores de una aceitera», fábulas y narraciones fantásticas.

7.º—*Juegos de espectáculo*

Corridas de toros.—Funciones de teatro.—Funciones de iglesia.—Juegos de soldados.

La industria, antes que los maestros y que los padres de familia, se ha anticipado á poner en práctica esta importante sección de la Pedagogía, inventando juguetes.

La industria ha hecho el menaje completo para corridas de toros, para funciones de iglesia, teatros y soldados. De todo esto hay un arsenal numeroso.

Bendito sea el que inventó las aleluyas «El hombre cerilla», «D. Matías», El Camelo» y otras dan el tipo literario de las primeras edades. Este estilo es muy pedagógico y muy hermoso.

Los niños imitan todo lo que ven. Gracias á esta propiedad de imitar son educables.

Corridas de toros: Teníamos organizada una cuadrilla con todas las reglas del arte: Hay niños que solicitan siempre hacer de toro; otros de caballo. Algunos no ceden á nadie su plaza de primer espada; algunos quieren ser banderilleros, picadores, peones y espectadores.

Un día se le ocurrió á un chico que eso de jugar al toro *en seco* sin que hubiese peligros mayores, era una sosería.

Se acordó que el que hiciera de toro fuese armado con una navaja y se aceptó. Esto se llamaba *jugar al toro con navaja abierta.*

Las condiciones eran ingeniosas: El caballo era inviolable y el picador también inviolable, en todas las regiones menos en la región glútea.

Los que hacían de caballos, eran los más fuertes. Estos

llevaban al picador sobre las espaldas. El caballo y el picador podían defenderse de la agresión del toro á manotazos y á patadas. El toro no podía agarrarse á la ropa, había de ir á pegar precisamente al culo del picador y cuantas veces intentaba llegar á esa parte, el caballo se revolvía vertiginosamente para cubrir el punto vulnerable.

El primer día, los caballos estuvieron tan ágiles que no pasó nada, únicamente que los toros se cortaron con las navajas, pero al segundo día, sea que el toro era más fuerte, ó que el caballo era más flojo, el pobre muchacho que hacía de picador se encontró con la navaja clavada en los glúteos y tuvimos que llevarlo á una botica para que se la arrancaran.

. . . . . .

Se dió parte al maestro. Este con gran habilidad procedió á un cacheo y vimos sobre la mesa una enormidad de armas de todas clases cortaplumas, cuchillas de zapatero, leznas, navajas de Albacete, puñales, tijeras y pistolas de verdad.

***

Afortunadamente en aquellos días no hubo desafíos.

En nuestros colegios había siempre *matonismo*, que era considerado como una virtud.

Todos los chicos conocíamos quién era el más fuerte de la escuela. A veces salía un segundo ó uno nuevo que ingresaba, que se atrevía con el *gallito*.

El desafío se concertaba filosóficamente para la salida de clase. Se hacian apuestas, se profetizaba que éste ó el otro ganaría y efectivamente, el duelo tenía lugar en medio de un círculo formado por los camaradas.

Era frecuente que alguno de los adalides, ó los dos, sa-

liesen con las narices aplastadas ó con algún brazo roto, pero esto era una cosa que no impresionaba. Era cuestión de buscar una explicación para que no sermoneasen en casa y tan ricamente.

Si en aquellos días de los toros se hubiese provocado algún desafío, seguramente hubiéramos presenciado la muerte de alguno de nuestros compañeros por una certera puñalada.

***

Hemos citado antes los juegos desde el punto de vista esportivo. Aquí diremos que los chicos se juegan el dinero á juegos de habilidad y de azar.

En muchos chicos el juego es una pasión tan intensa como en los mayores. Se juegan todo lo que está á su alcance; dinero, alfileres, botones, etc., etc. Todo esto generalmente lo roban en sus casas ó en las del vecino; roban también á sus compañeros por el engaño, muchas veces á la fuerza y por terror.

Hay muchacho que siente una ambición tan desmedida por todo lo que es objeto del juego, que no sosiega hasta que consigue acapararlo. Siempre hay uno que se hace con todo, al cabo de un tiempo más ó menos largo.

Sobre el feo vicio del juego hay otra cosa más grave y es que se hacen trampas.

Analizar bien los juegos de los niños y veréis cuánta astucia, cómo discurren para ganar: la taba, las chapas, los naipes marcados y mil cosas muy dignas de análisis.

La sociedad infantil es un reflejo exacto de la sociedad de los mayores.

***

Las crueldades que hemos citado en uno de los párrafos anteriores se referían á los animales, pero son mucho más lamentables las que se hacen entre ellos.

Desgraciado el niño que cae con malá sombra en una escuela y le toca hacer el papel de *canelo*.

El *canelo* se encuentra todas las bofetadas, todas las manchas de todo lo que es capaz de ensuciar, todas las culpas de cuanto ocurre. Se le comen todo, le roban hasta los botones de la ropa. Nunca tiene pluma para escribir. Siempre llega tarde. Siempre está castigado. El *canelo* no se da cuenta de lo que le pasa, llegando á tal estado de imbecilidad que no tiene facultades para quejarse ni para protestar.

Si se inventa algún juego de engaño, algún trabalenguas, un retruécano, un *timo* ó algo así, todos los ensayan en el *canelo*. «Dí esto», «Di lo otro», «Muerde aquí», «Tira de esto», «Si tiras de esta cuerda te daré tal cosa». Y el *canelo* siempre responde, haciendo las delicias del respetable público infantil.

*
* *

En las colectividades infantiles, como en las otras, siempre sale un *clown*, un muchacho cómico, una especie de mona sabia que hace reir á todos, inventando cosas y haciendo chistes.

Nunca falta tampoco el consabido *tonto*, que no es precisamente el *canelo*. Hay tontos que hacen tontear. Finjen no entender las cosas por no trabajar y si se trata de comer, siempre se las arreglan de modo, que se atizan doble ración.

Entre la mona sabia y el tonto sacan motes á todo el

mundo y tienen las clases en una indisciplina permanente.

*
* *

El pobre maestro que no tiene la fortuna de conquistar el cariño de sus discípulos está perdido.

La mona sabia le pone motes que son celebrados por todos. Remeda la voz, imita los gestos del maestro. Cuando éste vuelve la cara, la mona sabia hace muecas que producen intenso júbilo. Todo lo que dice el maestro se toma á pitorreo. Esta situación es la mayor desgracia que puede caerle á un educador.

*
* *

En los grupos de niños, siempre hay uno que manda y que se impone. Se jugará siempre á lo que éste quiera; cuando á él le parezca, se suspenderá el juego. Es el que da las órdenes para todo. Es el mandón, el jefe y todos le obedecen.

Contra éste siempre hay un rebelde, que no está conforme con nada.

*
* *

La masa general de los niños es obediente, dócil y disciplinada.

*
* *

El maestro debe conocer al mandón, al rebelde, á la mona sabia, al tonto y al canelo, porque éstos son los registros de aquella dinámica social.

Se puede sacar mucho partido de estos registros, manejándolos bien.

*
* *

La mayor parte de los niños son espectadores perpetuos y obedecen á todo el mundo sin protesta.

Estos cuando sean hombres están destinados á trabajar y á pagar.

Resumen

Será muy útil que estas notas sirvan de estímulo para que se implanten ciertos estudios que están por hacer.

Primeramente hay que coleccionar todos los juegos espontáneos de los niños.

Se necesita un museo infantil de juguetes donde estén todos los objetos empleados en sus deportes, en sus industrias y en sus placeres.

Hay necesidad de hacer una clasificación de sus juegos de calle, describiéndolos minuciosamente.

En este número deben figurar, además de los juegos espontáneos y todos los objetos fabricados con ellos, toda la juguetería conocida.

Esto no solo será interesante para los muchachos sino que será una fecunda fuente de conocimientos para el educador.

Hay que coleccionar toda la literatura infantil callejera con su música correspondiente, sus danzas y su gimnástica. Y no hay que olvidar sus cuentos y narraciones tradicionales.

Este capítulo que está por hacer y que es más interesante de lo que generalmente se cree, ha de servir de

fundamento para la formación de otro libro que podrá titularse *Psicología infantil.*

*
* *

Sé que la psicología infantil es difícil de confeccionar porque lo que el niño piensa no le pertenece.

El niño refleja lo que ve. El niño no hace más que imitar. Seguramente que los niños alemanes, por ejemplo, no jugarán *al toro* porque no han visto este espectáculo.

Toda la psicología morbosa de los niños, es adquirida, imitada. A la escuela llevan todo lo malo y todo lo bueno que han visto en su casa. Cada cual lleva un sumando á la colectividad. Cada sumando actúa como una levadura, que en la sociedad infantil adquiere gran difusión y precisamente las ventajas de la escuela consisten en la formación del tipo medio social.

Como complemento de este capítulo, ponemos un fajo de notas, para el libro de los juegos. Estas notas como se ve, están hechas con una clasificación provisional, pero sirven como elementos para acometer la confección del mencionado libro.

Esto no es más que un índice.

Juegos infantiles

Con su propio cuerpo: Volverse los párpados.—Estirarse los dedos para sacar mentiras.—Hacer chasquidos con todos los dedos entrelazando las manos.—Tirar de los índices dos chicos para que no puedan cagar los perros.—Esto también lo hace uno solo.—Dislocaciones y contracturas de las falanges; de toda la mano arqueándola; de todos los dedos; de un solo dedo.—Dislocación voluntaria del pulgar.—Imitación de los paralíticos con la mano péndula.—Imitación del jorobado subiendo los hombros.—Imitación á toda clase de cojeras; topino, pando, izquierdo y estevado.—Variaciones fisonómicas.—Tirar del carrillo, de la barba y de la nariz para sacar la lengua en todas las direcciones.—Aplastamiento de la punta de la nariz para imitar una calavera.—Hacer de burro y de caballo.—Hacer una silla entrelazando cuatro manos á las muñecas.—Imitación al rebuzno, al relincho, al gallo, al cerdo, ladridos, bufidos, validos, el gato.—Movimientos parciales de algunos dedos y parálisis parciales.—Tejer con los dedos.—Con los puños cerrados.—Hablar con los manos (los mudos).—Indicaciones para comer, beber (cortes de mangas).—Pedir para necesidades levantando el dedo.—Santiguarse con los pies.—Andar con el culo.—Dar volteretas.—Besar el suelo con las manos atadas por detrás.—Mover las orejas.—Tocar la nariz con la lengua y la barba.—Siluetas y sombras con las manos.—Los dedos vestidos.—Fantoches.—Golpes de pecho.—Ponerlas como los curas.—Bendiciones.—Acaballar los dedos.—Sin dinero no se puede vivir (juego de los dedos anulares).—Hacer la pichina sacando el pulgar por entre el índice y medio.—Trenzado con los dedos y con los puños.—Devanaderas.—Calienta manos.—Mano de muerto ó isquemia de la mano.—Capolar con la mano.—Sacudida de dedos.—Pitos.—Palmas.—Silbar con los dedos.—Boxeo, sacando el medio.—Bofetadas, pellizcos, puñetazos, arañazos, estrangulamientos, patadas.—Pintar calaveras en las uñas.—Hacer la raja del culo con los pliegues del índice y pulgar.—Hacer muñecos con la mano y un pañuelo, con ojos de botones.—Tocarse las orejas con los brazos cruzados.—Los brazos en cruz y cruzados.—El juego del loco (cojerse el dedo).—Mano izquierda subiendo y bajando sobre el pecho y con la derecha golpes sincrónicos de adelante atrás.—Hacer gár-

garas (pajaricos).—Soplar.—Inspirar fuertemente.—No respirar.—Hacer buches.—Hinchar los carrillos para hacer la pedorreta.—Dilatarse la boca.—Meter el dedo en un carrillo para dispararlo como una botella.—Tocar el cielo con el dedo (el del paladar).—Hacer tomaticos con los labios con ó sin hilos.—La morra.—De cotín de cotán.—Mover las orejas.—Hacer el bizco.—Poner los ojos en blanco.—El tuerto.—Guiñar los ojos.—*Sí* y *no* con los ojos y con la cabeza.—Arrugar la frente.—Hacer pedos con el sobaco.

Zoología infantil

Caza: De moscas, escarabajos, tocinicos, arañas con mosca, renacuajos, tijeretas, sargantanas, murciélagos, golondrinas, ranas, pájaros, gorriones y caza moscas, picarazas. Sacar nidos con un gancho, coger grillos, cigarrones y mariposas.

Explotaciones pecuarias: Poner culero á las moscas.—Elevación de un globo con moscas.—Hacer andar un globo con escarabajos.—Ponerles crestas á los gorriones.—Enseñar á cantar la jota á las picarazas.—Los ojos de los besugos para ver la Virgen del Pilar.

Instrumentos: Cepos, ganchos, loseta, moscas para las arañas, besque.—Las golondrinas con pelo y pluma.

Botánica infantil

Pipas de melón.—Acerolas.—Ortigas.—Margaritas.—Pasionarias.—Hojas de plátano.—Pétalos de rosa.—Claveles.—Cañas.—Calabazas.—Pepinos.—Patatas.—Cachurros. — Esparto.—Maíz.—estigmas de maíz.—Nueces.—Bellotas.—Caña de maíz.—Sopeta del olmo.—Acacias.—Ginjoles.—Moras.—Bizcochas.—Arañones.—Escaramujos ó tapaculos.—Alcaiciles.—Latones ó frutos del almez.—Zanahoria.—Regaliz.—Garrofas.—Chufas. — Cacahuetes.—Castañas.—Pilongas.—Dátiles.—Caña dulce.—Coco.—Cerezas.—Vilános de varias compuestas y algunas gramíneas.—Huesos de albaricoque.—Altramuces.—Espuela de caballero.—Relojes.—Hinojo.—Cardillos.—Pámpanos.—Berros.—Puntas de zarzaparrilla—Raíz de escorzonera.—Frutos verdes.—Panizo.—Cañamones.—Sauco.—Cañas de trigo y de cebada.—Cebollas.—Tallos y leche de la higuera y de algunas euforbiaceas (celedonia).

Botánica infantil

Usos.—Comestibles: Muchas de las especies que acabamos de citar se emplean exclusivamente como comestibles, tales como las pepitas de melón, acerolas, las hojas de plátano ó sopeta.—Gínjoles, moras, bizcochas, arañones, alcaiciles, zanahoria, regalíz, garrofas, chufas, cacahuetes, castañas, pilongas, dátiles, caña dulce, coco, cerezas, altramuces, cardillos, pámpanos y berros.—Cañamones, puntas de zarzaparrilla y raíz de escorzonera, nueces y bellotas, pepinos, maíz y panizo.

Preparaciones: Algunos de estos alimentos tienen que someterse á ciertas preparaciones. Las castañas y las bellotas pueden comerse crudas, asadas y cocidas; los cañamones se preparan tostados para hacer unas bolitas con miel: con el maíz se hacen pajaritas, poniendo las semillas al fuego en una sartén.

Los chicos chupan los nectarios de los claveles, de las pasionarias y de otras flores.

Juguetes: Los niños hacen muchos juguetes de las plantas.

Rosarios: Con pipas de melón y huesos de dátil.

Simbolismos: De las diferentes partes de la pasionaria sacan todos los atributos de la pasión; los tres clavos, la cara de la Verónica, la cruz y el sepulcro.

Conservación: Conservan las acerolas haciendo rosarios, esto es, partiéndolas por la mitad.

Bordados: Con las hojas de los plátanos las pican con un cepillo y sacan dibujos. A esto le llaman disecarlas y las conservan entre las hojas de los libros. De esta manera guardan los pensamientos y otras flores.

Curas: Con los claveles hacen curas, poniendo el sépalo en el cáliz al revés.

Música y *ruidos:* Con las cañas hacen pitos y flautas y con las de cebada y trigo, chuflainas.

Con los pétalos de las rosas y de las amapolas hacen ampollas y las hacen estallar por contusión en la frente, produciendo un chasquido. Los pétalos de las rosas colocados entre los labios los hacen vibrar como lengüetas. De la caña de maíz hacen violines. De los tallos de las cebollas, trombones. Con las bellotas se hacen silbatos y con las nueces cri-cris.

Escultura: El pepino, la calabaza, la sandía, la patata y el coco son grandes elementos para los pequeños escultores.

Añadiéndoles palos, botones pequeños para ojos y otros aditamentos hacen burros, caballos, figuras grotescas, santos y vírgenes.

Con las sandías bien raspadas se hacen unas calaveras que dan mucho miedo, poniendo una luz encendida dentro.

En el pedúnculo del coco quieren ver los chicos la cara de una mona. Con las cáscaras de naranja se hacen los chicos dentaduras artificiales. Con los estigmas del maíz barbas, bigotes y pelucas postizas.

Medicamentos: Los niños se ponen casquetes de calabaza y rodajas de patata en las sienes para que se les quite la calentura. Dicen ellos que esto es muy sano.

También llevan á la escuela cascos de coco para llevarlos por la boca, pues dicen son muy buenos para apagar la sed. Lo mismo hacen con trozos de porcelana.

Se ponen azafrán en los sobacos para tener mal color. y se echan petróleo en los ojos para no estudiar.

Travesuras: Las semillas de las garrofas las disparan de entre los dedos por presión y deslíz.

La semilla del escaramujo se la echan á los muchachos por el cuello de la camisa, por la espalda para que les pique.

Se hacen urticaciones con las ortigas. Se echan cachurros por la ropa y hacen coger á los chicos cáscaras de higos chumbos para que les claven los pelos.

Con el sauco hacen barbacanas y trabucos y con las cañas jeringas para llenar de agua al que se descuida.

Con la leche de la higuera y de las euforbiaceas (celedonio) hacen muchas diabluras que pueden tener malas consecuencias.

Con las moras de zarza untan la cara á los pequeños para hacerles bigote, cejas y ojeras.

Género fino: Además de lo que hemos dicho de la pasionaria, arrancando sucesiva ó alternativamente los pétalos de las margaritas se recitan leyendas y agoreros.

Con los vilanos se juega lanzándolos y esperándolos. Cuando caen sobre uno se consideran como indicio de ventura.

Con la espuela de caballero se hacen coronas muy elegantes. Se hacen también relojes.

El esparto sirve para hacer monas. Las niñas hacen con esparto y paja algunas labores.

Tintorería infantil: Emplean tinta, clarión, carbón, yeso, moras, polvo de ladrillo, óxido de hierro, amapolas, corchos quemados y harina. En los naipes encuentran todos los colores posibles.

Se tiznan la cara. Hacen calaveras de trapo para dejar la huella en la ropa negra. A esto le llaman el *calave.*

Recreaciones de física: Caleidoscopio.—La rata con espejo.—Globos.—Paracaidas.—Milorchas.—Cometas.—Vibrador de acero.—Cri-cri.—Burbujas de jabón.—Remolinos.—Imán.—Los peines músicos.—Teléfonos.—Moscardón.—Vibración por rotación.—Cinematógrafo (para mearse en la cama).—Bala de plomo aplastada con cuerdas.—Persistencia de las imágenes en la retina.—Descenso de los graves (corcho, plumas y pelo con pala).—Flechas de papel.—Ballesta.—Levanta piedras.—Volante de nuez.

Juegos de esgrima: Tirar la navaja.—Para coger dátiles y caña de azúcar.—Barquilleros.—Desafíos con espada.

Juegos gramaticales: El arzobispo de Constantinopla.—Este es el tapón de tapar la bota. El bolico ciripicero. - Apurar la letra.—Trabalenguas.—Del coro al caño.—Farfallosos.—Tiatisi hablar con la *ti*, con la *pe* y otras.—Con las sílabas y con las letras al revés.

Juegos de sport: Patinar con una piedra en los pies.—Zancos de madera y con latas de conserva.—El tieso. - La rata (círculo de chicos).—Foot-ball con palo.—¿Qué has comido? Farinetas.—Natación.—El banco.—Travesuras con la ropa.—El capucete.—Hacer cucharetas, tirando la piedra en la superficie del agua.—La honda para lanzar la piedra, á bolea y á sobaquillo.—Columpio con madero.—Botijos con cerezas.—Salvas con cáscaras de naranjas.—Juegos de huesos.—Pelota ¡sangre!—Muelles de papel arrollado.

Enseres de casa: Música con la batería de cocina.—La escoba, caballo y para pegar.—Sillas, coches. - Fantasmas con las colchas.—Brasero. Calentar la paleta.—Echar bellotas, trapos, sal y guindilla y tostar pan.

Con la ropa: Ponérsela al revés.—Cambiar las prendas.—La americana para pantalones. - La camisa por fuera.—Sacarse los bolsillos.—Tocar el violín sacando el dedo por la bragueta.—Mocarse con la manga.—Hacer alforjas con las mangas y con los pantalones.—Juegos con la boina (darle vueltas suspendida del rabi-

llo).—Tirar la gorra puede indicar varias cosas.—Esconderse las cosas en la gorra ó la gorra-baúl.—Zapatos el día de Reyes.

Industrias de papel y cartón

Pajaritas.—El burro. El muñeco para pegarlo en el techo.—Recortes con tijeras.—El gorro de soldado.—Bonete. — Pajarita rana.—Aguaderas.—Cajón.—Barco.—Menaje completo de cura casulla, bonete, etc.—Cadeneta.— Barcos.—Arañas.—Faroles.—Banderillas.—Remolinos.—Flechas.—Milorchas y cometas.

Con cartas: Titirimundis.—Acordeones.—Teatros.—Trenes.—Estrellas.—Cubos y devanadores.

Con cartón: Cuerpos sólidos y *Trabajos manuales.*

Con cera y con pez: Muñecos, toricos y otras varias cosas.

Con cerillas: Velas y lamparillas.

Con juncos: Barcos, bastones, rueda hidráulica, cestos, gorros y coronas.

Industrias con cuerdas y telas

Conejo con el pañuelo.—Sacar la cuna, la pata de gallo, etcétera; en esto hay toda una serie de figuras, pasando los niños la cuerda de una mano á otra.—Nudos.—Látigo de pañuelo.—Pañuelo gorro con cuatro cuernos.—Un cuerno que se regancha.—Paracaidas con pañuelo, lizas y una piedra.

Industrias: Agujas en los rails para hacer espadas (en el tren).

Travesuras

Las chicas se miden las tetas con una cazuela.—Los chicos se apuestan á ver quién mea más alto.—Matar la vieja con mazo.—Carracas. Juegos de cuaresma.

Trabajos hidráulicos y con nieve y barro: Puentes, figuras, etc.

Oficios mudos: El que se ria paga ciento.—Antón Pirulero.—Pajetas.—El huevo de San Juan.—Silbatos de baldosa.—El tres en barra.

Pirotecnia: Pólvora.—Cohetes.—Frailes de pólvora mojada.—Relámpagos con licopodio.—Bengalas. Bombas con bolas de cama.—Combustión de las esencias de la cáscara de naranja.

En fin, no reeuerdo más. Mi objeto es que los maestros añadan todos los juegos que conozcan para enriquecer el Museo escolar con otras estas.

Solo con lo apuntado llama la atención el despejo de los chicos, su ingenio y su pedagogía espontánea. Todo lo que acabamos de nombrar es instructivo y educativo. El maestro debe fijarse en estas cosas para aprender mucho.

Esta es una de las grandes fuentes para instituir la Pedagogía, que está por hacer, pues lo que la mayor parte de los técnicos tienen por Pedagogía, no es tal cosa.

Estas notas sirven para constituir los libros siguicntes:

1.º Maternología y Puericultura.

2.º El libro de los Juegos.

3.º La Psicología infantil.

Estos tres libros serán en tiempo no muy lejano, otras tantas asignaturas que deben pertenecer á la Escuela Normal, por derecho propio.

Quiero tributar un aplauso sincero, entusiasta, una verdadera explosión de gratitud a todos esos pedagogos anónimos, que no se han tenido por tales y que han sido y son los mejores; a los inventores de juguetes y juegos, a los autores de aleluyas, al barquillero, la arropiera..., a todos esos que fuera de la escuela han hecho escuela, a los que han entendido a los niños poniendo su ingenio al servicio de la felicidad infantil. Este aplauso, para que tenga más valor, se lo tributo a esos pedagogos, como chico, transportándome a mi infancia.

Pedro Martínez Baselga

EDUCACION POPULAR

MUSEO INFANTIL

JUGUETERÍA

Y

PSICOLOGÍA

P. Martínez Baselga

:: ZARAGOZA ::
TIP. HOSPICIO
1910

MUSEO INFANTIL

JUGUETERÍA Y PSICOLOGÍA

EDUCACIÓN POPULAR

Museo Infantil

Juguetería y Psicología

por

P. Martínez Baselga

ZARAGOZA
IMPRENTA DEL HOSPICIO PROVINCIAL
1910

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la Ley.

PRÓLOGO

Con los nombres de MUSEO INFANTIL, JUGUETERÍA Y PSICOLOGÍA, me he propuesto presentar un libro que quizá sea importante y fecundo como fuente de conocimientos para la educación del niño.

Yo creo que de aquí puede salir una ciencia, que debe pertenecer por derecho propio á la Escuela Normal.

En mi libro *Sociología y Pedagogía*, propuse á los señores maestros la institución de un museo infantil donde se coleccionasen y clasificasen todos los juguetes y donde se estudiasen los juegos para deducir una psicología positiva.

No sé si habrá tenido resonancia mi observación, ni si algún maestro habrá tenido la paciencia de ir coleccionando juguetes y juegos; pero es tan profunda mi convicción de que esto es útil, que me decido á presentar un ensayo, en la seguridad de que, si me equivoco, no se habrá perdido más que el tiempo, que lo tengo muy sobrado; algunos ratos de discurso, que los daré por bien empleados por la intención de contribuir á la felicidad de los niños, y algún dinero empleado en juguetes.

Para formar el museo he visitado todos los bazares de juguetería que han estado á mi alcance; me he fijado mucho en los juegos de los niños; he recordado los juguetes y juegos de mi infancia; he conferenciado con muchos niños, y después de cambiar impresiones con algún anciano para que

me recordase los juegos de su niñez, puse en práctica la frase de que *el movimiento se demuestra andando*, busqué un carpintero y un tornero y he llegado á reunir *dieciséis vitrinas* llenas de juguetes.

La primera tentativa de clasificación forzosamente ha de ser empírica y defectuosa. Los juguetes se han ido inventando á través de los siglos, transmitiéndose de generación en generación, muriendo algunos y prevaleciendo otros, que hicieron las delicias de razas humanas desaparecidas. En los juguetes de hoy, quizá los historiadores y eruditos encuentren los sedimentos de varias civilizaciones; acaso den ideas de mucho valor con referencia á determinadas sociedades, porque el juguete es un objeto sagrado que moldea el alma del niño y el corazón de las madres en todas las épocas.

El juguete es siempre educativo, pero hay que tener en cuenta que la educación puede ser *buena* y *mala*. Dados los juguetes de una época determinada, puede deducirse inmediatamente lo que serían aquellos niños y aquellos hombres, porque el hombre no es más que un niño grande.

Esta ley se deduce inmediatamente del estudio de mis vitrinas. Con un poco de espíritu crítico, veremos fácilmente cómo los hombres somos los mismos chicos que jugamos á lo mismo. No cambian más que las dimensiones de los juguetes, como cambian las dimensiones de nuestro cuerpo, y esto ya es una ley pedagógica de alguna importancia.

Volviendo á la clasificación, agrupo los juguetes en series, atendiendo á su valor pedagógico y sus analogías educativas, y como es natural, sólo coloco en cada vitrina los juguetes fundamentales, de los cuales la industria ha fabricado muchas variantes sin añadir valor científico.

Divido el libro en tantos capítulos como vitrinas, y en cada uno de éstos presento el juguete

con su descripción y manejo, los juegos más conocidos á que se prestan los objetos, la tendencia educativa, la parte higiénica y la pedagogía posible en cada juguete, haciendo sobre esto algunas indicaciones.

Al confeccionar mi museo, consideré de absoluta necesidad escribir un libro para darlos á conocer fácilmente, pues hay que pensar, que si mi trabajo es útil, tendrá imitadores y proporciono una buena base para el que trate de ampliar y perfeccionar estos estudios, que á mi modo de ver, han de ser los fundamentos de una pedagogía positiva, aplicada directamente á nuestra nación.

Un libro donde aparezcan dibujados centenares de juguetes, tiene grandes atractivos para los niños; seguramente lo leerán con agrado y será *ameno*, que es lo que recomiendan los pedagogos.

El libro que se lee á gusto, *se infiltra* y es un maestro. Los niños pueden educarse solos leyendo y entendiendo; los padres pueden ser pedagogos y ayudar mucho al maestro, y todos, en la medida de nuestras fuerzas, podemos y debemos contribuir á la formación de la cultura y educación popular.

El *museo infantil* debe estar en todas las Normales y en todas las Escuelas. En ese museo está el alma del niño y el alma nacional del pasado, del presente y del porvenir. La escuela no puede ser *alegre* y *atractiva* mas que con juguetes.

El museo infantil, tengo la seguridad que ha de ser muy fecundo en descubrimientos pedagógicos y una nueva aurora de felicidad para la infancia. Los investigadores enriquecerán los museos con muchos juguetes antiguos que acaso tengan mucho valor pedagógico, histórico y educativo. Si hay un museo en cada escuela, podremos coleccionar y clasificar los juguetes y juegos regionales, que seguramente son muy variados y constituyen las raíces del carácter que con tanta tenacidad se sos-

tiene en las diferentes provincias; los inventores y fabricantes de juguetes tendrán un mercado seguro donde darán á conocer y colocarán sus producciones; los museos internacionales y las exposiciones facilitarán el intercambio, y todo esto ha de ir en beneficio de la infancia, que verá colmada su felicidad con una abigarrada juguetería que contribuirá intensamente á su educación física, moral é intelectual.

Estos han de ser los fundamentos de la *dignificación* del magisterio. Cuando el maestro esté en posesión de un espléndido museo de juguetes, podrá decir lleno de alegría: «Dejad que los niños vengan á mí», y los niños irán hacia el maestro y correrán hacia la escuela, que será la mansión de sus placeres. Cuando el maestro haya conquistado *el noble arte de hacer la felicidad de los niños*, habrá conseguido toda su importancia social, porque será amado intensamente por los pequeñuelos, que han de recordarlo con más agrado á medida que se vayan separando de las primeras edades.

Insisto en que la escuela debe ser *festiva*, *educadora* y *moral*, y el material de enseñanza que debe emplearse para la consecución de esas tres cualidades fundamentales de la escuela, debe encontrarse en el museo infantil, como vamos á demostrar á continuación.

MUSEO INFANTIL

VITRINA NÚM. 1

Juegos gimnásticos.

Galdrufas. — Trompos. — Pirulos. — Refinaderas. — Picotas. — «Diavolos». — Aeroplanos.

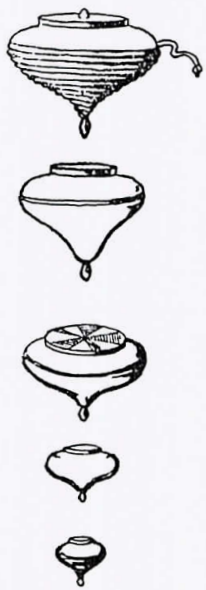
Galdrufas. — Son unos juguetes cónicos, de base superior y en cuyo vértice hay un clavo. Las más clásicas y primitivas y las más corrientes entre los chicos, son de madera de haya ó de boj. El clavo es preferible que sea *de bellota;* es el más apreciado, porque la cuerda se agarra mejor y es más artístico.

La cuerda que buscan los niños es la llamada *cordel de punta de azote,* muy flexible y bien construída.

La galdrufa mayor de la serie tiene una altura,

desde el clavo á la base, de diez centímetros, y de diámetro diez. A ésta la llaman de *tortera;* la que el sigue, de *media tortera.* La serie, compuesta generalmente de ocho, va en disminución creciente, usando en todas ellas el mismo cordel.

Es un juguete tan conocido, que no creo necesario describirlo minuciosamente, porque además se ve en las figuras desnudo y vestido con cordel en disposición de ser lanzado.



Lanzándolo con una fuerte tracción de adelante atrás, *reina* ó *baila.* Los niños emplean más la primera acepción.

A veces, el juego consiste sólo en eso, en verlo reinar, y es un ejercicio muy gimnástico, porque el movimiento cesa pronto y hay necesidad de cogerlo y lanzarlo muchas veces.

Los niños no se conformaron con eso, y convirtieron la galdrufa en instrumento de juego. Para esto, buscan un terreno firme y lo más liso posible, asfalto, portland, losa, etc., trazan el campo, que son dos líneas paralelas con una separación de dos metros. En una de ellas, colocan una pila de botones ó monedas, y queda así todo dispuesto.

Los jugadores se sortean, porque lleva siempre más ventaja el primero, atendiendo á que la pila ofrece más vulnerabilidad que un solo botón ó moneda. Después del sorteo con *pajeta*, *cara ó cruz* ó con cualquiera de los procedimientos corrientes, comienza la sesión.

Cuando reina la galdrufa, el niño se precipita sobre ella, tira el cordel rápidamente, y poniendo

la mano en el suelo con la palma hacia arriba, mete los dedos índice y medio por debajo del instrumento, empuja suavemente con dichos dedos para que el clavo pase por los dedos y vaya á la palma de la mano, donde reina más ó menos tiempo.

El niño que tiene la galdrufa en su mano, busca el mayor equilibrio para lanzarla reinando sobre la pila de botones. El fuerte movimiento de rotación de la galdrufa impulsa á los botones y monedas, y la gran cuestión es hacerlos pasar de la raya, en virtud de una serie de impulsiones, cogiendo y echando la galdrufa mientras reina. Es permitido al último, cuando la galdrufa *da las bocadas*, momentos antes de apagarse el movimiento, dejarla caer desde la mano para atacar al botón con toda la galdrufa, y también es admitido, al tiempo de lanzarla con la cuerda, apuntarse á la pila para que arrastre los botones. A esto le llaman *dar de guiñarón*.

En vez de paralelas se traza también un círculo y las monedas se colocan en el centro. El juego consiste en sacarlas del círculo como en el primer caso.

Gimnasia y accidentes. — El juego de la galdrufa es muy gimnástico; con él se hace un ejercicio moderado y sostenido, porque hay que estar en continuo movimiento.

Para echar la galdrufa reinando sobre los botones, hay que colocarse en una posición especial, con la pierna derecha en flexión y la otra en tensión; el cuerpo ha de estar erguido, jugando mucho los músculos de los riñones. Las posiciones son elegantes, porque el niño se ve obligado á seguir el equilibrio de la galdrufa sobre su mano para que no se apague y lanzarla en el momento más oportuno. Es un *sport* muy interesante, donde juegan la atención, el equilibrio y planos musculares, que no funcionan en otros juegos.

El juego de galdrufa tiene algunos peligros que deben evitarse.

Cuando se lanza, puede salir en falso y dar con el instrumento en las espinillas ó en cualquier otro punto á los espectadores. Para evitar esto, cuando se tire, deben colocarse todos detrás del tirador.

También ocurre que el clavo saca *repelos*, como dicen los chicos. Por efecto del choque en el terreno, el clavo se mella y hace rebabas, que molestan mucho en la palma de la mano, cuando reina, y puede llegar á producir pequeñas heridas, cortaduras y erosiones.

Esto lo evitan los muchachos refinando el clavo en una piedra de afilar.

Los muchachos de mi época y aun los de ahora afilan las galdrufas en unas piedras areniscas que hay en las paredes del antiguo Almudí. Allí pueden verse las huellas de miles y miles de galdrufas refinadas.

Los chicos juegan á la galdrufa en Zaragoza desde el mes de Noviembre hasta Marzo. Cada juguete tiene su época tan exacta, que en determinadas fechas desaparecen ciertos juegos hasta el año siguiente.

Estudiando la vida infantil, se descubren hechos notables con referencia á sus tradiciones, á sus rutinas y creencias y á sus gustos. He podido observar que á los niños les gusta más la antigua galdrufa, la de tornero, que las modernas.

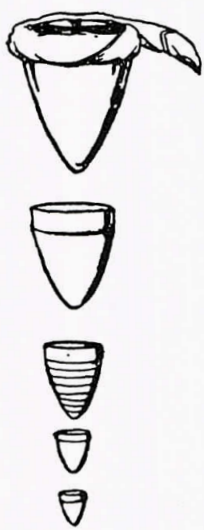
La industria ha construído muchas clases de galdrufas que generalmente no llenan los fines gimnásticos de la que acabamos de citar, que es la española. Entre las más notables están la *galdrufa zumbante*, de metal y hueca, que hace un ruido particular cuando reina, y la *alemana*, que es de madera y se dispara con un resorte. Estas no son más que de fantasía, como otras muchas, que llevan algún aditamento ó pinturas elegantes, etc., etc.

Trompos. — Son de la misma madera que las galdrufas y, como éstas, también llevan clavo de bellota. En vez de ser plana la base, es curva, como se ve en las figuras. Se usa también el cordel de *punta de azote* y se lanza haciendo un movimiento de arriba abajo y al revés.

No tiene más objeto que verlo reinar. Los trompos no se cogen reinando como las galdrufas, ni se usan para los juegos antes citados.

Son gimnásticos, porque reinan poco rato y hay que bajarse á cogerlo muchas veces.

De trompos hay pocas variedades.



Pirulos.—Estos son siempre de boj, para que tengan mayor peso, y no llevan clavo. Reinan sobre su punta de madera, y no se lanzan con cuerda, sino con un pañuelo en forma de látigo ó bien con un látigo de cinta ancha y gruesa.

Enrollado el pañuelo al pirulo, como se ve en la figura, se lanza bruscamente y sale reinando. Cuando quiere apagarse, se le despabila sacudiéndolo con el látigo, y de este modo el movimiento no cesa.

Jugando sobre un buen pavimento, puede el pirulo estar largos ratos en acción y de este modo el niño hace un trabajo continuo muy agradable, porque á veces parece que se apa-

ga y un buen latigazo le da tantas energías como al principio. Por esta circunstancia es muy gimnástico. Cuando juegan varios niños, se estimulan viendo quién lo hace reinar más tiempo sin interrupción.

Refinaderas. — Como se ve en las figuras, son pequeños pirulos con un cabo en su base. El boj es la madera que más se emplea para construirlas.

Estas no se lanzan con cuerda, ni con pañuelo, ni con látigo. Es suficiente tomar el cabo entre los dedos medio y pulgar é imprimir un fuerte movimiento de rotación para que reine.

Se les hace bailar generalmente sobre una mesa, y los niños juegan con sus refinaderas, sentados.

Conviene que la superficie de la mesa sea muy lisa; sobre el tablero de mármol, sobre el nogal pulimentado y muchos sobre un cartón, da la refinadera unas vueltas vertiginosas, pero muy suaves, sin moverse del mismo sitio y guardando una posición perfectamente vertical.

Varios niños juegan, cada cual con su refinadera, y se apuestan á ver cuál reina más rato. Un mismo niño puede disparar varias sucesivamente y las ve reinar á todas durante un largo tiempo. Es un entretenimiento muy elegante. Cuando reinan varias en un espacio reducido y chocan entre sí, se ven fenómenos curiosos.

Pedagogía. — Además de la parte gimnástica que tienen cada uno de los juguetes descritos, puede sacarse mucho partido explicando la trans-

misión de la energía, la fuerza inicial, movimiento de rotación, fuerza centrífuga y otros fenómenos por el estilo.

En la construcción pueden emplearse diferentes clases de maderas para irlas conociendo. Deben construirse las series con una proporcionalidad exacta, numerándolas según esta proporción.

En estos juguetes, por su forma, hay mucha geometría que explicar y otras mil cosas. Pueden observarse muchos fenómenos de óptica y así sucesivamente, pues no me propongo aquí más que indicar caminos.

Las refinaderas pueden constituir una serie con los siete colores del espectro, más el blanco y negro, y así se tiene esto aprendido. También pueden llevar los números, porque la refinadera es juguete de párvulo.

La picota.—Se compone de un palo ó *marrillo*, de 45 centímetros de largo y 2 centímetros de diámetro, y la *picota*, que es la pieza menor que se ve en la figura.

La picota es del mismo diámetro que el marrillo, de 10 centímetros de longitud y afilada por sus dos extremos.

La madera, cualquiera, pero conviene que sea dura, para que no se estropee con los golpes.

Es un juego de habilidad, de poco esfuerzo y de puntería.

Se juega *al largo*. La picota está afilada para que sus puntas hagan vago sobre el terreno.

Partiendo de una raya, el jugador da con el marrillo en una punta de la picota. Esta salta por la percusión, y cuando está en el aire, se la ayuda con el marrillo, dándole un fuerte golpe para lanzarla.

Quien en menos golpes atraviesa el campo marcado, que puede ser de 50 á 100 metros ó los que se indiquen, es el que gana.

Unas veces se conviene en colocar la picota en la posición más conveniente para que salte y otras no se permite tocarla, sino como caiga. En este caso, si cae en un hondo, no se puede sacar y queda perdido el juego.

Accidentes. — Es peligroso colocarse muy junto al jugador, porque puede lastimar con el marrillo.

También es peligroso colocarse delante, porque la picota puede herir, sobre todo cuando se enfila bien y el marrillo la lanza con gran fuerza.

También el jugador, por mirar á lo alto para enfilar la picota, puede tropezar y caer. Para evitar esto, se procura que el pavimento esté en buenas condiciones.

La picota requiere mucho espacio y es muy gimnástica, porque se corre, se hacen esfuerzos y se afina la habilidad y la puntería.

El «diavolo».—Como se ve en la figura, compónese de dos palos de 40 centímetros de longitud, unidos por un cordelito muy fino. Lo mejor es un cordón de seda.

Los palos pueden ser de madera ó de metal, pero lo más propio es el bambú. Dos cañitas dexibles de la caña indicada es lo que más se usa

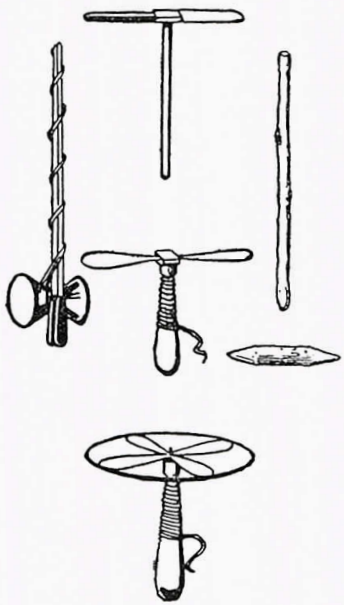
El verdadero *diavolo* es el carrete en la forma que se indica, ancho de bases y estrecho de garganta.

El *diavolo* se ha construído con madera pesada; pero esto no es conveniente, porque en la caída puede herir al que juega ó á los que están á su alrededor.

Los más modernos son de caucho blando y la garganta metálica, para que se deslice bien por la cuerda, como una polea.

Puesto el *diavolo* sobre la cuerda, comienza un movimiento de báscula de arriba abajo y de izquierda á derecha, hasta que el carrete gire por la cuerda sin caerse.

Se aumenta la velocidad, se manejan los brazos ensanchándolos cada vez más, procurando que el izquierdo esté más bajo, y cuando el movimiento es grande y el *diavolo* se sostiene girando sobre la cuerda, se lanza abriéndose de brazos rápidamente hasta poner la cuerda en tensión.



El *diavolo* puede subir á una altura muy grande, segundos ó terceros pisos ó más, y al caer, se le recibe con la cuerda para volverá lanzarlo.

También cabe que jueguen dos ó más niños y que se los echen recíprocamente, recibiéndolos en sus cuerdas.

Este juego requiere mucha práctica y facultades.

Gimnasia y accidentes.—Para lanzar el *diavolo*, se hacen esfuerzos y hay que dar saltos. Para recibirlo en la cuerda, hay que correr mucho á veces.

Resulta algo peligroso, porque el *diavolo*, al ser lanzado, puede herir, lo mismo que en su caída. Para evitar esto, se han construído de caucho, como hemos indicado.

Como los niños corren mirando á lo alto para recibirlo, pueden tropezar y caer y también derribar á algún transeunte si se juega en la calle.

Requiere esto un sitio amplio y que no haay aglomeraciones de muchachos.

Aeroplanos.— Son estos unos juguetes muy modernos y afectan las dos formas fundamentales que se ven en las figuras.

El primero es el más sencillo y que originó los otros. Consta, como se ve, de una aleta de madera y un vástago, que se hace girar entre las manos, para imprimir un fuerte movimiento de rotación y se lanza. El instrumento sale disparado y se eleva más ó menos, según la habilidad y facultades del que lo maneja.

Tiene el vástago una longitud de 15 centímetros y un poco menor las aletas, que son de una pieza y biseladas en sentido contrario. El juguete es de poco peso.

Como tipo de mayor perfeccionamiento, se ha inventado el de la figura que ponemos más abajo. Consta de dos partes: el aparato para lanzarlo y las aletas, que simulan una hélice. Estas piezas van sueltas.

La hélice, generalmente, es de hojalata y tiene dos aletas ó cuatro. Modernamente se construyen de cuatro, encerrados en un círculo del mismo metal.

El manejo consiste en lo siguiente:

Con la mano izquierda se sostiene el aparato, se pasa la cuerda por el carrete formando hélice de izquierda á derecha. Cuando se ha hecho esto, se colocan las aletas en la parte superior del carrete incluyéndolas en dos puntas por los agujeritos de las aletas, y así dispuesto, se lanza tirando bruscamente de la cuerda para que el carrete gire con fuerza. Hecho esto, las aletas ascienden de una manera majestuosa y elegante, hasta una altura muy grande; tanto, que es frecuente que se pierda por los tejados de los edificios más altos.

Accidentes y precauciones.— Tanto el primero como el segundo modelo, hay necesidad de dispararlos alargando los brazos y elevándolos por encima de la cabeza para evitar que una salida en

falso hiriera algunas regiones de la cara y principalmente los ojos.

El primero no tiene tantos peligros, porque su peso es insignificante y porque el esfuerzo de las manos para lanzarlo no puede ser muy grande.

El segundo, es verdaderamente peligroso: la fuerza de impulsión con la cuerda es de mucha importancia; las aletas de metal son cortantes, y claro es que pueden producir accidentes muy lamentables.

Hay que advertir que las vueltas de cuerda sobre el carrete sean siempre de izquierda á derecha, pues si se olvida esto, el disparo viene hacia el operador y producirá heridas cortantes profundas en la cara, en el cuello y en las manos.

El tornero que fabrica mis juguetes, me enseñó una extensa cicatriz en el brazo, por consecuencia de una maniobra falsa por dispararlo al revés.

Las casas constructoras hacen, en vez de aletas, un disco de aletas interiores con reborde grueso de la circunferencia, en la forma que se indica en la figura.

Gimnasia y pedagogía. — Son estos juguetes muy gimnásticos desde el momento que se emplean al aire libre y en sitios donde haya mucho espacio. El ascenso y descenso duran breves instantes, y hay que repetir el juego muchas veces, con lo que se hace un continuo ejercicio.

Tiene además un aspecto muy pedagógico, que explicaremos en otro capítulo. Aquí lo incluímos únicamente como *sport* al aire libre, colocándole en la primera vitrina, por encontrar ciertas analogías con las galdrufas y demás, pues también dicen los niños, de los aeroplanos, que *reinan*.

VITRINA NÚM. 2

Juegos gimnásticos.

Pelotas de badana.—Pelotas de goma (huecas) de «tennis».— Pelotas de goma (macizas). — Pelotas de celuloide. — Raqueta y pala. — Bolas de camino. — Bolas gimnásticas. — Barra. — Barrón.

Juegos de pelota. — En este antiquísimo juego, que se ha calificado de *noble* y *viril*, caben una enormidad de combinaciones, que no describiremos por no salirnos de nuestro plan.

La industria ha fabricado varias series de pelotas con muchas variaciones en el material de construcción, colores, elasticidad, etc., etc.

En nuestro museo figuran tres clases, que son las fundamentales, á saber:

1.° Pelotas de badana.
2.° Pelotas de goma.
3.° Pelotas de celuloide.

Se caracterizan las primeras por llevar un fo-

rro de piel con un cosido especial y determinada forma, como se ve en la figura.

La entraña de la pelota es muy variable, pero se emplean principalmente las gomas, lanas, hilos, intestinos, caucho.

La pelota clásica de trinquete pesa 120 gramos; de éstos, 84 son de goma, y los 36 restantes de hilo, para sujetar fuertemente la goma y envoltura.

En las pelotas que se venden á los muchachos en las cestas callejeras, bazares y hasta tiendas de ultramarinos, hay unos rellenos muy variables, pues, naturalmente, en pelotas de diez y de cinco céntimos no puede emplearse la goma. El relleno es generalmente de tiras de paño, de lana y algunas ya llevan gomas de distintas clases.

Con referencia á la dureza, hay una escala muy variable, lo mismo que con respecto á su tamaño.

A la pelota se juega de varios modos: *á largo*, *á rebote* y *á trinquete*, *á mano* y con *pala* y *cesta*.

Para jugar *á largo* se colocan los chicos á una distancia de quince ó veinte metros en medio de un camino ó de un salón espacioso. Dan el bote, cuando está en el aire le *arrean* con la mano y la mandan al compañero, éste la recoge *á voleo* ó después del bote y la devuelve, y así sucesivamente.

El *rebote* es para jugar uno solo, haciéndola

subir y bajar, buscando la acción y reacción entre el suelo y la mano.

A trinquete ya es más complicado, porque se necesita un edificio ó local á propósito llamado *trinquete*. Esto ya constituye un juego de espectáculo de personas mayores, donde se hacen apuestas y donde hay un reglamento vigente muy escrupuloso.

El *trinquete* ó *frontón*, que también se llama así, puede ser abierto ó cerrado.

Es un rectángulo de 70 á 85 metros de longitud y 11 de ancho. Las paredes y el suelo han de ser duras y muy lisas para que los rebotes sean limpios.

A un metro de altura del muro de rebote va una raya negra, que los jugadores llaman *falta* y otra en el suelo á una distancia de doce metros de la pared.

En las paredes laterales van marcadas, á partir del frontón, unas líneas verticales separadas entre sí tres ó cuatro metros y los espacios comprendidos entre estas líneas se llaman *cuadros*, que pueden ser quince ó más.

La altura de las líneas que limitan los cuadros es de dos metros próximamente, y cada una de ellas lleva el número correspondiente.

Esto tiene por objeto la ordenada distribución de los jugadores, y además, limitar el *saque*. Toda pelota que en el saque no llegue al cuatro ó rebase del siete, es mala.

Descritas á grandes rasgos las pelotas y el trinquete, sólo falta hablar de los jugadores y del juego.

Puede jugarse *mano á mano*, ó sean *dos; dos á dos; tres á tres*, y así sucesivamente.

Suponiendo que sean tres á tres, se coloca cada bando escalonado entre los diferentes cuadros. Al primero se llama *saquero; delantero* al que se coloca inmediatamente detrás, y *zaguero*

al último, ó sea el que ha de devolver las pelotas largas.

El juego se hace, por ejemplo, á cincuenta tantos. Gana el partido el que antes los hace, ó sea el que menos pelotas pierde. En los trinquetes hay un cuadro para apuntar los tantos y un *voceador* que los va diciendo.

El juego consiste en *sacar* y devolver las pelotas por riguroso turno. Cuando no se alcanza ó se devuelven mal, se pierde.

Estas son las líneas generales del juego.

Las pelotas pueden devolverse con la *mano*, *á pala* y *con cesta*.

Como espectáculo público, habría mucho más que decir. Este *sport* constituye una profesión, la de *pelotari*, y como en este juego se cruza mucho dinero en las apuestas, se ha reglamentado, se ha inventado un abigarrado tecnicismo para todos los casos y nuestro objeto no es describirlo.

Los niños no necesitan trinquete, ni van nunca á jugar á los frontones de esta clase. Les basta una pared cualquiera, una tapia, el paredón de una iglesia ó de cualquier edificio grande. En los grandes colegios, se levanta una pared muy á propósito para jugar, sin que la totalidad del local sea precisamente trinquete.

En este juego reglamentario tampoco siguen las reglas indicadas en los trinquetes. *Sacan* y *devuelven* como pueden, emplean la astucia para engañar á los contrarios sacando flojo ó fuerte, echándola hacia lo peor del terreno ó hacia donde está el que sabe jugar menos, y así se pasan las horas haciendo un ejercicio muy activo, donde se ponen en funciones todos los músculos corriendo, saltando y devolviendo las pelotas con la mano derecha ó la izquierda, á voleo, á rebote, de sobaquillo, etc.

Los juegos de pelota entre los niños, son infinitos. Ellos han sabido sacar partido de este juguete, y unas veces les sirve de proyectil para sus batallas,

otras para correr buscándola y para mil combinaciones. Con la pelota y sus juegos podría escribirse un libro muy extenso, y creo que alguno lo hará.

Gimnasia y accidentes. — El juego de pelota es de los más gimnásticos, y por eso es de los más preferidos por los chicos. Acaso sea demasiado gimnástico, porque se trabaja excesivamente, se suda mucho y por esto se pueden coger muchos enfriamientos, teniendo en cuenta que es *sport* de invierno.

Los accidentes son varios. Primeramente, si la pelota es muy dura, resulta un proyectil de importancia, pues 120 gramos lanzados con pala por un brazo potente, pueden determinar una contusión gravísima. En un frontón muy conocido quedó muerto en el acto un espectador, de un fuerte pelotazo en la cabeza. Un pelotazo en un ojo ó en las narices puede ser fatal. Jugando *á mano* se ponen las manos *hinchadas como botos*, que es la frase que se emplea. Pueden ocurrir caídas graves, haciendo maniobras en falso y otros accidentes por el estilo, sobre todo cuando se juega sin orden donde hay muchos chicos.

En los juegos donde la pelota no tiene otro objeto que servir de proyectil, ya se comprenderá que los accidentes desagradables son seguros si la pelota es dura, por todo lo cual, hay que dirigir y afinar estos juegos.

«**Lawn-tennis**».—Para evitar los accidentes de las pelotas duras de trinquete, se han inventado las blandas ó *pelotas de goma, huecas, flexibles*, de poca masa y mucha elasticidad, porque además de la goma, reacciona el aire encerrado en la pelota.

A éstas se llaman *pelotas de «tennis»*.

Con esas pelotas se puede jugar á todo; *á trinquete, á largo* y también *á batallas*, empleándolas como proyectil inofensivo, aunque se reciba en la cara.

La industria ha multiplicado las pelotas de esta clase, haciendo infinidad de variantes en su volumen y coloración, pero siempre obedecen al mismo tipo fundamental con las ventajas enunciadas anteriormente.

Con esta clase de pelotas pueden jugar las señoritas y los niños. Se han inventado juegos muy delicados donde no hay que hacer los grandes esfuerzos que exigen los de trinquete. Para hacerlos todavía más inofensivos, se juega con raqueta, ó sea una pala con red, como se ve en la figura.

El juego más clásico es el llamado *lawn-tennis*, juego inglés muy corriente en aquellos países y que tiene muchas variantes.

El *tennis* puede jugarse *á largo* lo mismo que con la otra pelota. Pueden colocarse varios á un bando y á otro lanzando y recogiendo alternativamente la pelota después del bote ó á volea.

Puede trazarse un círculo en el terreno y colocar á los jugadores en zonas fijas marcadas por los espacios comprendidos entre dos radios. Cada jugador lanza la pelota á quien quiere y éste la va devolviendo. Pierde el que no la puede devolver.

El verdadero *lawn-tennis* consiste en trazar un rectángulo de 24 metros de longitud y 12 de anchura. En el centro y transversalmente, se pone una red vertical de 4 metros de altura y 14 de largo.

Se distribuye el rectángulo en cuarteles, en número de cuatro por delante y detrás de la red, dejando dos pasillos laterales de servicio, paralelos á las líneas mayores y de un metro de anchura y ya no falta más que mudarse los cuarteles.

Los jugadores van lanzando las pelotas por encima de la red devolviéndolas después del bote ó rebote ó á volea, según se estipule, porque en esto caben muchas variaciones.

La red tiene por objeto lanzar la pelota á cierta

altura para que dé bote y pueda recogerse con la raqueta.

Este juego es muy elegante, exige un ejercicio moderado muy á propósito para los niños y las señoritas. Requiere agilidad, se presta á posiciones y movimientos ágiles y graciosos y no puede tener accidentes por la blandura de las pelotas, porque cada cual está en su zona sin estorbarse y porque no se exigen carreras vertiginosas como en los juegos de trinquete.

Pelotas de celuloide.— Estas, realmente, no tienen juegos; son pelotas de bebé y de párvulos, que emocionan á los niños por su forma, su inestabilidad y su notable elasticidad.

Los niños chiquitos se entretienen mucho con ellas cogiéndolas y tirándolas para volverlas á coger; son pelotas para rodarlas por las mesas, y los niños, sentados en el suelo con las piernecitas abiertas, se las mandan uno á otro, y así se entretienen agradablemente.

La industria las ha confeccionado muy fantásticamente, imitando naranjas y con estampaciones y pinturas muy abigarradas.

Pedagogía. — Mucha cabe en este juguete; todas las propiedades de la esfera, mucha geometría y geografía, los meridianos y paralelos, las zonas polares, los climas, etc., etc. En los pelotones, la esfera terrestre y la celeste y muchas, muchas cosas muy instructivas.

La enormidad de cuestiones y datos que pueden inscribirse en las pelotas pueden ser muy útiles, porque su manejo es continuo y los chicos se instruyen entre sí, que es como más aprenden. Se puede hacer mucho y no debe demorarse la construcción de esta juguetería para instruir deleitando.

Bolas de hierro.— *Tirar á la bola*, es un juego muy corriente en muchos pueblos de Aragón. Es

un *juego de plaza* que practican mucho los mozos, pero que imitan los niños.

Los instrumentos de juego son esferas macizas de hierro, de distinto peso. La serie se compone de tres tamaños, que tienen un peso respectivamente de 1.500 gramos, 1.000 y 500.

Se juega en los caminos y á lo largo.

A veces las apuestas son de un pueblo á otro. Se recorren algunos kilómetros y no precisamente por carreteras limpias y bien sentadas, sino por caminos malos y casi intransitables. En este caso la habilidad del que tira influye más que la fuerza.

Para jugar, se hace una raya de salida, se marca el límite de llegada y se van apuntando los tiros, ganando el que llega con menor número de tiradas.

Es un juego muy peligroso que requiere gran habilidad y esfuerzos enormes. El peso de la bola hace que, á veces, al ser lanzada, arrastre al jugador y ocurran caídas graves; un golpe á un espectador distraído, puede ocasionarle fracturas y la muerte, porque es un proyectil de importancia, lanzado por un brazo potentísimo.

En muchos pueblos se ha prohibido este juego por los peligros que encierra para los caminantes, que se exponen á percances graves, aun saliéndose del camino.

Bolas gimnásticas.— Estas son propias de gimnasio y deben ser manejadas con la dirección del profesor correspondiente. Son muy útiles para el desarrollo de los biceps y demás músculos del brazo, de los pectorales y de otros planos musculares. Tienen sus peligros al elevarlas y dejarlas caer, porque pueden magullar los pies del que las eleva ó herir á los espectadores.

Manejadas con dirección inteligente, son muy útiles, y por eso figuran en los gimnasios como uno de los instrumentos de más uso.

La serie se compone de cinco, de pesos variables.

Barrón y barra.— *Jugar al barrón*, es lanzar este instrumento á cierta distancia de modo que caiga verticalmente.

El *barrón* es un lingote de hierro, de 75 centímetros de longitud, cuyo peso es de 7 á 10 kilos.

Es juego de plaza, muy corriente en Aragón, donde prueban sus energías los mozos más forzados.

Se elige como campo, generalmente, la plaza del pueblo; se limita la zona de acción, se hace una raya de salida y comienza el juego.

El tirador hace dos excavaciones en el suelo para colocar los pies, y así no se sale de la raya y limita mejor los movimientos del cuerpo y de los brazos. Con la mano derecha, agarra el barrón verticalmente y por el centro, calculando que el peso esté bien distribuído con ciertos tanteos. Con la izquierda toma una piedra. Comienza el movimiento circular del brazo derecho, de atrás adelante, apoya la punta del barrón algunas veces sobre la piedra de la mano izquierda, para detener el impulso, se prepara bien y lo lanza sin sacar los pies de los hoyos y con el cuerpo erguido.

Se dice *tiro*, cuando cae verticalmente. Allí se

pone una indicación, tira otro y otros, y el que más lejos ha llegado es el que gana.

La *barra* es un pequeño barrón que se usa por los niños, imitando el de los mayores.

En estos juegos se demuestra el máximum de energía, como en las apuestas de cargarse talegas de trigo. Ciertamente que son muy gimnásticos, demasiado y tienen muchos accidentes.

Muchos mozos se inutilizan por cargarse pesos desproporcionados á sus facultades, se hernian, se quiebran alguna costilla y se *descomponen*, como se dice en estos pueblos.

Los barrones exigen unos esfuerzos verdaderamente brutales; se empeña el amor propio, que tiene más fuerza que el dinero que se cruza y, en fin, son poco delicados.

Estos juegos, generalmente, se verifican los días festivos, cuando se debía descansar del trabajo enorme que llevan los hombres de campo durante la semana. Por eso, no son higiénicos, sino al revés. Los días festivos deben ser para tonificar los músculos descansando, y no para realizar esos trabajos enormes del trinquete, de las bolas y del barrón.

Como los niños imitan todo esto y tienen sus juegos de bolitas de hierro y barra, es necesario cuidarlos bien ó suprimirlos, porque se hieren y sufren accidentes muy graves.

Y si se admiten, jugando en terreno á propósito y con las precauciones debidas, deben construirse estos objetos con arreglo á un riguroso sistema decimal, para que se vayan acostumbrando á la nomenclatura de los gramos y á calcular pesos y medidas.

VITRINA NÚM. 3

Juegos gimnásticos.

Patines.—«Foot-ball».—Aro.—Aros volantes. — «Tennis»-«diavolo». — Cuerda de saltos. — Juego de birlos.

Patinación.—Es un *sport* muy interesante, que tiene por objeto ejercitar el equilibrio y adquirir firmeza y solidez en las articulaciones de las piernas.

Se patina sobre el hielo y sobre un salón á propósito—*rink-skating*—.

Para este juego se emplean unos aparatos especiales, colocados en los pies, llamados *patines*.

Para jugar sobre hielo, los patines son *de cuchilla*, y sobre el pavimento firme, *de ruedas*. De unos y otros hay una extensa variedad. Es un *sport* muy elegante y generalizado en Inglaterra y en otros países fríos, y por eso la industria y la mecánica han introducido en los patines muchas

innovaciones y detalles de perfeccionamiento, muy curiosos.

En España se practica la patinación de salón, sobre ruedas, y en muchos casinos, se ha instalado un *skating-rink*.

El juego consiste en saber marchar rápidamente sobre los patines trazando ciertas figuras sobre el terreno, como círculos, treses, lazos, la rosa, el ocho, el tres semidoble, etc., etc.

También se baila con patines y se patina solo, del brazo con un compañero, cogidos varios de la mano, etc., etc.

Sobre el hielo se consiguen velocidades vertiginosas — cuatro millas en cuatro minutos — . Por esta razón son allí frecuentes las carreras de patines, donde se hacen apuestas y se cruza mucho dinero.

Patinar no es cosa fácil. Hay que hacer un aprendizaje más ó menos largo. En Inglaterra hay profesores y academias de patinación, y también en España; en los salones de esta clase, hay un técnico que da reglas para el caso.

La cuestión es perder el miedo, no tener miedo á las caídas y tener mucho cuidado para que éstas no sean de espalda, porque son las más graves. Las caídas de frente se defienden mejor con las manos, y por eso hay que procurar apoyarse sobre las puntas de los patines y echar siempre el cuerpo adelante todo lo posible.

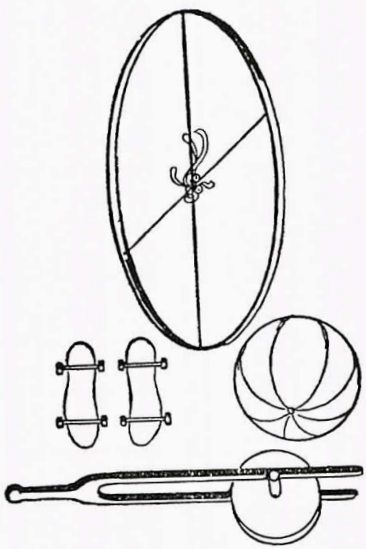
Los brazos han de ir caídos, algunos los ponen en jarra, otros cruzados; lo mejor es llevarlos caídos, para que puedan servir de defensa más rápidamente.

No es muy corriente que los niños jueguen á esto; sin embargo, como todo lo imitan, ellos se construyen patines y se les ve por las aceras de las calles patinando.

La industria también ha hecho patines de niños, como ha hecho zancos de madera y podría

jugarse siempre que se hiciera en condiciones y con la dirección del profesor de gimnasia.

Tiene sus peligros por las caídas, es cierto; pero en un niño las caídas son menos graves que en los adultos, porque los primeros son más ágiles, guardan mejor el equilibrio y sus huesos son más elásticos, reaccionando mejor á los golpes.



«Foot-ball».— *Foot-ball*, en inglés quiere decir pelota de pie, con lo cual ya queda casi indicado el juego.

Para esto se necesita un pelotón grande ó balón, que ha de reunir ciertas condiciones. Se trata de una pelota de cuero, grande, muy bien cosida, en cuyo interior va la de goma, que se hincha soplando por una tetina. Cuando se ha llenado de aire y está todo lo turgente posible, se cierra la tetina torciéndola y sujetándola con un hilo, se mete bien dentro del estuche de cuero y éste, que tiene una abertura con ojetes, se abrocha, y así queda preparado el aparato.

En el juego de *foot-ball* caben muchas variaciones. Lo más sencillo es jugar á largo, prohibiéndose que la pelota se impulse con las manos.

El principal elemento de impulsión ha de ser el

pie; se pueden emplear los codos, los hombros, la cabeza, todo menos las manos.

El *foot-ball* más corriente se juega en el campo, en una pradera donde se pueda correr y que no tenga piedras, ni accidentes — hoyos, elevaciones, etc. —

El campo se prepara marcando un rectángulo de 100 metros de largo por 70 de ancho. Se ponen banderolas en los límites. Se dividen los campos con una red como en el *tennis* y los jugadores, agrupados en dos bandos, se echan la pelota con el pie, procurando cada uno de ellos quitársela de su campo sin emplear las manos.

Cuando se da un golpe y no pasa la red, queda perdido el tanto.

En vez de red se emplea alguna vez una cuerda, y entonces rigen otras condiciones, pero la forma fundamental ya ha quedado descrita.

Es juego muy gimnástico, elegante y de pocos peligros, donde se ejercitan mucho las piernas. Para que las impulsiones sean mayores, se ponen los ingleses un calzado á propósito. Juegan mucho á esto las señoritas y los niños.

El aro. — Es uno de los juguetes más sencillos y corrientes, que se vende con profusión en todos los bazares. Difícilmente veremos un paseo donde hay niños sin que esté el aro, que lo juegan lo mismo los niños que las niñas.

El aro lleva casi siempre un aditamento que es el palillo para arrear. La industria ha confeccionado muchas variedades de aros de más ó menos fantasía; los hay de todos los colores, adornados con cintas y cascabeles, con campanilla y hasta con figuras grotescas, que se agitan de varios modos cuando rueda el aro.

Como juegos de aro hay muy pocos. Se usa solamente para correr. Se prepara lentamente, hasta que se pone en equilibrio girando, y enton-

ces ya no hay más que seguirle, arreándole para que no cese el movimiento. Los niños corren mucho con este juguete, y esto es lo que se busca.

También se presta á realizar algunas maniobras de habilidad y precisión, como sucede en el juego de los portazgos. Consiste éste en pasar el aro por entre piedras colocadas bastante juntas; se ponen varios portazgos en línea recta ó en un círculo, se ponen vigilantes en los mencionados portazgos, y cuando no se pasan bien y con limpieza, se pierde el juego y lo comienza de nuevo el vigilante del portazgo donde se ha perdido.

Los niños, con varios aros, hacen apuestas de carreras para ver quién llega antes á un límite marcado, y así sucesivamente.

El aro entretiene mucho á los niños, porque también juegan á la comba con él, y á pesar de su antigüedad, siempre se ve por los paseos. Casi es el juguete de más uso.

Aros volantes.—Compónese este juego de dos aros de madera de 20 centímetros de radio y dos palitos de 35 centímetros.

Para jugar se cruzan los palillos, se mete entre ellos el aro, se abren los palos y el aro sale disparado á una distancia mayor cuanto mejor se sepa tirar.

Otro niño puesto enfrente con instrumentos iguales recibe el aro disparado por el otro en sus palillos, y así sucesiva y alternativamente disparan y reciben los aros y pierde el que no lo recoja bien.

Pueden jugar más de dos y así es más animado y movido.

Es un juego ingenioso, gimnástico y muy elegante, pero se requiere cierta habilidad para manejarlo bien.

«Tennis»-«diavolo».—Como se ve en la figura, se trata de una horquilla de cincuenta centímetros,

por donde se desliza una especie de refinadera, llamada disco.

Se coloca el disco en la horquilla. Se toma ésta por el mango y dando una fuerte impulsión, se hace correr al disco por la horquilla, y se lanza á una distancia que puede ser grande, según el impulso del jugador.

Otro, con otros instrumentos iguales, debe recoger el disco que va por los aires en su horquilla, y así resulta un juego parecido al de los aros volantes.

También es gimnástico, porque hay que correr, pero es difícil coger el disco entre la horquilla. Además, hay el peligro de herirse, pues el disco pesa más de 100 gramos, y aun cuando se ha hecho con bordes de caucho blando y almohadillados, no deja de ser un proyectil peligroso, sobre todo cuando se lo fabrican los chicos con madera sola.

La cuerda.— La *cuerda* es un juguete universal, que siempre es de actualidad y los niños la emplean mucho.

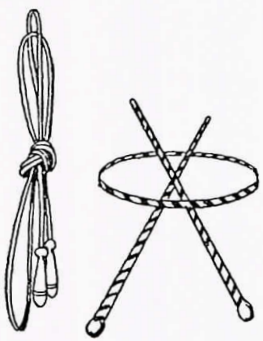
Es un juguete muy barato, de fácil manejo, que se rompe poco, que sirve para todas las edades de la infancia y que se presta á mucha variedad de juegos.

La cuerda que, como es sabido, tiene dos mangos de madera, se usa para correr, haciendo carreras graciosas con los movimientos simultáneos de los brazos.

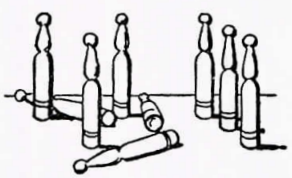
Pasando alternativamente la cuerda por debajo de los pies y por encima de la cabeza, se presta á saltar mucho, á correr á grandes pasos acompasados, á saltar dos ó tres metidos dentro de la jurisdicción de la cuerda, á dar vueltas al revés y á muchas cosas más. Se hacen apuestas para ver quién llega antes saltando una, dos ó tres veces en cada revolución, etc., etc.

La *comba* es uno de los juegos más clásicos de la cuerda. Pueden jugar varios.

Dos niños *dan* y los demás saltan entrando y saliendo de modo que no toquen la cuerda. Los principiantes, para decir que moderen la velocidad los que *dan*, piden *carne* y los más ágiles piden *tocino*, indicando que vayan con toda la velocidad posible.



Con la cuerda se hacen columpios, y las niñas se atan la cuerda á la cintura, cayendo los mangos como borlas simulando un fajín.



Es muy gimnástico y agradable, y aun cuando en las primeras edades juegan á esto los niños, es un juguete más usado para las niñas, que pueden usarlo hasta de pollitas.

Juegos de birlos.—Este juego tiene una enormidad de variantes y nombres, según los países, y se le conoce en todas partes.

El que presentamos en nuestro museo se compone de nueve birlos y tres tiraderas. Los birlos son de pequeño tamaño. Los hay muy grandes y en vez de tiraderas se emplean bolas muy voluminosas.

Así como varía el nombre y el tamaño, también caben muchas variaciones en el modo de jugar y en la colocación.

Lo más corriente es colocarlos de modo que sea difícil dejar uno solo sin tirar. El que consiga tirar todos menos uno, gana.

A veces, tienen distintos colores y diferentes tamaños, y cada uno de los birlos, nombres muy pintorescos.

Es juego de plaza muy gimnástico, de habilidad y precisión y también se emplea para jugarse dinero en algunos departamentos de Italia.

Como alardes de habilidad, se tira por debajo de la pierna, y también vuelto de espalda á los birlos, asomándose y tirando por entre las piernas.

Las combinaciones son infinitas, como en todos los juegos antiguos, y tan extendidos por todas las naciones.

VITRINA NÚM. 4

Juegos gimnásticos.

Batallón infantil PATRIA.—Fusiles.—Sable.—Tambor.—Clarín—Gorro.—Cartera de libros.—Libro de los deberes y derechos del ciudadano.—Bandera española.

Batallón infantil. — Colocamos entre los juegos gimnásticos el batallón infantil, dedicando la cuarta vitrina al menaje necesario para este género de gimnasia.

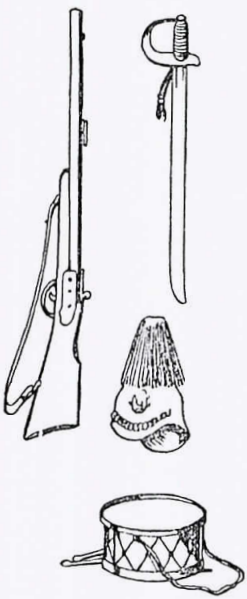
El batallón infantil, regido por la táctica militar, enseña á realizar evoluciones marciales y elegantes; los niños se acostumbran á marchar con aire varonil y cierta arrogancia que hace bien á su sexo; adquieren hábitos de disciplina y hasta de aseo y corrección en el vestir. El batallón infantil, con su táctica, educa; el niño se da cuenta del poderío de la asociación, se acostumbra á obedecer y á mandar y aprende todo lo referente á esgrima, que es una gimnasia.

Además, el servicio militar es una función social que ha de realizar más adelante y la táctica é

instrucción aprendida en la escuela, ha de serle útil.

Todos sabemos cuánto deleita á los niños *jugar á soldados*, cómo les entusiasma el juguete bélico y el desfile de las tropas.

Los niños hacen batallas, forman compañías, nombran sus jefes y oficiales y los batallones espontáneos surgen en todas las calles. Los niños hacen sus pedreas, simulan ataques y defensas, improvisan castillos y trincheras, hacen sus prisioneros y remedan á todos los héroes, sobre todo cuando la nación está en guerra. Este juego no se pierde, pasan los años y los siglos, y los niños, con una caña al hombro cuando no pueden disponer de otro armamento, marchan con encantadora marcialidad delante del *cabo de gastadores*, que es el soldado más admirado de la infancia. Siempre marchan delante de los regimientos de verdad, los consabidos muchachos y siempre en las avanzadas, nunca detrás del regimiento.



He aquí una tendencia muy aprovechable para imbuir á los niños *el sentimiento de la Patria*.

Digan lo que quieran los antimilitaristas, el Ejército es indispensable. Sin fuerza no hay derecho y el derecho es respetable por la fuerza que lo hace cumplir. Sin cañones, todas las leyes que escribiéramos no serían más que amena conversación. La ley que puede dejar de cumplirse impunemente, no es más que un verso de caramelo

y por eso debemos suponer que toda legislación va escrita entre dos fusiles cruzados.

La primera lección del Batallón infantil debe ser el saludo á la Bandera, porque ella es el símbolo de la Patria. Después, los muchachos deben llevar, en vez de mochila, la cartera de los libros, en cuyo frontis se debe leer la siguiente inscripción: «Art. 1.° *Todo español está obligado á defender la Patria con los libros en la mano.* — Joaquín Costa». En la vitrina pongo, además, un libro titulado *Deberes* y *Derechos del hombre.* Con este menaje, se trata de puntualizar exactamente la idea de Patria, que es más extensa de lo que muchos creen.

Mi pluma, que es muy pobre, no sabe escribir un himno á la Patria, pero puede dar á los niños una idea de lo que representa la Bandera y las diferentes maneras de servir á la Patria.

Esa Bandera, que en los pueblos ondea en la casa de la villa, es la Bandera de los campos en los que se sirve á la Patria, trabajando; la Bandera de la Escuela representa la instrucción y la cultura, y en la Escuela se sirve á la Patria, estudiando y siendo buenos alumnos; la que ondea en los barcos mercantes, representa la Industria y Comercio; la de los ministerios y demás dependencias del Estado, el Derecho; la de los Hospicios Provinciales y la de los Hospitales, indica que la Patria protege al desvalido y auxilia á los enfermos, y así sucesivamente.

Cada una de estas Banderas es tan patriótica y tan sagrada como la de los Regimientos; es la

misma, y por eso, la Bandera Española, debe saludarse en todos los sitios donde la veamos.

En esta vitrina hace falta un libro de gimnasia de cuartel y de táctica militar, que deben escribirlo los militares, adaptándolo á las facultades de los muchachos.

Deben implantarse también esos ejercicios de gimnasia colectiva, donde los niños evolucionen sobre grandes líneas trazadas en el pavimento, á la manera como se realiza en los grandes colegios extranjeros.

A los niños les deleitan estos ejercicios que son muy útiles como gimnasia y para despertar sentimientos y aptitudes muy convenientes.

VITRINA NÚM. 5

Religión.

Menaje de culto (plomos).—Vestiduras de papel (bonete, casullas, estola).— Nacimientos. — Procesiones.—Trabajos de papel para fiestas callejeras (cadenetas, faroles, etc.)

La juguetería religiosa es variadísima. La industria ha fabricado objetos para imitar todos los actos del culto.

Hay que tener en cuenta, que el culto católico emplea á los niños como *monaguillos* y *niños de coro* ó *infantes*, como se dice en Zaragoza.

Los monaguillos son generalmente niños muy traviesos, que hombrean antes de tiempo, porque disponen de algún dinero, y esto no es muy corriente en niños de su clase y de su edad.

De cada misa que *ayudan* reciben 10 céntimos ó 25, según la esplendidez del sacerdote. Los capellanes de regimiento, en mi época, eran los que nos daban más propina, y muchas veces, en la sacristía, nos emprendíamos á trompadas disputándonos la propina de los *curas de regimiento*, como decíamos nosotros.

Además, en la iglesia, los monaguillos tienen ciertos aprovechamientos; recortadizos de hostias, escurriduras de vinajeras, cera que nos compraban en las cererías, que la sacabamos de los cabos de vela ó rascando las velas gordas, los gotillones del suelo, etc., etc.

En ciertas solemnidades, nos largaban una peseta en plata y hasta medio duro y una torta bendita. Siempre teníamos dinero y, como es natural, eramos los *parroquianos más ricos* de los que se dedicaban á vender chucherías, juguetes y otras cosas.

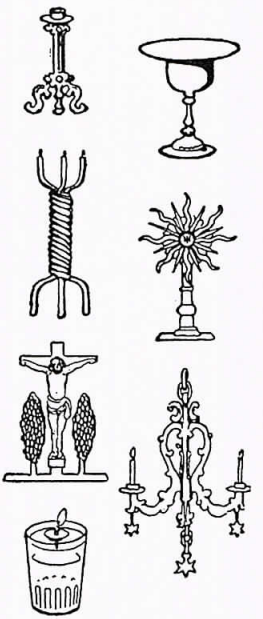
El monaguillo recibe muchas propinas de las beatas, por guardarles las sillas ó los libros de devoción, y en los bautizos, bodas y entierros gordos, se recibe mucho *parné*.

Eso de subir á la torre para voltear las campanas y descubrir los nidos de lechuzas, era una delicia, lo mismo que bajar á las criptas, para hacer miedo á los otros chicos.

Son generalmente, repito, niños muy traviesos.

Los *infantes* son los monaguillos de las catedrales, van vestidos por la calle con manteo y tricornio y viven internos, sometidos á cierto régimen, con un profesor, que los instruye y los educa muy bien.

Este es un género fino, muy vistoso y pintoresco, y los infantitos, en mi época, eran muy envidiados por los demás chicos.



Tienen en Zaragoza una casa especial para ellos, á modo de colegio, donde se les da un trato muy confortable y, según creo, al terminar la edad, se les dota con cierta cantidad, para que puedan seguir estudios.

No son muchos los que siguen la carrera eclesiástica, y es más frecuente que se dediquen á músicos ó cantores de capilla, ó de teatro, si tienen facultades.

Los niños parodian todas las funciones de iglesia, y la industria les ha proporcionado un menaje completo para todos los casos.

Las vestiduras se las fabrican ellos con periódicos y tiras de colores. El bonete, la casulla, la estola y el manípulo los fabrican maravillosamente. Para alba, emplean dos delantales blancos, ó una camisa de su señora madre; para cíngulo, una correa ó cualquier cosa; y para coroneta un disco de badana de las pelotas, que se agarra al cogote con pan mascado.

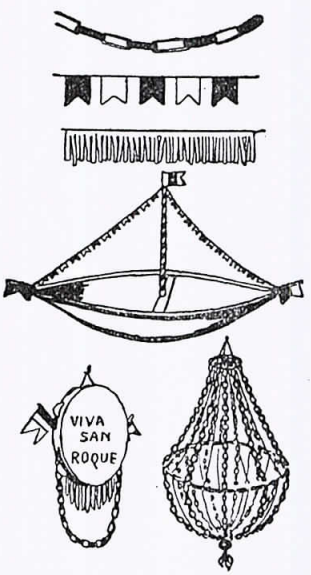
El traje de monaguillo casero se arregla poniéndose una saya colorada de la criada, atada al cuello, unas enaguas de su hermanica ata-

das al cuello también y un bonete de papel.

Con estas cosas se halla vestido el personal en disposición de hacer misas cantadas ó rezadas.

Siguen en primer lugar la juguetería de plomo: cáliz, patena, copón, candeleros, arañas, sacras, vinajeras, santos de todas las clases y custodias.

En barro, hay una variedad enorme de imágenes, para todas las devociones y de todos los precios.



Donde se han hecho verdaderas maravillas, es en los *nacimientos* ó *belenes*. Para esto se han imitado las montañas con corcho, los ríos, fuentes, casas, arboleda y césped, animales domésticos, camellos, etc., etc. En figuritas de reyes, pastores, sacerdotes y mujeres del pueblo, ofreciendo comestibles y otras cosas, hay una variedad infinita y de mucho gusto.

En las *fiestas de calle*, hacen los niños procesiones y piden con una bandeja á todos los vecinos y á todos los que pasan por la calle. Hacen peanas para llevar al santo, fabrican banderas y estandartes, adornan las calles con farolillos á la veneciana, con barcos y panderas luminosas, con cadenetas de colores y lanzan desde los balcones serpentinas y *confetti*.

Es muy corriente en Aragón que aun se hagan *dances*, ó sean fiestas de moros y cristianos con sus rabadanes y mayorales, ángel y diablo, con juegos de palitroques, sus luchas á espada y con

una abigarrada literatura originaria de la Reconquista.

Y esto, no sólo dura en los pueblos, sino en

algunas ciudades, como Zaragoza, en los barrios de San Pablo y de las Tenerías.

La estampería religiosa y las medallas, han sido de mucho consumo entre los niños. La *cerilla* de rosca les sirve para cortar velas, y también la usan enroscada, el día de las almitas, lo mismo que las lamparillas de aceite.

VITRINA NÚM. 6

Tauromaquia.

Cabeza de toro.— Montera.— Sombrero de picador.— Capote.— Estoque.— Picas y puntilla.— Aparato con cuernos.— Banderillas.— Divisa.

Corridas de toros.— Este juego tiene, entre otras ventajas, la de despertar instintos sanguinarios.

Jugar al toro, es una delicia para los muchachos. ¡Lástima que no se tengan toricos pequeños de verdad, para martirizarlos y despedazarlos en vivo! ¡Qué placer sería *ver penar* al toro, después de recibir cien ó doscientas puñaladas!

Desgraciadamente, no hay toricos vivos para niños, y hay que conformarse con un simulacro, ejecutando todas las *suertes*, del mejor modo posible.

La industria, ha confeccionado todo el menaje infantil, para esta interesante función.

Primeramente, con una indumentaria muy abi-

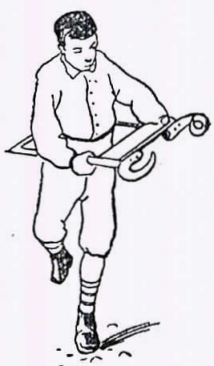
garrada, se hace *el paseo*, con un aire muy jacarandoso, como se ve en la figura.

Después, se suelta el toro, que es un chico con un *aparato de cuernos*, muy propio.

Luego, suertes de capa, que tienen una nomenclatura muy científica.

A continuación, entran los *picadores*. Seguidamente, la suerte de *banderillas*. Y por último, *la muerte*, brindándola al Sr. Presidente.

Para hacerlo con más propiedad, los chicos, hacen un palco presidencial de cualquier modo, aunque sea sentándose en el quicio de una ventana. Tocan clarines y timbales, para salir el toro y cambiar la suerte; simulan *broncas* monumentales con sus correspondientes botellazos y pedradas y se divierten que es una barbaridad. Casi se divierten tanto como sus padres cuando van á las corridas formales.



Los chicos se confeccionan todos los instrumentos que requiere esta *fiesta nacional*. Hacen banderillas muy vistosas, divisas, picas, estoques, monteras, coletas y moños, banderitas para las mulillas, almohadillas para el toro

y sus mamás les ayudan, cosiéndoles taleguillas y capotes.

En los pueblos, todavía resultan las corridas más animadas, porque la cuadrilla se compone de doscientos ó cuatrocientos toreros. Todos éstos llevan una *garrocha*, que es un palo de cuatro metros de largo con un pincho como un puñal en una de sus puntas.

Cuando toca la trompeta el alguacil por orden del alcalde, todo el mundo se lanza con su garrocha hacia el toro, hasta que lo levantan en el aire. El animal, lanza mugidos lastimeros por el martirio, pero esto es lo que da más gusto.

Todos los niños del pueblo hacen su pequeña garrocha, pero con un pincho muy largo. Escondidos los muchachos debajo de los carros y en los tablados, en el momento de pasar el toro, ¡zas!, pinchazos y más pinchazos.

Por la noche se hace *ronda*, poniéndole al toro unas monumentales bolas de pez y trementina con estopa. Estas bolas se encienden, dan una luz amarillenta con un humo apestoso. La trementina y la pez en combustión, caen

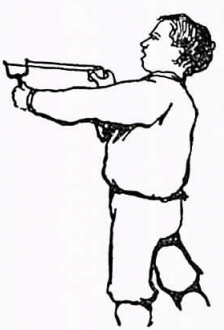
sobre el toro, produciéndole quemaduras, que deben servirle de alivio en las heridas producidas por los garrochistas.

En fin, los niños y los padres salen encantados de estos juegos inocentes, y así se va pasando el rato, fabricando temperamentos que son una pura ambrosía.

VITRINA NÚM. 7

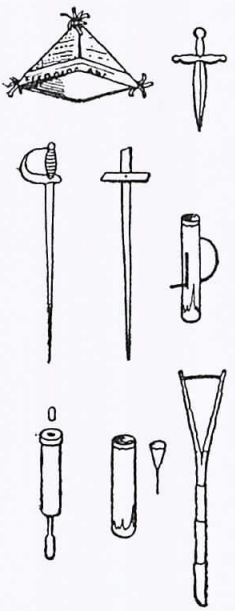
Armero infantil.

Hondas y tiradores y ballesta. — Cerbatanas. — Escopetas, pistolas y trabucos. — Lanzaderas. — Sables, espadas y puñales. — Gorros de soldado. — Cepos para pájaros. — Idem con red para cogerlos vivos. — Jaulas para pájaros, grillos y moscas. — Caña de pescar peces y ranas. — Gorro para cazar mariposas. — Tarro de vesque y varetas para cazar pájaros. — Ganchos para coger nidos. — Cazolete para coger fruta. — Látigo. — Cachorrillo. — Murciélago, gato, lagartija, perro, mosca. — Tiro al blanco. — Libro «Protección á los animales» — El ahorcado. — CABEZUDOS.



El *armero infantil* se compone de una serie de instrumentos muy variados que recuerdan la historia del armamento. Los instrumentos que vamos á presentar se emplean para diferentes usos, que podemos clasificar así: armamento militar, de caza, de pesca y para crueldades y travesuras.

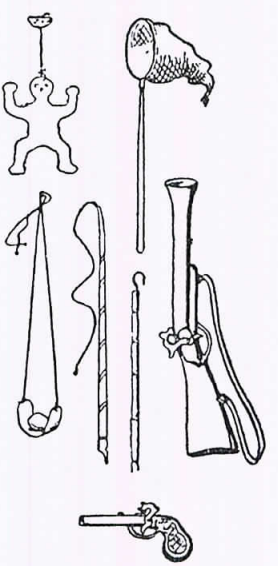
Como armas de combate entre ellos para sus batallones espontáneos y pedreas, comienzan por uniformarse, fabricándose el clásico gorro de papel que va en la figura. Se hacen cinturones para llevar las espadas, sa-



bles y puñales, que unas veces son de caña, ó bien fabricados por la industria, que ha hecho armamento infantil de todos los precios.

Son los más baratos los de madera, que valen cinco ó diez céntimos la pieza y tienen una salida extraordinaria, porque no hay niño que no se compre varios de estos chismes. Los niños acaban de adornarlos, pintándolos con colores chillones ó forrando la hoja con papel de estaño para que parezcan metálicos.

En el juguete elegante hay de muchos precios y una enormidad de variaciones, pues en los bazares verán que el juguete bélico es el que se presenta con más profusión.

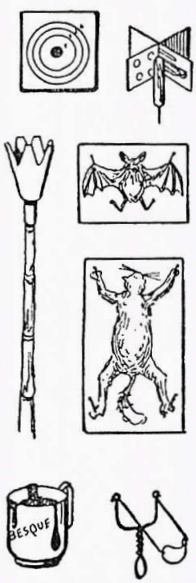


Vense en esos bazares trofeos militares de todas las armas, incluso de coraceros y lanceros con sus petos y cascos metálicos.

Con referencia á las escopetas, fusiles y pistolas, la industria ha fabricado todo lo imaginable, con toda clase de metales, con imitaciones tan perfectas, que son armamento de verdad en miniatura, con toda clase de

explosivos, sin perder detalles ni regatear en el precio. Desde la escopeta de 25 céntimos hasta la de muchas pesetas, hay una abigarrada variedad. También se fabrican de 15 céntimos, como la que va en la vitrina, pero aun no está al alcance de todos los niños y éstos se la fabrican del modo que se ve en la figura y que es el sistema más clásico. Con unas cañas y un acero de corsé, se hacen escopetas que disparan, y tan ricamente.

Lo mismo decimos de las pistolas. ¡Qué variedades tan ingeniosas y tan sugestivas para un chico! De todos los tamaños, de varios metales, de muchos mecanismos y disparando de verdad con mixtos á propósito. Es juguete que no pasa de moda y cada día se hacen más bonitos y al alcance de todas las fortunas. Los chicos también fabrican pistolas y cachorrillos como los que se ven en las figuras.



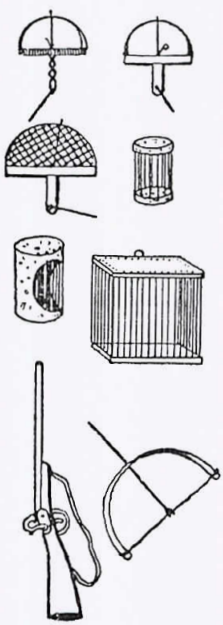
Los *trabucos* han tenido mucho éxito entre los niños para *jugar á bandidos*. Se pintaban con corcho quemado unas patillas de *boca de hacha* y estaban monísimas las pobres criaturas. Combinaban planes para jugar á robar las diligencias y gozaban mucho.

Todavía se venden trabucos naranjeros para la educación de los niños; pero los más corrientes son los de tornero, en forma de jeringa, como el de la figura. Estos disparan bolitas de saúco ó tacos de estopa.

Las *cerbatanas* son unos tubos metálicos, tam-

bién de madera ó caña, que soplando fuerte disparan garbanzos, bolitas de miga de pan, almezas, esferillas de arcilla seca y otras municiones, que cuando dan en el sombrero, en las narices, en las orejas ó en los ojos de los transeuntes, causan las delicias de la infancia.

En *tiros al blanco* y *lanzaderas* hay una enormidad en los bazares, algunos de mucha fantasía y de gran precio.



Los chicos se fabrican muchas clases de lanzaderas, pero casi todas responden á los dos tipos que se ven en las figuras. La primera se lanza á mano como el cuchillo y la navaja, y la otra soplando por el tubo, en el cono que forma el proyectil. Se clavan admirablemente en las puertas.

Usan los niños también, desde los tiempos bíblicos, la *honda*, y algunos son tan diestros como David para mandar la piedra adonde quieren y descalabrar al que se descuida.

Los *tiradores de goma*, se han perfeccionado mucho. En mis tiempos los hacíamos nosotros, pero ahora la industria los presenta de más potencia, baraticos y con la ventaja de que pueden hacer mucho daño con los perdigones, garbanzos ó piedras que se lanzan.

Y todavía sigue la *ballesta*, el famoso instrumento para lanzar flechas como puñales, que pueden matar. Los niños fabrican las ballestas con

aros de cubos de sardinas y sirven perfectamente.

Los pajaritos son el encanto de nuestros niños. Ya lo dice la maldición gitana: *Pájaro te vuelvas y en mano de niño te veas.*

Los pájaros, además de cazarlos á pedradas, se cogen con jaula de trampa, con cepos y *á loseta.*

Los cepos tienen un resorte y el pájaro cae y muere extrangulado. Con la *loseta* también caen casi aplastados.

Para cazarlos vivos, se han empleado los cepos de red, muy usados para los ruiseñores; y también la *red ordinaria*, que se planta en un balsete ó en un cebadero.

Usan mucho una substancia pegajosa llamada *vesque*, para impregnar unas varitas ó pequeñas ramas, sobre las cuales se ponen migas de pan ó granitos de trigo ó cebada. Se agarran las plumas al *vesque*, no pueden volar y entonces los cazan á mano.

Tienen los niños un *gancho* clavado sobre una caña larga, para coger nidos. El gancho lo introducen en los agujeros de los muros donde calculan que puede haber caza. Sale la *pájara*, que está empollando, y entonces sacan los nidos con los huevos ó con *porretones*, ó sean pájaros todavía sin plumas.

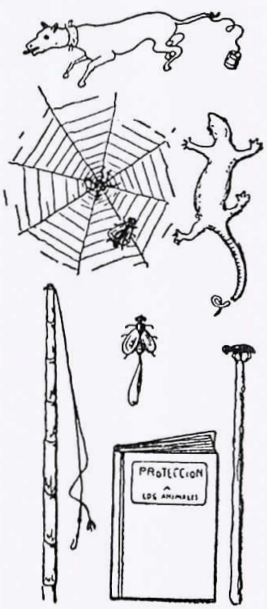
En vez de gancho, ponen en la caña un cazolete, y este aparato lo emplean para coger higos en los huertos ajenos y toda clase de frutas de árbol.

Los murciélagos, los cazan echándoles la gorra ó la chaqueta si vuelan bajo; después, los clavan en una tabla, con un palo encendido los queman lentamente para que *penen* y digan palabras feas, pues dicen los chicos que los murciélagos, durante el martirio, blasfeman.

También se divierten mucho los niños atando un gato en una tabla y rascándole la tripa con un palo impregnado de colofonia. A esto le llaman el *violín mágico*, y toca muy bien, porque, como es

natural, da el pobre animalito gritos de dolor cuando le rascan, produciéndole el martirio consiguiente.

Con los perros se hacen horrores. Los perros huyen de los niños de la calle como los gorriones.



Los perros son apedreados bárbaramente. Si están *encolados*, no es posible describir lo que pasa. Es frecuente ver los perros con sartenes atadas á la cola; también les ponen un carbón encendido debajo del rabo, y así sucesivamente.

Los pequeños animales, son víctimas de la barbarie de nuestros niños.

Cuando cazan una lagartija, lo primero que hacen es cortarle la cola para apreciar los movimientos reflejos de ésta, luego hacen subir á la lagartija por un palo, golpeándola con otro. Cuando entra en la agonía el pobre animal y da las *bocadas*, es cuando tiene más interés el juguete; se le pone tierra en la boca, se le pincha en las fauces, se le dirigen frases cariñosas, como, por ejemplo: *Muere, ladrona*. Y advierto que esta es la frase más dulce. Después, la lagartija muere aplastada debajo de los pies de todos los niños del corro.

Los niños cogen ranas con cañas de pescar á *la borla de seda*. También compran anzuelos para toda clase de peces, y las ranas tienen generalmente un fin tan desastroso como las lagartijas,

con la particularidad de que no hay ninguna rana á la que dejen de saltarle los ojos.

Con las moscas hacen verdaderos primores: les arrancan las alas, les ponen culeros de papel, las aplastan, las amaestran haciéndolas subir por una paja y mil cosas por el estilo. Cazan arañas con mosca. Cazan las mariposas con un aparato especial para arrancarles las alas y llenarse los dedos de purpurinas y las matan por aplastamiento.

Claro está, que los niños no podían dejar de tener prisiones. Tienen jaulas para pájaros, enjaulan á los grillos y confeccionan muy artísticas prisiones para moscas.

En el armero infantil figura también el látigo. En los bazares hay una variedad grande de estos instrumentos, algunos con silbato y cascabeles, lo que indica que puede ser manejado por los bebés y parvulitos. ¡Claro; hay que pegarle á la criada, al gato y á la mamá inclusive! Después, cuando se le compre caballos, hay que arrearlos y más tarde hay que *jugar á burros* y *caballos* entre los chicos, y el que hace de cochero, tiene que *pegar fuerte*, dar chasquidos y largar latigazos.

Los niños de Zaragoza se confeccionan *trallas* ó *zurriagas* para *encorrer los cabezudos*. Los pobres cabezudos ya se ponen las pantorrillas rellenas, pero aun así las zurriagas los cruzan; bien es verdad, que éstos también se defienden de la misma manera y con un fuerte látigo, y se goza atrozmente.

Eso, sí; el lenguaje que emplean los niños para provocar á los cabezudos es de una delicadeza asombrosa.

La industria ha confeccionado cabezudos de todas las clases, que funcionan en las fiestas religiosas de las calles.

Para terminar esta sección, pondremos *el ahorcado*, que es un muñeco de papel, que con pan ó papel mascados se pega en el techo.

La pedagogía de este capítulo es muy extensa. Para abreviar, pongo en la vitrina un libro que trata de la *Protección de los animales y de las plantas*, y cuando los niños estén educados en éste, se pasa al otro titulado *Ley de Protección á la infancia.*

Todas las leyes que se refieran á la infancia, deben ser conocidas inmediatamente por los maestros. Estos son los más interesados en hacerlas cumplir, porque deben ser los verdaderos amigos de los niños.

Es probable, que en algunas escuelas no esté la *Ley actual de Protección á la infancia*, y quizá haya algún maestro que la desconozca, pero esto seguramente será excepcional.

VITRINA NÚM. 8

Ruidos desagradables.

Zambombas, tambores y panderas. — Sonajeros de bebé con cascabeles, silbato y rosquilla. — «Chuflainas» roncas, gaitas, sirenas, etc. — Pitos, flautas y silbatos. — Carracas, matracas y mazos. — Castañuelas y pitos. — Moscardón, trombones y peines. — Miniaturas de todos los instrumentos músicos conocidos. — Cencerradas. — Libro de música.

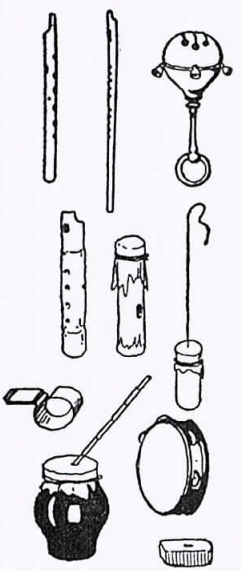
Sonajeros. — El primer juguete del bebé es el sonajero. La industria los ha confeccionado de muchas clases, de todos los precios y con muchas variaciones. Los hay metálicos, de caucho y de márfil. Generalmente, se componen de una esfera hueca, en cuyo interior hay cascabeles; otros llevan también cascabeles por fuera, rosquilla de goma ó de marfil y un silbato en el extremo. De modo que los bebés suenan, muerden y silban.

Son útiles para verificar gimnasia sensorial, pues no cabe duda que contribuyen á la diferenciación del sentido del oído.

Soplando para hacer funcionar el silbato, se

hace gimnasia del aparato respiratorio, y mordiendo la rosquilla, sin duda que esto favorece la evolución y salida de los dientes.

Lo que sucede es, que la madre, la nodriza ó la niñera, manejan también este aparatito para distraer al niño y enseñarle su manejo. Es fácil por esto, que ciertas enfermedades infecciosas se transmitan al niño, y de éste á los otros, mordiendo la rosquilla y silbando. Además, la baba del niño entra en fermentación, puede ser un excelente cultivo microbiano y es fácil que muchas enfermedades de la boca y del aparato digestivo del niño, sean ocasionadas por intermedio del sonajero. Esto quiere decir, que hay que desinfectarlo y tener tanto cuidado con este juguete como con el biberón. Salvado este peligro, el juguete es útil.



Por orden de antigüedad, es muy probable que los primeros instrumentos musicales y los más universalmente conocidos, fuesen los *pitos* y las *flautas*. La industria los presenta de muchas formas; los más populares son los de caña que fabrican los chicos y los pastores; y como una variación más fina, el *pito del Cairo*, de hojalata, bien calibreado, *barato* y verdaderamente musical, porque sirve para orquesta.

Quizá se inventase después las *gaitas*, muy corrientes en las ferias y muy bien construídas, con inflador de goma. Hay gaitas de dos palos con escala y gaiticas con un solo sonido; pero la variedad dentro de estos tipos es infinita.

Las *chuflainas* de lengüeta metálica y de goma son variadísimas. La más clásica es la *chuflaina ronca*, de madera y de lo más barato que se conoce. Estas producen un sonido muy desagradable y por eso son más apreciadas. Molestan mucho también las *sirenas*, que ya son más modernas, y el colmo de lo insoportable son los *pitos de bolilla* ó *pitos de sereno*. Hay chico que se está chiflando, con éstos y con los *pitos de San Isidro*, veinte horas diarias y nunca se cansa.

Cuando se les rompen los pitos, ellos se los fabrican con tubos de caña, alfileteros, bellotas partidas, huesos de albaricoque perforados, pedazos de baldosa y hasta metiéndose los dedos en la boca.

Cuanto más disgustos hay en las casas, más fuerte chiflan los chicos y causan la desesperación de las familias.

También se hacen *chuflainas*, pitos y flautas con cañas verdes ó secas; producen unos sonidos muy desagradables con peines y un papel de seda; se hacen pitos que chiflan muy fuerte con una tira de hojalata, y no acabaríamos nunca de describir esta variedad de instrumentos.

Seguramente que esta vitrina será la más numerosa en objetos de esta clase, sin poner las miniaturas de todos los instrumentos músicos, liras, pianos, trompetas, guitarros, platillos, violines, etc.

¡Y qué diríamos de las zambombas, panderas y tambores! Esto en *Nochebuena* va que arde. Son

instrumentos de villancicos y las casas parecen asilos de locos.

El *moscardón* se hace con un hilo, en cuyo extremo va una tableta. Se hace girar el hilo rápidamente y se produce un zumbido continuo como el de mil moscardones de verdad.

Las castañuelas y pitos de manos son alegres cuando se tocan bien, como decía el autor de la *Crotalogía*.

Y el colmo ya de los ruidos desagradables se produce con las *matracas*, las *carracas* y los *mazos*. Estos son instrumentos de cuaresma para *matar los judíos*, golpeando en todas las puertas, en los bancos de las iglesias y en los campanarios durante los oficios de *tinieblas*.

En las *cencerradas* entran todos los instrumentos descritos, más toda la batería de cocina, los cencerros y campanillas del ganado. Todos tocan al mismo tiempo furiosamente y, de cuando en cuando, se oye algún trabucazo suelto.

La cencerrada es *un obsequio* que se hace á los viudos que se casan otra vez.

La orquesta infernal está preparada en la puerta de la iglesia para acompañar á los reciencasados hasta su domicilio. Una cencerrada de reglamento debe durar toda la noche.

Y no hay que decir que los niños son los principales músicos de la bárbara cencerrada, que es atentatoria á la libertad y á muchas otras cosas.

¡Cuánto hay que hacer para modificar y cambiar nuestras costumbres!.....

En esta vitrina pongo un *método de música* para que se chifle bien.

Para que la escuela sea alegre y llene los fines que buscamos, debe haber música. Todos los autores de pedagogía recomiendan el canto, y el que se practica, generalmente, es funerario y adormecedor.

Que canten, que canten mucho y con guitarra estará mejor. Y todos los que tengan aptitudes, que estudien solfeo, porque la música resuelve el problema de divertirse mucho y gastar poco.

VITRINA NÚM. 9

Pirotecnia.

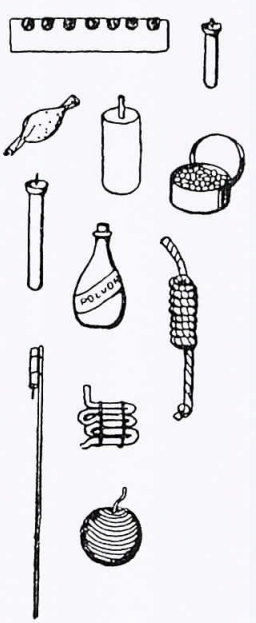
Mixtos de ruido.— Piedras explosivas.—Cohetes.— Borrachuelos de siete tiros.— Bombas — Bengalas.— Voladores. — Pólvora y mechas. — Bolas de cama y cartuchos vacíos. — Resina. — Cáscara de naranja. — Pistones y mixtos explosivos para toda clase de armas.—Volcán.— Traca. — Mecha japonesa. — Ramillete de damas eléctricas. — Rueda.

Figura también entre la juguetería infantil, la sección de *Pirotecnia*, tan interesante y variada, que hemos podido confeccionar una vitrina.

Los *mixtos de ruido*, llamados también *de cazoleta*, han sido desde muy antiguo deliciosos juguetes para los muchachos. Esta clase de mixtos en tiras, que se vende en los estancos, en las cestas de las calles y hasta en algunas librerías y papelerías, creo que no tienen más aplicación que como juguete. Son baratos, los niños compran una tira por cinco céntimos y los van echando

por las aceras para que estallen debajo de los zapatos de los transeuntes.

Como más se goza es colocándolos escalonados en los raíles de los tranvías, para que hagan explosiones sucesivas á medida que pasan las ruedas. Se hacen estallar en los pucheros de las cocinas, en los cajones de las mesas, en las porterías y hasta en la escuela, y además de los sustos producidos por tan bonito juguete, tiene la ventaja de ir preparando temperamentos anarquistas.



Cierto, que los mixtos no producen un gran ruido, pero se han inventado las *piedras explosivas*, que son piedras redondas de río con una capa gruesa de la pasta del mixto y un papel de seda pegado para que la pasta no se desprenda. Estas piedras se lanzan para que rueden saltando por las aceras y las explosiones son más continuas y ruidosas.

Los *cohetes ordinarios*, que valen cinco céntimos ó menos, se usan mucho en las fiestas religiosas callejeras. Pueden producir quemaduras, incendios y accidentes graves en los ojos, pero se goza mucho con el olor á pólvora, el chorro de fuego y el estampido final.

Los *borrachuelos de siete tiros*, después de un chorro de chispas, pegan siete estampidos finales, más fuertes que los tiros de fusil y reúnen todas las ventajas de los anteriores.

La industria ha progresado mucho en este

ramo, y como es natural, los niños no iban á estar privados de los descubrimientos piroctécnicos.

Las *bengalas*, que dan luces muy fantásticas y que al final dan un fuerte zambombazo, son de gran efecto para dar luces á los santos cuando pasan las procesiones y también para encenderlas sin ningún motivo.

Se han hecho bengalas minúsculas llamadas *ramillete de damas* y *eléctricos*, que dan colores muy abigarrados.

Se ha inventado para la educación de los niños la *mecha japonesa*, que se sirve envuelta en papel japonés. Son muy útiles los *volcanes*, que dan una lluvia de fuego muy abundante en forma de surtidor y al final llevan una *traca* de mixtos de cazoleta.

La serie de *voladores* es infinita y también puede producir incendios, saltar ojos y ocasionar quemaduras.

En fin, para los niños se confeccionan pequeñas ruedas para fijarlas y hacerlas girar sobre un poste, y aquí hay de todo, cohetes, borrachuelos, bengalas y muchos tiros al final.

Los chicos, son grandes imitadores y muy aficionados y habilidosos para construir juguetes. Como sus papás se dedican á la caza, no es difícil hacerse con el tarro de la pólvora, y ya tenemos á los niños convertidos en pirotécnicos.

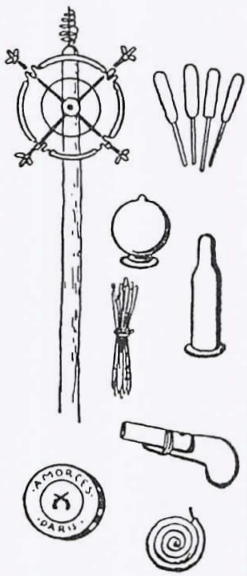
Una de las cosas que les divierte, es hacer bolillas con pólvora mojada y darle fuego.

Con las *bolas de las camas*, se pueden hacer *bombas* verdaderamente mortíferas. Se retacan bien de pólvora, se ponen piedrecitas entre medio, se incrusta una mecha y se enciende para que estalle la *bomba* en los patios, en las calles ó en el campo.

También se hacen cartuchos ó *petardos*, rellenando de pólvora una cápsula de remington y los efectos son tan elegantes, tan inofensivos y tan

cultos como los anteriores. Los niños, con estos juegos, van haciendo el aprendizaje de anarquistas.

La *caza*, que en muchos hombres es una pasión, deleita á la mayor parte de los chicos, porque se manejan armas de verdad, porque se mata de verdad sin responsabilidad ninguna. Cuando los niños tienen 14 años ó menos, ya manejan las armas de caza, y todos los días ocurren accidentes matando á los compañeros de cacería, cargando mal las escopetas para que hagan explosiones, escapándose el tiro, usando de escopetas mal hechas y así sucesivamente. Cierto que los cazadores disculpan sus aficiones diciendo que la caza exige un ejercicio activo al aire libre, pero esta clase de higiene es muy discutible por muchas razones en comparación con los daños de orden moral y material que se causan.



En los bazares de juguetería ya dijimos que se ven una enormidad de pistolas y escopetas que disparan. Para usar estas armas minúsculas, se han hecho mixtos explosivos especiales y pongo en la vitrina dos cajitas de los más usados.

La afición á las armas de fuego en España es enorme. Hay quien no sabe salir de casa de noche ni de día sin llevar el revólver en el cinto, ó una pistola Brovín ó cualquiera arma moderna de la mayor precisión y alcance. Muchos tienen siempre el revólver cargado en la mesilla de noche, y entre los jóvenes, los hay en gran número, que para fes-

tejar con su novia van armados de pistola y navaja. En las fiestas populares, verbenas, bailes públicos, etc., etc. se podrían recoger muchísimas armas blancas y de fuego, y por todo esto da España un tanto de criminalidad aterrador.

En los pueblos, la afición y el uso de las armas causa espanto. Casi no hay mozo que deje de tener una pistola de las más gordas, un revólver ó un trabuco. Las *rondas* (serenatas), en Aragón, casi siempre son grupos armados y son compañeros inseparables la guitarra y el trabuco.

La luz eléctrica ha moralizado mucho las costumbres, pero aun se pueden ver en muchos pueblos los trabajadores con manta y trabuco. La pistola y el revólver es cosa más fina, y todos los del pueblo tienen una ú otra cosa, ó todas juntas, con puñales y navajas.

El trabuco se usa mucho para matar á traición y en las elecciones; pero donde tiene gracia es en las festividades religiosas. El día de San Juan, por ejemplo, en algunos pueblos da gusto. Sale la procesión por las calles y pum, pum, pum, trabucazo limpio desde las ventanas, á la salud de San Juan y como signo de una intensa devoción. Hay santos que están llenos de fogonazos y más negros que la mojama por el humo de la pólvora.

En fin, en la vitrina pongo un cachorrillo fabricado por un niño y hay que convenir en que para la destrucción y el exterminio tenemos grandes aptitudes.

¡Cuánto hay que corregir!

VITRINA NÚM. 10

Sistema monetario
y Juegos de ganancia y pérdida.

SISTEMA MONETARIO.—**Ojos de besugo.**—**Conchitas.**—**Botones.**—**Alfileres (plumillas).**—**Huesos de albaricoque.**—**Arcilla.**—**Aleluyas.**—**Vistas de cajas de cerillas.**—**Carpetas de naipes.**—**Dinero.**—**Equivalencias.**—**BANCO infantil.**—**Portadineros de botijo (caja).**

JUEGOS.—**Taba.**—**Chapas y variaciones.**—**Huesos.**—**Loterías de aleluyas.**—**Tapacondes.**—**Dados.**—**Naipes.**—**Dominó.**—**Lotería.**—**Aduana.**—**Oca.**—**Damas.**—**Ajedrez.**—**Billares de feria.**

En algunos niños, la *pasión del juego* es tan intensa como en los hombres. Me refiero, como es natural, á los *juegos de ganancia y pérdida*. Es uno de los mecanismos más fáciles de adquirir vida y algunos niños son avaros y despiertan un espíritu de acaparamiento asombroso.

Los modos de jugarse el dinero son infinitos. Desde tiempo inmemorial juegan los hombres y los imitan los niños. Los instrumentos y objetos para jugar constituyen series de lo más abigarrado y variado que puede imaginarse.

Los niños, generalmente, tienen poco dinero; pero ellos han creado un sistema monetario muy curioso.

Son para ellos dinero, los *ojos de besugo cocidos*, *conchitas de mar*, *botones*, *alfileres*, *huesos de albaricoque*, *arcilla blanda*, *aleluyas*, *vistas de cajas de cerillas*, *carpetas de naipes* y *dinero*.

A pesar de los años transcurridos desde mi niñez, todavía vive un *Banco infantil*, donde se hacen varias operaciones de cambio.

La base de las operaciones son los huesos de albérchigo, que los chicos compran ó venden y constituyen la moneda fraccionaria más corriente.

En términos generales, los ojos de besugo cocidos representan los duros; las conchitas, pesetas; las vistas elegantes de cajas de cerillas, la moneda de diez céntimos; las ordinarias, cinco; las carpetas de naipes, un céntimo; las aleluyas, cinco ó diez por un céntimo; los botones se subastan y cotizan según sus clases; los alfileres y las plumillas se venden á precio corriente en el comercio; la

arcilla sube ó baja según la oferta ó la demanda, y así sucesivamente.

Es muy curioso observar el *zoco infantil*, donde se remedan todas las operaciones de los *bancos* de verdad.

Para que nada falte, tienen los niños su *caja* ó *portadineros*. El más clásico es el de barro, en forma de botijo, cuyo modelo va en la vitrina.

La *taba* es un hueso del corvejón. Generalmente se usan de carnero. Las de vacuno se llaman *tabones* y no se usan tanto, porque tardan mucho á enjugarse y son mal olientes.

El juguete no puede ser más primitivo; recuerda algo el canibalismo, é indudablemente es un juguete de salvaje. Puede que fuese introducido en España por los bárbaros.

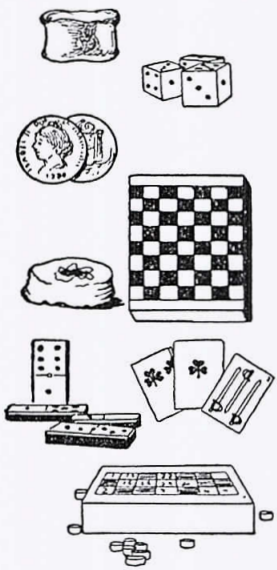
En la taba reconocen los chicos cuatro caras que llaman *carne*, *culo*, *hoyo* y *tripa*. El juego consiste en tirarla al aire y acertar la posición en que ha de quedar cuando caiga.

La nomenclatura de los juegos de taba también tiene mucho de bárbara. Se juega al *rey* y al *verdugo* entre varios chicos. El que hace de rey ordena al verdugo, que es otro muchacho, los azotazos que le ha de dar al otro si no acierta. En esto se ve un género de psicología muy digno de estudio.

Porque los niños, no sólo se juegan el dinero ó cosas de valor con arreglo á su sistema monetario; se juegan algo más grave, que es su *dignidad personal*. Se juegan tirones de orejas, repelones, patadas, bofetadas y latigazos; se juegan su persona, su salud y su decoro, sometiéndose conscientemente á que los martiricen con la idea de ganar y ser después inquisidores de sus camaradas. Esto es muy corriente entre los niños y causa una aflicción tan honda, que da pena escribirlo.

El placer de hacer daño sólo por hacerlo, forma parte de nuestro temperamento. En las perso-

nas mayores se ve esto con mucha frecuencia; hombres que dedican todas sus energías para ver cómo hacen daño sin que el daño ajeno les produzca á ellos ningún bien. ¡Qué lástima y con qué violencia se vive cuando hay que vivir supeditado á uno de estos hombres!



Los niños, jugando, hacen *trampas*, buscan todos los medios imaginables para jugar con ventaja y ganar siempre, lo cual constituye un *robo* manifiesto y consciente.

En las *tabas* ponen plomo en la cara inferior, para que salga siempre carne. De este modo, no se deja de ser rey con el verdugo á su disposición, y puede azotar varias horas seguidas al pobre *canelo* que juega de buena fe sin comprender las trampas.

El *dado ó biribí*, como dicen los chicos, debe ser también muy antiguo; acaso una modificación de la taba. Ya es más fino, puede tener aplicación para que los párvulos aprendan á contar, y puede ser pedagógico sacándolo de la categoría de juego de tapete.

Con los *huesos de albérchigo* se juega á muchas cosas. Además de ser moneda, es juguete.

El juego más clásico consiste en adivinar el número de huesos que hay ocultos en la mano poniéndola extendida delante del pecho.

Se permite tentar la mano y sonar percutiéndola. Los chicos son muy agudos, y para engañar al contrario, unas veces ponen la mano muy hueca como si hubiese muchos huesos, y aun sacan uno

por encima como si rebasasen; pero resulta que, cuando el otro dice, por ejemplo, que hay veinticinco, se abre la mano y no hay más que uno, que es el que rebasa. Poniendo la mano plana, se pueden colocar entre los espacios de los dedos varias unidades, y también se engañan. Hay que ver la astucia, cuando juegan dos que sean vivos, como se engañan, el vocabulario que emplean, su chalanería, la cara que ponen, porque los chicos miran más á los ojos del jugador que á la mano.

La pérdida consiste en una operación de restar: si se dicen doce y hay veinticuatro, se pagan doce; si veinte y no hay más que uno, se pagan diecinueve, y así sucesivamente.

Las *chapas* son dos monedas de diez céntimos y en mis tiempos dos *cuadernas*. Se tiran juntas para que salgan caras ó cruces y ganan las primeras. Ha sido muchos años juego de hombres, muy perseguido por las autoridades; porque, además de ser un juego donde se cruzaba mucho dinero, engendraba el *matonismo*.

En los pueblos y en las ciudades había gentes de mal vivir, bravucones y maleantes que se presentaban en los corros imponiendo que se jugase con sus chapas. Era una especie de arriendo del juguete, y cobraban una contribución por cada tirada. A esto se llamaba *cobrar el barato*, y *barateros* á los matones.

Como es natural, no todos los mozos ni los hombres estaban de humor para dejarse robar así; á veces eran varios los barateros que se acercaban á un mismo corro y pueden ustedes calcular que el trabuco, la pistola ó el puñal estaban tan cerca del baratero como sus propios dientes. Si no se mataba de frente, se hacía á traición, y de este modo la labor educativa de nuestros abuelos era un encanto.

Claro que en las chapas caben trampas, como

en todo; y había unos *croupiers* muy hábiles para sacar *caras ó cruces* á gusto del consumidor.

Los *tapacondes* son juegos de arcilla. Con esta substancia blanda hacen una especie de tortera, muy fina por el fondo. Se coloca sobre la palma de la mano derecha, se imprime al brazo un movimiento de rotación, se lanza la tortera con fuerza, boca abajo, contra el pavimento, y el aire comprimido hace que se reviente el fondo, quedando un boquete ó *brocherón*, que el contrario tiene que apañar con *chapa* ó con *bola*. Si lo primero, basta amasar una lámina de arcilla y tapar el fondo; si lo segundo, ó á bola, hay que hacer una esfera, de forma muy regular, del diámetro del boquete.

Este juego debe ser muy antiguo, quizá salvaje. En Zaragoza se juega mucho todavía, y los niños se proveen de arcilla en el Canal Imperial.

El juego de *aleluyas* consiste en cortarlas de las *vidas de estampas* y colocarlas sobrepuestas en paquetes sobre el pavimento. Se ponen con el grabado hacia el suelo. Con la mano se comprimen como los papeles de botica, y cuando están preparadas á gusto del que tira, da un golpe rápido con toda la mano abierta, vuelve la muñeca rápidamente, y las estampas que arrastra al volver la mano, son las que gana. El otro tiene que reponer el paquete con un número igual de estampas ganadas.

Pueden jugar varios, tira una vez cada uno, según se convenga, y como es natural, tiene mayor ventaja el más hábil y el que tiene la mano más grande.

En todos estos juegos se hacen operaciones de cambio. Cuando se acaban las aleluyas, se compran por huesos, plumillas, botones ó dinero; se empeña algún juguete dejándolo en hipoteca, etc., etc.

Y no hay para qué decir que ya se encuentra entre los niños el *usurero* y el *garduña*, que se hacen con lo de todos en muy poco tiempo. Cono-

cí á un niño que llegó á reunir dos decalitros de botones. Todos habían salido de las cajas de costura de nuestras casas, y los arrancábamos de los vestidos de los *canelos*, como quien arranca plumas á un pollo.

La *baraja* es de los juguetes de mayor encanto para los niños y para los mayores por la enormidad de juegos y combinaciones que se han inventado.

La baraja puede ser muy pedagógica; se presta á ser un elemento muy educativo como juguete pintoresco, pero en esta sección sólo la nombraremos como juego de *ganancia* y *pérdida*.

El juego más clásico en España es el *guiñote*, cuya palabra indica *guiño*, *lenguaje de ojos* y señas convenidas para traicionar casi siempre. El *guiño* es una trampa, y sólo como tal se usa en el juego llamado guiñote. El vocabulario de este juego horroriza. Los diferentes actos realizados durante el juego se llaman *cortar*, *robar*, *matar*, *pisar*, *ahorcar*, *acusar* y *arrastrar*.

Los naipes representan: la *guerra*, *espadas;* el *dinero*, *oros*; el *vicio*, *copas;* y los *bastos*, lo mismo pueden representar la *estaca* del motín, que la *horca*. Es un juego de guerra primitivo y salvaje; danzan reyes y luchan caballeros y entran en función las *sotas*. Por el conjunto puede apreciarse dónde nacería la baraja, y principalmente el *guiñote*.

Como hablamos de los juegos desde un punto de vista general, no es posible que describamos todos los que con la baraja se hacen. Para esto necesitaríamos un libro muy extenso que se ha publicado ya por muchos autores en diferentes épocas.

Aquí, en esta sección, queremos puntualizar que los niños tienen barajas minúsculas, sirviéndose de ellas como juego de tapete, imitando el *monte*, el *siete y medio* y todos de menor combinación y discurso, en los que se gana y pierde mucho dine-

ro en poco tiempo. Es la baraja el juguetito que *educa para jugadores* y por esto hay tales aficiones entre los hombres á jugar en los casinos, en las llamadas casas de juego, en los garitos y hasta en las reuniones de familia.

Nada se presta como la baraja para hacer trampas y jugar con ventaja.

El *pego*, el *cerillo*, el *salto* y el *falso corte*, son conocidas por casi todos los niños; los naipes marcados, son de uso corriente; las *señas*, los *mirones* y *jugar* con *falso compañero*, es también lo que más encanta del juego, cuando encuentran un *caneb* á quien desvalijar.

Los naipes pueden ser de una potencia instructiva y educativa inmensa. Las barajas históricas, geográficas, industriales, agrícolas, etc., etc., pueden ser muy útiles, pero hay que inventarlas. Ya los niños manejan esas cartulinas, tan regulares para confeccionar trabajos manuales muy primorosos. Los *trabajos manuales* que algunos creen que son de invención moderna, los vienen practicando los niños desde hace muchos siglos. Cuando no había papel ni cartón, los hacían en pergamino, y se pueden coleccionar una variedad extraordinaria de alambre, cuerdas, cañas, mimbres, etc., etc.

Los juegos de naipes, se prestan mucho á calcular, y hay que convenir en que se han estudiado combinaciones preciosas y juegos muy interesantes y altamente educativos.

La baraja es muy explotable pedagógicamente.

El *dominó*, que también los hay minúsculos, puede servir para enseñar á contar y para realizar muchas operaciones de aritmética. He conocido muchos analfabetos, que sumaban los tantos del dominó con una rapidez pasmosa. Esto indica, que de igual modo puede combinarse el juego para restar, multiplicar, dividir y otras operaciones.

Las fichas del dominó las emplean además

los niños como ladrillos para hacer construcciones.

La *lotería de cartones*, también es un juego muy entretenido y apreciado por los niños, y por esto, en esos cartones cabe mucha pedagogía.

En la actualidad se emplea sólo como juego de tapete y es la mejor representación de la *diosa Fortuna*, cultivada por el Estado en forma de *Lotería Nacional.*

Son tan conocidas las razones que se aducen contra la *Lotería oficial*, que no las repito, por no causar molestias al lector, pero me voy á permitir citar un hecho.

La víspera de sortearse la lotería grande de Nochebuena, hacíamos comentarios en la mesa de un café sobre el destino que daríamos al dinero del premio gordo si nos tocase.

Un boticario: Yo, rompería inmediatamente todos los pucheros de la farmacia.

Un médico: Pondría un cartel en la puerta de mi casa, diciendo: «Aquí no se permite la entrada á ningún enfermo ni á ningún médico».

Un militar: Pediría la absoluta mañana mismo.

Un estudiante: ¡Vaya unos automóviles y unas juerguecitas las que yo correría!

Había entre nosotros un alemán, á quien le habíamos hecho tomar una participación, que aceptó por galantería, y dijo, cuando requerimos su opinión: *Yo mandárselos á mi padre, porque todavía soy joven para trabajar.*

Este hecho, que es histórico, me impresionó hondamente, y veo aquí una ocasión de citarlo, porque es muy educativo.

La mayor parte de los españoles, confían en hacerse ricos con la lotería, y es más grave aún el destino que se proponen dar al dinero si lo alcanzasen.

Para terminar esta sección, diremos que hay una enormidad de juegos de ferias, billares

romanos y de los otros, damas, aduana, oca, ajedrez, etc., etc., de todos los cuales se hacen miniaturas para que los niños se jueguen el dinero ó lo que tengan. Ya hemos visto como hasta las galdrufas y los birlos los convierten juego de ganancia y pérdida, y hay necesidad de no *educarlos para jugadores* y convertir estos juegos y juguetes en elementos de cultura.

VITRINA NÚM. 11

Entretenimientos.

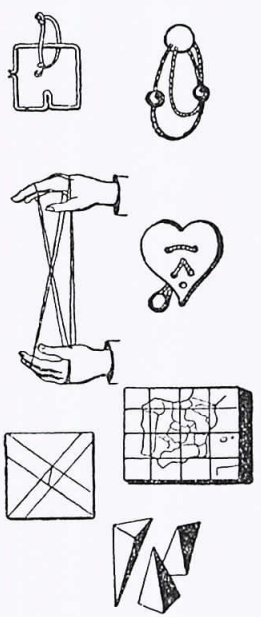
Alambres. — Cuerdas. — Nudos y bolas y anillas. — Corazones. — Enlaces. — Rayuelas y laberintos. — Los dientes del negrito. — Derivaciones de bolas y ganchos. — Solitarios con naipes de dominó. — Charadas, logogrifos, jeroglíficos. — Mosaicos. — Rompecabezas de cartones y maderas, triángulos, cubos. — Juegos de manos, bola, clavo, dedo, dedal, barajas preparadas. — Libro de juegos de manos.

JUGUETES CÓMICOS. — El mono que trepa. — Don Nicanor. — Matasuegras, monos de caja. — Los tres animales más feroces.

Hay una categoría de juguetes muy análogos que llamamos de *entretenimiento*. No son de *ganapierde*. Sirven para *pasar el rato*, y cuando más, para despertar el espíritu de investigación y adquirir ciertas disposiciones para vencer empresas difíciles. En estos juegos se pueden advertir ciertos temperamentos entre los niños. Los hay tan tenaces, que *no se dan*. Se proponen descubrir el juego y se resisten aunque pasen muchas horas, no consintiendo que les den hecha la

solución. Otros, languidecen desde el primer momento, se abaten, no quieren discurrir y antes de intentar siquiera resolver el asunto con su personal esfuerzo, ya piden la solución, para satisfacer su curiosidad.

De estos juguetes de entretenimiento hay confeccionados por la industria y por los muchachos. He podido reunir algunos que pongo en la vitrina como fundamentales, y creo que ha de haber muchos más. Algunos son muy ingeniosos y tienen un mérito verdadero.



Los alambres, han sido muy usados para estos *rompecabezas*, pues así los llaman también los niños.

No sabemos quién inventará estas cosas, pero hay que convenir en que no será ningún rana. Recuerdo haber visto juguetes de este género que representaban ciertos conflictos políticos internacionales, de esos que parecen sin solución en algunos momentos. *La cuestión del Papa. El conflicto de Oriente. El nudo gordiano*, etcétera, etc. Estos juguetes, que son muy antiguos, *son intermitentes*, aparecen y desaparecen; sin duda, que es juguete ambulante, y que no existe una casa fija que los construya. No he podido encontrar más que un ejemplar, que va colocado en la vitrina y me lo ha proporcionado un muchacho.

Las *cuerdas* también tienen empleo muy preferente en estos juegos. Desde una sola cuerda para

sacar *la cuna*, *la pata de gallo*, *la cama*, *las devanaderas* y otras muchas figuras, que hacen los niños pasándosela de unas manos á otras, hasta la cuerda de nudos con anillas y bolas, hay una infinita variedad muy digna de estudiarse.

Son muy notables también los corazones de madera con agujeros, por los cuales pasa una cinta y una bolita gruesa: pongo como modelo el *corazón dolorido*, que es un buen modelo de la serie.

Figuran en esta sección los *enlaces intrincados* de piezas de madera, que forman figuras muy artísticas y que son verdaderos modelos de problemas de carpintería.

En la misma serie creo deben figurar los rompecabezas de cartones, de triángulos de madera, de cubos y de figuras geométricas irregulares. La juguetería francesa, nos proporciona muchos de estos modelitos que ponemos en esta vitrina.

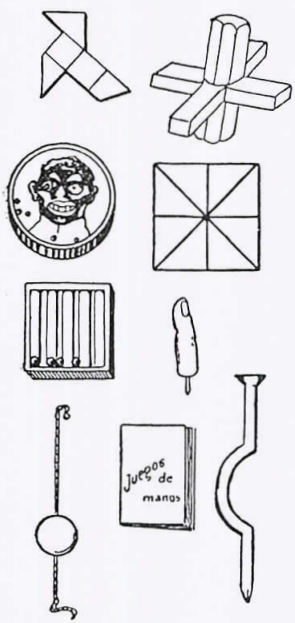
Un juguetito muy interesante, que quizá sea español, porque ya era muy corrientre entre los niños de mi época, es el de *los dientes del negrito*. Consiste en una cajita de cristal, en cuyo interior hay pintada una cabeza de negro. Hay unas cuantas bolitas sueltas y la habilidad consiste en ir colocándolas con mucho cuidado en los lugares correspondientes á los dientes. Para esto se necesita mucha paciencia, buen tino y mucha vista.

Este es un juguete fundamental del que se han derivado muchos otros con solo cambiar la figura, hacer las bolas más grandes, sustituir las bolitas por ganchos, darles nombres fantásticos, tendencia más ó menos instructiva, etc., etc. *La entrada del puerto*, *El paso de las fronteras*, *El prisionero que huye* y otros muy abigarrados, son derivaciones del negrito y de muy grato entretenimiento.

Son de esta sección también las *rayuelas*, que indudablemente se derivan del *tres en barra*. Consisten estos juegos en ir colocando fichas, con las cuales se avanza por las líneas indicadas, según la

complejidad y condiciones impuestas. Generalmente se juega entre dos, hay ataque y defensa, se sale al encuentro, se preparan emboscadas y recuerda algo á las *damas*, *ajedrez* y otros de esta índole.

Creo que el tres en barra es español. Los chicos no necesitan aparatos para jugarlo; trazan la figura en las aceras, las piedrecitas les sirven de fichas y se pasan muchos ratos jugando á esto sentados en las puertas y en los patios y en las calles. Alguna vez se juegan dinero, y cuando aciertan, dicen: *tres en barra, como una caparra.*

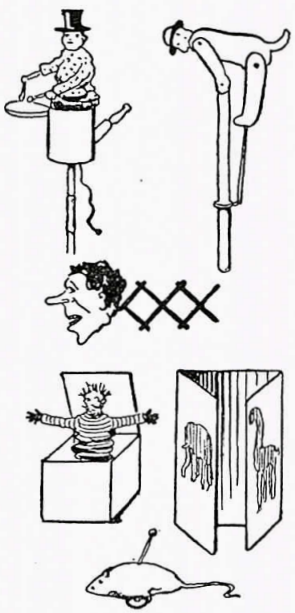


De este juguete se han derivado muchos otros. Las combinaciones son infinitas, con el nombre genérico de *asalto*. Los *laberintos*, también son de la serie y están fundados en lo mismo. Los *solitarios* con baraja y dominó son innumerables. Hay personas que se pasan la mitad de su vida *jasiendo solitarios* para *matar el tiempo* y descifrando charadas, jeroglíficos, logrogrifos y otras cosas por el estilo. Esto tiene un público enorme, que tuve el honor de conocerlo cuando fuí director de un periódico y se me ocurrió poner una *sección amena*, como se dice ordinariamente.

El *tiempo es oro* para los ingleses, y para muchos españoles es un castigo: por eso *matar el tiempo* es un problema que se resuelve muy bien con los solitarios y la sección amena.

Los *juegos de manos* son el encanto de los niños. Despiertan la atención, la curiosidad y la investigación más intensamente que con ningún otro medio. *¡Eso no puede ser!*, ¡eso tiene *trampa!*, dicen los niños; y cuando la descubren sienten un placer infinito.

La juguetería ha confeccionado muchos objetos para juegos de manos; se han editado muchos libritos de este asunto. Tiene esta sección una potencia pedagógica de primer orden y debe cultivarse dentro de los límites amenos y pedagógicos necesarios.



El menaje para estos juegos es muy extenso y no hay posibilidad de ponerlo en una ni en varias vitrinas. Nos limitaremos á colocar para recordarlo el *dedo artificial* para perforar sombreros, *el clavo* que *atraviesa el dedo*, la *bola obediente* ó que desciende y se para cuando se le ordena, *el dedal mágico* de palma, en el cual se meten los dedos y no se pueden sacar, y algún otro.

Colocamos además un *Libro de Juegos de manos* para recordar la bibliografía.

Bien manejada esta sección, seleccionando é inventando juegos, puede constituir, repito, un gran recurso pedagógico; comprendiendo, como es natural, toda la llamada física recreativa.

Para terminar la vitrina de los entretenimientos, pondremos algunos modelos del *juguete*

cómico, como el *mono que trepa*, *D. Nicanor tocando el tambor*, *el matasuegras* y algún otro que emociona por su sentido cómico y no tiene más objeto que hacer reir. Siguen en esta sección los *juguetes de sorpresa*, como los monos de caja; y *los de chasco*, como el de los tres animales más feroces.

VITRINA NÚM. 12

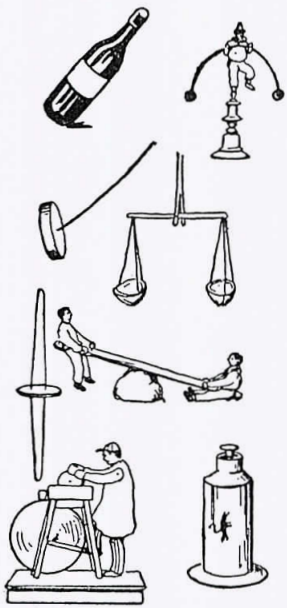
Ciencias.

—

Levantapiedras. — Teléfonos. — Espejo para la rata. — Milorcha. — Remolinos. — Cometas. — Globos. — Paracaídas. — Globos de goma. — Pompas de jabón. — Imán y lacre. — Cinematógrafo de fuego, de cartulina y de verdad. — Linterna mágica. — Cristal de aumento. — Prismas refringentes. — Cajas de colores, carbón, clarión, casco de piedra y naipes. — Giróscopo (elegante). — Giróscopo de caja de betún. — Plomo y cuerdas. — Pedernal y eslabón, arcilla, cera, pez (propiedad de los cuerpos). — Jeringas. — Pajuela para tomar el helado. — Terrón de azúcar para la capilaridad, cola, goma, engrudo y pan mascado.

Los niños manejan y construyen muchos aparatitos de física. Con la juguetería de esta clase puede formarse un libro de física muy interesante.

Las propiedades de los cuerpos llaman poderosamente la atención de los muchachos; juegan con la *arcilla*, *la cera* y *la pez* por su blandura, y en oposición les gusta sacar chispas del *pedernal* con el *eslabón*, como cuerpo duro. Compran *lija* para afilar las puntas de sus lapiceros y les encanta la *suavidad* de las cartulinas satinadas. Usan *cola*, *engrudo*, *goma* y *pan mascado* para *pegar*. Les



gusta tiznar los objetos con colores, clarión, carbón, etc. Les encantan los reflejos metálicos y los sonidos de los metales. Les llama la atención la *arcilla seca*, por lo que absorbe; llevan por la boca *cascos de china* para apagar la sed, y, en fin, en cualquiera de sus juguetes y sorprendiendo sus experimentos, no será difícil ver cómo á los niños les llama la atención las diferenciaciones y las propiedades de los cuerpos, que son éstas:

Opticos. — Color, lustre, policroísmo, asterismo, fosforescencia, refracción.

Mecánicos. — Dureza, elasticidad, flexibilidad, ductilidad, maleabilidad, tenacidad, peso específico, delicuescencia, eflorescencia.

Electromagnéticos.—Electricidad y magnetismo.

Organolépticos. — Olores y sabores, untuosidad, frialdad, apegamiento á la lengua y sonoridad.

Estructura.—Fibrosa, hojosa, granular, etc., etc.

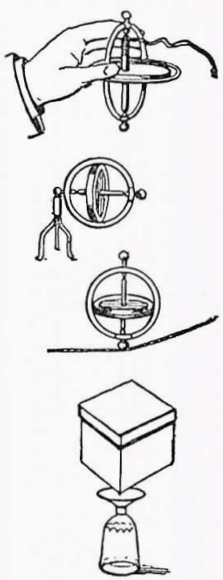
Todas estas propiedades pueden encontrarse en sus juguetes. Será muy conveniente que los niños *se den cuenta* para que aprendan tecnicismos y los usos á que se prestan dichas propiedades.

Como juguetitos especiales donde funciona la diferente densidad de los cuerpos, ponemos la botella borracha, la figurita inestable y otras del mismo género.

Mecánica.—Los niños saben mucho de esta sección. Muchos juegos son manejo de *palancas* de primero, segundo y tercer grado. Se confeccionan

balanzas y *pesos* para jugar á tiendas. Juegan al *columpio* de balanza y realizan todas las clases de *equilibrios*. Con la honda y la ballesta, las galdrufas y otros juguetes, se les pueden dar á conocer *sistemas de fuerzas* y todas las formas del movimiento.

Para completar el capítulo de la *Mecánica*, he puesto en mi vitrina un juguete automático muy popular y corriente en todos los bazares.



El maestro, desarmando el juguete, puede ir explicando cada una de las piezas de la maquinaria *del afilador*, y con esto se darán cuenta los chicos de las palancas de primero, segundo y tercer orden, de los engranajes y ruedas dentadas, de la transmisión de la fuerza, etc., etc.

El giróscopo es uno de los juguetes más elegantes y vistosos que se han construído para estos fines.

El giróscopo es un instrumento empleado en todos los laboratorios de física para demostrar los principios de rotación, de atracción y el equilibrio de los cuerpos en movimiento, el centro de gravedad, la fuerza centrífuga y centrípeta, etc.

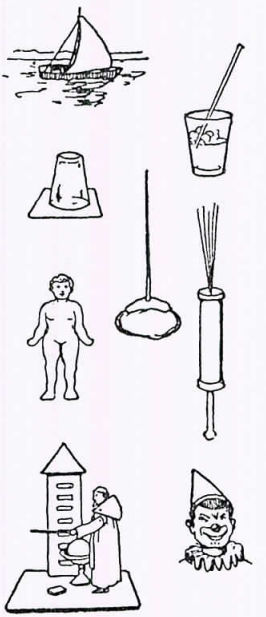
Este instrumento, que en las escuelas de tiro se emplea para medir el trayecto de los proyectiles ó indicar su peso, se ha elevado á la categoría de juguete, que ha tenido un gran éxito entre los chicos.

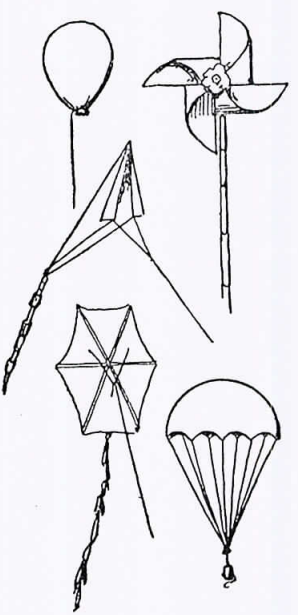
Sólo con el giróscopo se puede explicar un curso de mecánica, y no debe faltar en el museo de ninguna escuela.

A los niños les deleita el mecanismo del juguete, y he observado que con él se pasan horas enteras sosteniéndolo en las diferentes posiciones posibles.

Hidráulica.—Conocen los niños las propiedades de los líquidos, los vasos comunicantes, el principio de Pascal y de Arquímedes y otras leyes fundamentales.

La industria ha construído ludiones, barcos, muñecos flotantes y sumergibles. Ellos fabrican jeringas, hacen surtidores y no



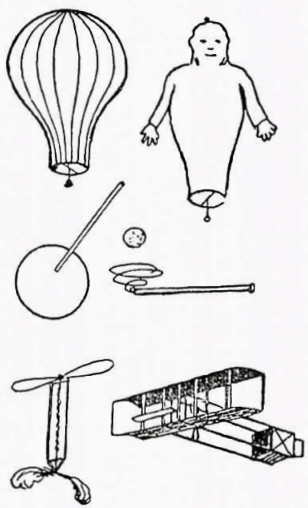


será difícil buscar elemento y datos para completar este capítulo.

Neumática.—Conocen los niños el barómetro, cuyo mecanismo lo realizan siempre con sorber líquidos con una paja, fabrican jeringas y levantan piedras. La industria ha fabricado higrómetros muy vistosos para conocer la humedad atmosférica, entre ellos el *de pelo*, con el fraile de capucha ó de paraguas y

el químico del clown. Es muy popular también el juguetito llamado *el chico que mea*, fundado en la presión atmosférica.

En *aerostática* y *aerodinámica* tienen los muchachos un buen repertorio de juguetes: *remolinos*, *milorcha*, *cometa*, *globos grotescos*, *paracaídas*, *globos de goma*, *pompas de jabón con aeronauta*, etcétera.

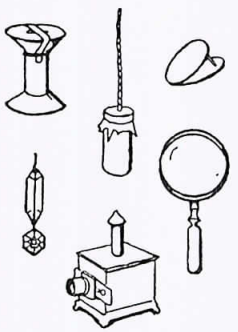


Cuanto á los aeroplanos, hay una abigarrada variedad: los de madera de la vitrina primera, los modelos de listones y telas, los de gomas y como tipo fundamental, el helicóptero.

Acústica.— Puede el lector repasar la vitrina octava y verá cuánto partido puede sacarse de los juguetes en ella contenidos para armar un buen capítulo de acústica. Aquí sólo pondremos, como juguete fundamental, un *carrete*, que los chicos fabrican poniéndole dos lengüetas de goma para imitar la voz humana, el aparatito para la *producción del trueno*, etc.

Optica.— Hay mucha juguetería industrial y espontánea en esta sección.

Los niños usan espejos para *hacer la rata*. Se han fabricado *espejos curvos* minúsculos para reflejar imágenes grotescas. La lente biconvexa ó *cristal de aumento* es juguete corriente en los niños para amplificar las imágenes y también para concentrar los rayos luminosos haciendo focos caloríferos. Descomponen la luz con los prismas de

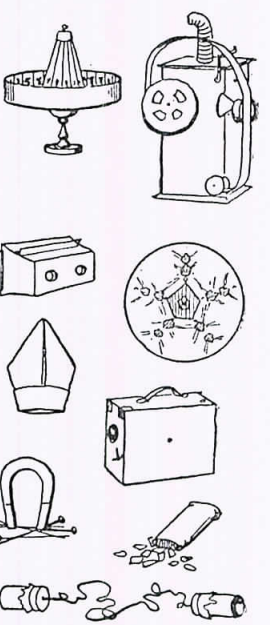


las arañas, que ellos llaman *perlas*. Hacen el cinematógrafo dando vueltas á un palo encendido para trazar un círculo luminoso. Se han inventado *cines de libro* y de verdad con sus correspondientes películas en miniatura. Es juguete corriente también el *disco de Newton*, el *estereóscopo* para ver vistas amplificadas y en relieve, el *caleidoscopio*, la *linterna mágica*, la *cámara obscura* y otras. También se hacen minúsculos aparatos fotográficos como imitación.

De electricidad se ha hecho poco. La atracción de papelillos frotando el lacre y el manejo de *imán* son cosas corrientes. Los mismos se venden con gran profusión en todas las tiendas de juguetes.

Ponemos en esta vitrina lo de más uso entre los niños como material aprovechable para construir un libro de *física* con todas las amenidades posibles.

Todos los aparatos de física son juguetes, y por eso es una lástima que no se enseñen estas ciencias,



tan maravillosas y tan útiles, desde las escuelas de párvulos.

Con los aparatos que van en esta vitrina y algunos aditamentos, tengo escrito un librito de física para uso de las escuelas. Este libro se publicará muy en breve y no lo pongo aquí porque esto quiero que sea exclusivamente museo y colección de juguetes espontáneos.

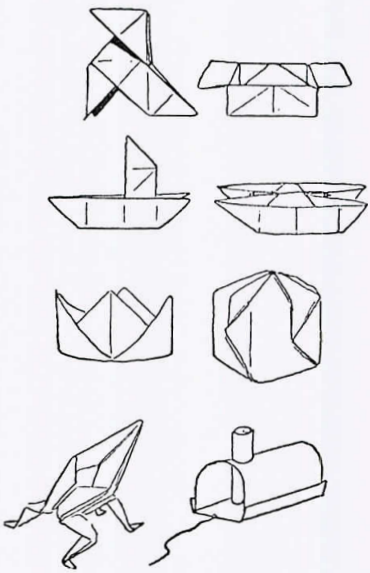
VITRINA NÚM. 13

Trabajos manuales.—Industrias.

Pajaritas de papel con todos sus derivados. — Cuerpos sólidos de cartón. — Naipes, cubo, estrellas, carpetas, devanadores, teatros, acordeones, carros, castillos de naipes, recortadizos. — Figuras de arcilla y de cera. — Trabajos de cañas y mimbres y alambres. — Trabajos de pelo. — Monas, el «calave».—Frutas, el tocino con el limón, calabazas-calaveras con sandía, patatas, pepinos. — Pesos con nueces. — Curas con claveles. — Toda la juguetería. —Carretes para poleas.

MENAJE TÉCNICO: Cajas de colores y dibujos para iluminar. — Pastel ó lápices de colores. — Carbón, clarión, gomas de borrar. — Cajas de compases. — Trofeo de carpintería. — Cajas de arquitectura.

Hemos dicho diferentes veces en capítulos anteriores, que los niños fabrican la mayor parte de los juguetes imitando todos los que ven, pero en esta sección colocaremos únicamente los que pudieran llamarse propiamente *trabajos manuales* confeccionados con cierta delicadeza y que pueden ser altamente instructivos.

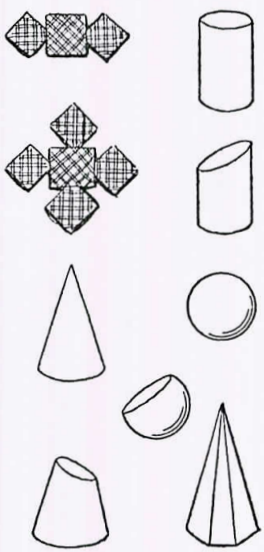


En papel, hacen los niños, desde muy antiguo, preciosidades. ¿Qué niño español habrá que no haya hecho la simpática *pajarita* y todos sus derivados, como el *barco*, las *aguaderas*, el *cajón*, la *gorra de visera*, la *pájara voladora*, la *rana* y muchos otros?

Estos son trabajos manuales finos, delicados, que encierran la geometría entera y que se prestan á muchas consideraciones pedagógicas.

En mi época hacíamos los niños todos los *cuerpos sólidos* tan finamente acabados, que siempre nos ha hecho duelo destruirlos y los hemos conservado muchos años.

Estos son trabajos verdaderamente finos, que emocionan por la regularidad de las figuras, y los niños los llevan por las manos mirándolos en todos los sentidos, colocándolos en todas las posiciones y hasta adornándolos con filetes de colores para hacerlos más elegantes.



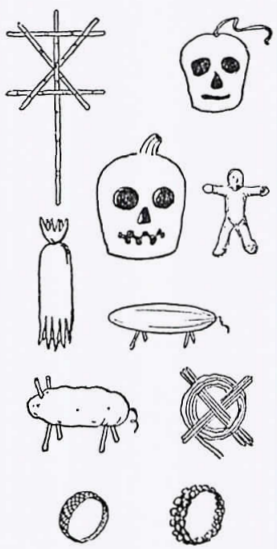
Con los naipes se han hecho trabajos manuales muy ingeniosos: *las carpetas*, que son la base fundamental para formar *el cubo*, *los teatros*, *los acordeones*, *los estuches ó cajas*, las estrellas *artísticas* y otras cosas, indican cuánto partido puede sacarse de esas cartulinas y cómo pueden despertar aficiones industriales. Con los naipes se hacen *carros*, *trenes* y *castillos*. Recortándolos, se obtienen figuras muy interesantes y, en una palabra, son pedagógicamente muy explotables.

Con *cañas*, *mimbres* y *alambres*, fabrican todo lo imaginable. Los *carretes de hilo* les sirven para *poleas*, y no hay nada que se resista á sus facultades imitativas con estos elementos, contando con clavos, cuerdas, papeles y engrudo. Recuérdese lo que hemos visto en las vitrinas anteriores, principalmente en el adorno de las *flestas de calle* y se comprobará cuanto decimos.

Con arcilla y cera remedan los niños á los *escultores*. Se atreven con todo. Lo mismo modelan una figura de hombre que un toro.

Con el *pepino*, la *calabaza*, la *patata*, los *melones*, *limones*, *naranjas*, *bellotas*, *nueces*, *peras*, *claveles*, *cubas*, etc., etc. se construyen una juguetería cómica muy interesante.

Hacen sortijas y otros *trabajos de pelo* de positivo valor artístico, combinando en el tejido los colores del pelo de cola de caballo. Y además, estos trabajos los afiligranan con abalorios. Como tipo de juguete cómico hacen el *calave* de tela y las *monas* de esparto.



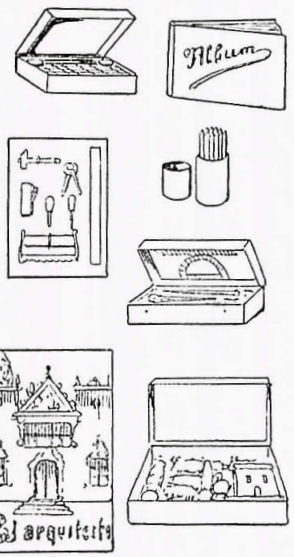
Algunos pedagogos han caído en la cuenta de que los trabajos manuales podían ser grandes elementos educativos. En muchas escuelas del extranjero, dedican á esta sección preferentes cuidados y en muy poco tiempo, dados á inventar, se han hecho maravillas, se han multiplicado los métodos, y los niños fabrican una enormidad de objetos en papel, cartulinas y cartón, alambre, barro, mimbres y combinaciones de todo esto.

Los niños se pasan largos ratos *trabajando* en cosas que les deleitan, y sólo este dato ya es de importancia. Aprenden muchas reglas de técnica industrial. Acostumbran á vencer dificultades, adquieren gusto artístico, se aficionan al orden, á la simetría y á la estética y, sobre todo, se hacen delicados, afinando sus industrias y manejando el menaje técnico.

En muchas escuelas de España, se han introducido también los trabajos manuales, que creo han de ser de gran porvenir.

Por no acostumbrar á los niños al manejo técnico de herramientas, lo hacen todo muy chapuceramente. Hacen mal el engrudo, la cola y la

goma y se llenan de estas cosas hasta el pelo; no hacen bien los ajustes de las piezas de sus juguetes; no saben atar ni clavar; dan golpes y presiones desproporcionadas, y estropean mucho material; se hieren algunas veces con los cuchillos de cocina, que en la mayor parte de los casos es su única herramienta, y todos estos inconvenientes matan sus aficiones industriales.



Y no es lo malo que los niños fabriquen mal: lo peor es que cuando entran en los talleres, les cuesta mucho sujetarse á la disciplina de la *regla*, al *cartabón*, el *compás de medidas* y otras cosas, y entonces estropean objetos de valor.

Las muchachas de servicio que vienen de los pueblos sin ninguna cultura, rompen todas las vajillas y hacen más rastros que Atila, por la falta de costumbre de manejar objetos finos. En los hombres, no hay más que ver cómo se manejan los equipajes en las estaciones; parece que se complacen en destruir los baúles y maletas lanzándolos al suelo bruscamente. Para sujetar una correa se le da un tirón superior á su resistencia y se rompe por arrancamiento. Todos hemos visto con qué brutalidad se desclavan y clavan los cajones y cómo se colocan los cristales dando tan fuertes martillazos como si se diera contra un yunque.

No acabaríamos nunca de citar hechos de este

género. Todo el que sea industrial puede ampliar este capítulo y convendrá conmigo en la necesidad de afirmar la técnica por medio de los trabajos manuales, que deben ocupar un lugar muy preferente en las escuelas.

Colocamos en esta vitrina el *menaje* ténico, compuesto principalmente de *cajas de colores* y *álbum de dibujos para iluminar.*

Los lápices de colores ó pastel.

Carbón, clarión y gomas de borrar.

Cajas de compases.

Trofeo de carpintería.

Cajas de arquitectura.

Claro que hay mucho más, pero este es el menaje corriente que se vende en las librerías de primera enseñanza y en los bazares de juguetería.

Las cajas de arquitectura merecen un párrafo. Son juguetes preciosos, altamente instructivos. Los niños ya levantaban edificios con fichas de dominó y naipes; pero las cajas de arquitectura, con sus infinitas variantes de precio y complejidad, vienen á satisfacer los deseos de todos los muchachos y de los maestros, que pueden ver en este juguete todo un sistema pedagógico que Froebel ha puesto en práctica con tanta fortuna.

Los niños destruyen mucho, es cierto, pero también son muy aficionados á construir. No hay más que mirar los pequeños edificios que levantan con las piedras y el barro de las calles. Hacen *casetas*, *barracas*, *puentes*, *arcos* y mil cosas imitando á los albañiles.

Esta sección puede ser muy fecunda, y afortunadamente ha tomado mucho desarrollo, como lo indica la variedad de libros escritos con el título de *Trabajos manuales.*

No creo necesario describir cada una de las figuritas que van en los grabados de esta sección, porque son muy populares y no habrá lector que haya dejado de fabricarlas cuando era niño. Sin

embargo, no puedo resistir á la tentación del juguetito llamado el *submarino Peral*, que da cabal idea de la agudeza de los niños y de su gran ingenio para construir instrumentos que parecen difíciles.

Cuando el insigne Peral estaba en su popularidad y aparecieron los primeros grabados de su famoso submarino, se veían las fuentes públicas rodeadas de muchachos que hacían el curioso experimento de un submarino. Confeccionaban éste con un lingote de cera fusiforme, encima una pequeña plataforma, también de cera, y por debajo una aguja de cabeza negra. Esta servía para darle estabilidad y posición. En la plataforma se colocaba una piedra y ocurría que con este peso el aparato se sumergía hasta el fondo de la fuente. Al tocar terreno la cabeza de la aguja, oscilaba el aparato, se caía la piedra de la plataforma y como la cera es menos pesada que el agua, el aparato se elevaba majestuosamente hasta la superficie.

¿No les parece á ustedes que este es un juguete encantador? Pues de estas cosas tienen muchas los niños, y cuando los maestros se decidan á coleccio-

narlas, enriquecerán extraordinariamente la pedagogía!

¿Y el dibujo? No hay niño que no dibuje. Su afición á comprar cajas de colores, de compases y lápices es verdaderamente delirante. Los niños son los que llenan todas las paredes de trazos y dibujos que representan todo lo que les impresiona. Dibujan caras, árboles, soldados y animales; ellos se retratan á su modo, hacen caricaturas cómicas; el sol, la luna y las estrellas, no hay chico que no los dibuje, y así sucesivamente.

Los grabaditos adjuntos son tomados del natural, están hechos por un chico y hay que convenir en que tienen expresión esquemática, pues nadie es capaz de confundir la *caseta* con un *zapato*, ni á la *Petra* con una rata, ni al *tren* con un abanico.

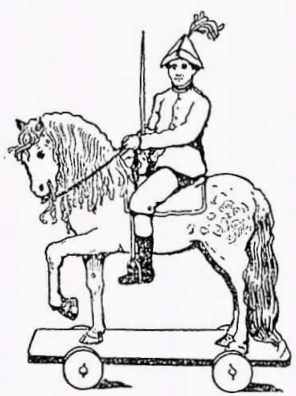
¿Los niños, con estos esquemas, nos están indicando cómo debe ser la enseñanza del dibujo? A nosotros nos sacrificaban haciendo ojos, orejas, dedos y partes minúsculas del organismo. Estas fracciones no enseñan nada, no emocionan, nos aburríamos y acabábamos por abandonar el dibujo.

Bien claro se ve que se debe principiar por la figura y por objetos que emocionen. Esos mismos del grabado, el profesor debe ir modificándolos y así será la afición creciente, se ahorrará mucho tiempo y el método gráfico llegará á ser tan corriente entre todos, para expresar nuestras ideas, como la escritura.

VITRINA NÚM. 14

Zoología. — Mecánica. — Aplicaciones.

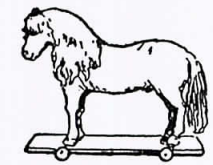
Animales de casas de fieras. — Animales domésticos. — Medios de locomoción. — Historia de la fuerza. — Cajas de paisaje. — Aplicaciones á la Agricultura.

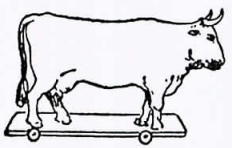


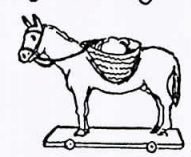
Los niños, sienten la más viva simpatía por los animales. Esto se explica, porque no hay nada tan bello como la vida, y el instinto, que es en los niños el sentido fundamental, les hace adivinar las bellezas de los seres que nos son tan útiles.

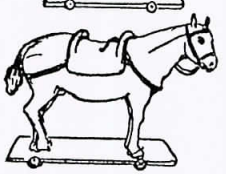
Además, los animales, pasan por idénticas fases que el hombre. Pudiéramos decir, que son *niños* también si esta palabra fuese corriente, tienen su adolescencia y son adultos y viejos.

Los animales, en las primeras edades, son preciosos, pues además de sus formas, tienen la alegría y movilidad de los niños y hasta sus travesuras. No es extraño por esto, que se hayan escrito libros, artículos, y se hayan hecho esculturas y pinturas de niños y pájaros, niños y perros, etc.





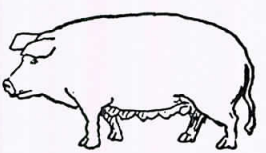


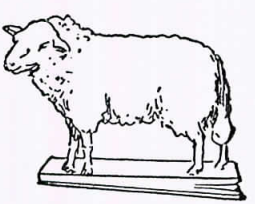


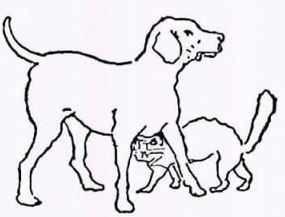
El cordero y la paloma son símbolos de los afectos más delicados, el perro es el representante de la fidelidad, etc., etc.

Hay una literatura inmortal de Esopo, Iriarte y otros, en la que se hace hablar los animales, á fin de que sus discursos sirvan para educar á los hombres, y al improvisar cuentos para los niños, difícilmente podemos prescindir de hablarle del ratoncillo y el gato, de los leones y de otros animales. Parece que es lo único que los niños pueden comprender en sus primeras edades.

Tal unanimidad se advierte en las observaciones, que la mayor parte de la juguetería circulante antigua y moderna se compone de animales de muchas especies, de todos los tamaños, de precios muy variados y en combinaciones infinitas. ¿Quién, de niño, no ha destrozado varios caballitos de cartón con cola de estopa? ¡Qué envidia sienten los niños pobres de no poder adquirir un caballo grande de 70 centímetros de altura!

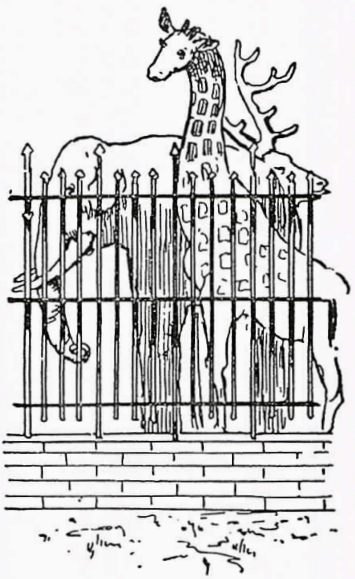






La industria parece que ha agotado todo su ingenio para

fabricar animales y, por eso en cualquier bazar se ven abigarradas variedades de caballos, mulas, burras, vacas, perros, corderos, cerdos, conejos, aves de todas clases, peces, mariscos, tortugas, serpientes y qué sé yo, de todo.



Y no sólo en los bazares de juguetería, sino en adornos de escritorio, alhajas, estuches de fantasía, en las confiterías y en tiendas de objetos de arte.

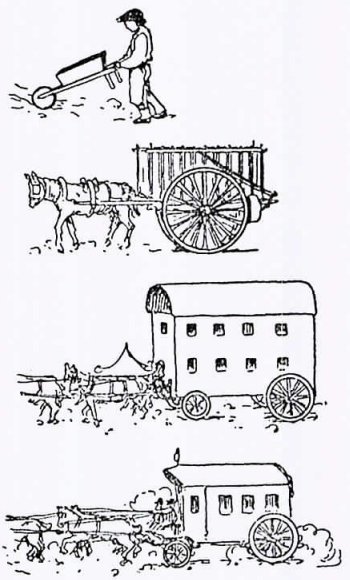
En fin; es la zoología fuente fecunda de juguetes para niños y mayores.

No sería difícil encontrar un museo completo de zoología rebuscando los animales en los sitios indicados. Yo he procurado adquirir algunos, que pongo en la vitrina como recordatorio y base, pero no hago colecciones completas, porque requieren más espacio y tiempo del que dispongo.

De todas suertes, hay que hacer la observación de que ninguna casa constructora, que sepamos, se dedica á fabricar coleccio-

nes completas, clasificadas con arreglo á un sistema dado. Estas serían muy útiles en las escuelas.

En los colegios bien montados, hay museos de Historia natural y en ellos magníficos ejemplares naturales disecados, pero esto no está al alcance de todas las escuelas, pues además de su costo, requieren grandes locales.



Estos ejemplares, además, se deterioran y se apolillan, llegan á ser mal *olientes*, y por esto, una juguetería de pasta bien modelada, pintada con propiedad, podría ser muy barata y altamente instructiva.

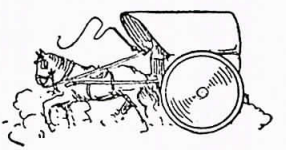
La pedagogía tiene mucho que hacer en esto. El caballo de los bazares, siempre es de guerra, con su equipo de soldado, mantillas vistosas y arneses bélicos, sin que falten sus pistoleras. La vaca, casi nunca es vaca, sino toro de lidia bien armado y con su divisa correspondiente. Al cerdo se le viste con sombrero de copa; el conejo siempre está delante de las escopetas del cazador, y así sucesivamente.

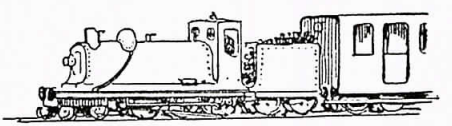
No se habla de la utilidad de los animales más que cómicamente ó como elementos de destrucción, y por esto les interesan á los niños las fieras mucho más que los animales domésticos.

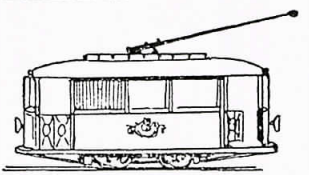
Estos museos, bien completos, deben servir

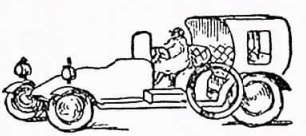
para que el niño se aficione á la ganadería y á la producción de toda clase de animales útiles, que son las principales fuentes de riqueza, como elementos fundamentales de las industrias.

Debe atenderse preferentemente al conocimiento fisiológico de los animales domésticos que pueden explotarse más fácilmente en la localidad, y todo esto es muy fácil, por el interés que tales cuestiones despiertan entre los niños, y muy útil, porque de mayores contribuirán al incremento de la producción.









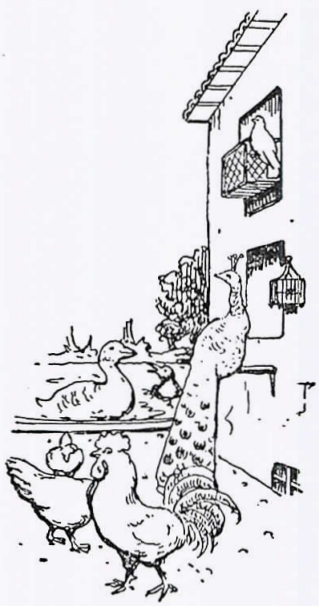
La cría de pequeños animales domésticos y aves de corral, es tan interesante para las niñas como para los chicos.

En *Sociología* y *Pedagogía* se da criterio positivo de esta cuestión.

Es muy antiguo también *el carretón*, *los carros*, *carritos* y *carretas*, *la galera* y *la tartana*, *la diligencia*, *los trenes*, *tranvías* y modernamente *los automóviles*.

Vean ustedes, coleccionando todo esto, como resulta la *historia de la locomoción*, que es un capítulo utilísimo y altamente filosófico.

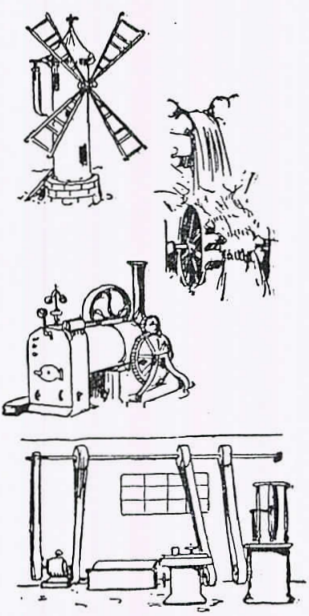
A los niños les gustan los carros y los coches, pero es *para ir dentro*, para que los lleven cómodamente mientras ellos castigan á los caballos y



dan órdenes á los cocheros.

La historia de la locomoción debe completarse con la *historia de la fuerza*, partiendo del hombre como motor, las palancas, la mecánica, la tracción animal, el vapor y la dínamo que recibe y comunica el esfuerzo de miles de hombres á lo largo de un hilo.

He visto también en los bazares *un árbol de distribución* de *fuerzas* representando un taller mecánico. Este es un juguete muy interesante.



Para terminar esta sección, hablaremos de las cajitas de paisaje.

Esas cajitas, donde hay árboles, césped, hotelitos, corderos y pastores, como minúsculos *nacimientos*, son muy explotables pedagógicamente.

En *Sociológica* y *Pedagógica* apunto este criterio para la enseñanza de la Agricultura.

La industria ha fabricado *juguetes de playa* y *de jardinero*, pero hay que hacer mucho más.

Esta sección me ha servido para confeccionar un libro que se publicará pronto, que tiene por objeto la enseñanza de la Agricultura y la Zootecnia aprovechando toda la juguetería circulante y muchos más que he mandado construir.

Esta debe ser la enseñanza fundamental de las *escuelas rurales*.

VITRINA NÚM. 15

Arte y Literatura.

Teatro con todo su menaje.—Muñecos y personajes de obras clásicas.—Decoraciones.—Sainetes más conocidos.

El *teatro minúsculo*, ese juguete que se vende en los bazares, ha sido y continúa siendo el encanto de los muchamos. La industria ha fabricado decoraciones, mobiliario y personajes para la representación de las obras más conocidas. Todos de muchachos hemos comprado *decoraciones de bosque*, *de palacio*, *de jardín*, *de casa pobre*, *de calle* y *de convento* para representar el *Don Juan Tenorio*, *Perico el empedrador ó el sopista mendrugo* y otras muchas que han contribuído á formar nuestro temperamento.

El *Don Juan Tenorio* reúne todo lo que deleita á los chicos. Allí hay valientes, soldados, guerreros, desafíos, muertes á pistoletazos y á estocadas, aparecidos, duendes y muertos que hablan y se filtran por las paredes. Un verso fluido que se

retiene fácilmente en la memoria, trajes muy vistosos, decoraciones fantásticas de salones, palacios, jardines, calles, cementerios, embozados, bengalas, etc. La industria ha hecho el menaje completo para esta representación con todo el mobiliario y los personajes. Todo esto se vendía en pliego y en colores muy abigarrados, y los chicos nos encargábamos de pegar las decoraciones y bastidores sobre cartón, recortándolo del mejor modo posible. Los muñecos y sillas se pegaban generalmente sobre cartulinas ó naipes, y después de recortados, no faltaba más que colocarles el alambre por arriba, por abajo ó de costado, y aquello podía funcionar.

El armatoste para el teatro, generalmente nos lo fabricamos nosotros buscando tablas en cualquier sitio, un serrucho, un cuchillo de cocina, una barrena, un martillo, clavos, cuerdas y engrudo.

Cuando se concebía el proyecto de hacer un teatro, había chicos que no dormían de impaciencia hasta verlo terminado. El que hacía de arquitecto se pasaba el día ó los días buscando herramientas y materiales de construcción *muy baraticos;* generalmente se adquiría todo sin gastar ni una perra. Un chico proporcionaba tablas y cañas, otro clavos y engrudo, alguien traía escondido un serrucho que había que devolverlo muy pronto, y pasando mil fatigas se daba cima á la obra y se anunciaba la función para un domingo por la tarde.

El alumbrado del teatro era siempre lo más difícil; si se ponían velas gordas, mal; si cerilla pequeña, se gastaba pronto; si candilejas de aceite, se llenaba todo de churretes, despedía el pábilo muy mal olor, y con cualquier género de iluminación, resultaba que el teatro ardía. Casi siempre la fiesta acababa con un incendio y una paliza al arquitecto.

Cuando ocurría una de estas catástrofes, los espectadores corríamos más que el cierzo.

También hacíamos teatros grandes. En un corral, en la bohardilla, en el hueco de una escalera y en algún patio, se improvisaba un escenario y un salón.

Todo esto, era ya en grande. En la construcción del teatro, entraban cañas gordas, sogas, escarpias, poleas con carretes de hilo y luego decoraciones y bastidores grandes, que los fabricábamos con papel de periódicos. Allí el almazarrón y otras pinturas se gastaban en abundancia y el engrudo iba á torrentes.

Cada comediante tenía que proporcionarse su vestuario y armamento, y aquí es donde venían bien las espadas y puñales, los trabucos, pistolas y demás adminículos indispensables para estos casos.

El traje de D. Juan Tenorio, el de D. Luis Mejía y otros de caballero, lo confeccionábamos del modo que se ve en la figura; hacíamos un doblez en la boina y allí metíamos una pluma de pollo; subiéndose los pantalones hasta la rodilla, para imitar el calzón con bullones; una espada al cinto y una colcha para capa completaba el traje, y tan ricamente.

Nos llevábamos de casa sillas, mesas, cintas, colchas y ropas de varias clases; eran necesarios algunas veces sartenes y almireces y hasta platos y vasos, porque la obra exigía que se cenase.

El público era muy abigarrado. Componíase de niños inocentes, que no servían para comediantes; de niñeras del género ínfimo, que llevan el crío á cuestas, como si fuese un saco; de porteras y comadres.

Todos los espectadores querían estar en pri-

mera fila, y como no podía ser, había broncas de alguna consideración.

Las representaciones, generalmente, eran improvisadas. Se levantaba el telón y salía un chico pegando tiros con una pistola; luego salían dos y se desafiaban á espada; otro chico pegaba tiros, y luego todos armaban una cencerrada monumental. Casi siempre improvisábamos de la misma manera en el primer acto, en el segundo y en el tercero, pero se gozaba mucho y nos desternillábamos de risa espectadores y comediantes.

Aquello acababa siempre igual. A última hora de la tarde venía á cenar el padre de algún chico, que traía mal vino y desalojaba el local en menos de cinco minutos, porque nos emprendía á patadas, nos hacía cisco todas las decoraciones, nos llamaba canallas y granujas y salíamos todos de allí precipitadamente.

Eso sí, los chirimbolos que habíamos llevado de nuestras casas ya no volvían, porque los robaba el respetable público.

¡Vaya un publiquito!

***

En los buenos colegios hay teatro y debe haberlo, porque es muy explotable pedagógicamente.

El cinematógrafo producirá una resolución pedagógica enorme.

Afortunadamente para los niños actuales y del porvenir, el movimiento infantilista va tomando incremento. Son ya muchos los amigos de los niños y literatos de la importancia de D. Jacinto Benavente que dedican su arte á la cultura y deleite de la infancia. Es de creer que tendrá muchos imitadores, y con esto será cada día más fácil y de más provecho la adquisición de la cultura.

ALELUYAS

El Flaco nació en Castilla más largo que una cerilla.

Como literatura infantil más positiva citaremos las aleluyas.

He podido coleccionar algunas series de las principales casas editoriales y las considero dignas de figurar en todo museo pedagógico, porque es un género literario muy del agrado de los niños y muy aprovechable desde el punto de vista pedagógico.

Tengo la seguridad de que muchos hombres, al ver el catálogo que pongo á continuación, sentirán agradables recuerdos, y hay que convenir en que los autores de las aleluyas conocían muy bien la mentalidad del niño y que manejaban el difícil arte de instruir deleitando.

Las aleluyas tienen mucho dibujo y muy expresivo, poca lectura y muy pintoresca, y con este género se puede conseguir todo lo que se desee.

He clasificado las que he podido adquirir en aleluyas *cómicas*, *de costumbres*, *morales*, *sociológicas*, *históricas*, *religiosas*, *fantásticas*, *novelescas*, *científicas*, *geográficas*, *naturalistas*, etc., etc. Constituyen toda una biblioteca instructiva y educativa de mayor eficacia pedagógica que muchos libros de esmeradas condiciones editoriales y de pomposos títulos, que á pesar de su elevado costo no son del agrado de los niños, porque no los comprenden.

A los de mi generación nos han educado más las aleluyas que la mayoría de los libros que llevábamos á la escuela. De mí sé decir, que apenas recuerdo ningún consejo de mis maestros, y ni siquiera el título de algunos de los libros que llevaba en mi cartera; pero la leyenda de las aleluyas se me grababa tan hondamente, que todavía me sé muchas de memoria y recuerdo el dibujo con imperecedera fidelidad.

He tratado de saber quiénes eran los autores de las aleluyas, y hasta los mismos editores han perdido el rastro de esos pedagogos anónimos, de esos admirables infantilistas, que bien merecen que se les tributen frases de gratitud en nombre de la infancia á quien hicieron tan dichosa. Seguramente que en las nuevas obras que se editen con el nombre de *Historia de la Pedagogía*, no se omitirá este género literario, que no debe morir y que debe fomentarse.

De la importantísima casa Hernando, de Madrid, he podido adquirir las siguientes:

1. El mundo al revés.
2. Vida de un gallego ó la rueda de la fortuna.
3. Vida de un jugador.
4. Vida de un aprendiz de zapatero.
5. Vida de un pobre pretendiente.
6. Vida de Don Perlimplín.
7. Vida del enano Don Crispín.
8. Vida del hombre y de la mujer borrachos.
9. Vida del hombre obrando bien y obrando mal.
10. Vida de la mujer buena y la mala.
11. Refranes castellanos en acción.
12. Abecedarios.— Vendedores y oficios.
13. Abecedarios.
14. El judío errante.
15. Don Pedro el Cruel ó el Zapatero y el Rey.
16. El Cid Campeador.
17. Aventuras de Don Quijote de la Mancha.

18. Historia de Bertoldo, Bertoldillo y Cacaseno.
19. Historia de Robinsón.
20. Historia Natural.— Cuadrúpedos.
21. Historia Natural.— Colección de aves.
22. Los patagones modernos.
23. Los polichinelas.
24. Los españoles pintados por sí mismos.
25. El Médico de sí mismo.
26. El trovador.
27. Escenas matritenses.
28. Habitantes de las provincias de España.
29. Vida de San Isidro, labrador.
30. Aleluyas.— Colección de santos.
31. Aleluyas de santos.
32. Tentaciones de San Antonio, abad.
33. Madrid pintoresco.
34. Pasajes de la Historia Sagrada.—1.ª parte.
35. Pasajes de la Sagrada Escritura.—2.ª parte.
36. Letanía de la Santísima Virgen.
37. Los animales pintados por ellos mismos.
38. Gil Blas de Santillana.
39. Don Juan Tenorio ó el Convidado de piedra.
40. La lotería recreativa.
41. Aleluyas del Piti-Mini.
42. Historia de Atala ó la Flor del desierto.
43. Historia Natural.— Colección de reptiles é insectos.
44. El valle de Andorra.
45. Historia de los reyes de Francia.
46. Fábulas de Esopo.
47. Vida de Santa Filomena y de Santa Teresa de Jesús.
48. Vida de Nuestro Señor Jesucristo.
49. El Santo Sacrificio de la misa — (explicado).
50. Reinado de Doña Isabel II.
51. Historia de Pablo y Virginia.
52. Historia Natural.— Colección de peces.
53. Habitantes de todos los países del Globo.
54. Mujeres de todos los países del Globo.

55. Corrida de toros.
56. La Mitología para los niños.
57. Vida de San Vicente Ferrer.
58. Historia del general Espartero.
59. El Ejército español.
60. Aleluyas. — Estampitas.
61. Vida del caudillo carlista D. Ramón Cabrera.
62. Aventuras de Simbad el marino.
63. Vida de una criada de servir.
64. Juegos de la infancia.
65. El Conde de Montecristo.
66. Vida de un criado de servir.
67. Colección de estampitas.
68. Colección de estampitas.
69. Escenas grotescas contemporáneas.
70. Procesiones de Viernes Santo y del Corpus en Madrid.
71. Colección de santos.
72. Ejercicios gimnásticos.
73. Escenas grotescas contemporáneas.
74. Nueva lotería para niños.
75. Historia de Napoleón III, ex emperador de los franceses.
76. Vida de un necio y de un sabio.
77. Vida de la criada buena y la mala.
78. La tierra de Jauja.
79. El tanto por ciento.
80. Vida de un calavera.
81. Teatro social.
82. Ciencias, artes y oficios.
83. La romería de San Isidro en Madrid.
84. Costumbres españolas.
85. Percances de Madrid.
86. Los pobres de Madrid.
87. El carnaval español.
88. Circo ecuestre y gimnástico.
89. Sucesos memorables de España hasta 1840.
90. Vida del hombre flaco.
91. El maestro de escuela de un lugar.

92. Vida del estudiante bueno y la del malo.
93. El corazón de un bandido.
94. Trabajos y miserias de la vida.
95. Los dones de la fortuna ó la fuerza del destino en la esfera social.
96. Nueva colección de estampitas.
97. Historia de Garibaldi.
98. Juegos de la infancia. — 2.ª parte.
99. Vida de Don Espadón.
100. Costumbres de antaño y de ogaño.
101. Revolución de Madrid en Julio de 1854.
102. Desdichas de un hombre gordo.
103. Escenas del ferrocarril.
104. El gigante y el enano.
105. Aleluyas de teatros. — El joven Telémaco.
106. Vida de Tomás el jorobado.
107. Los novios de Teruel, en los bufos madrileños.
108. Teatro bufo. — Los infiernos de Madrid.
109. Corrida bufa, de toros.
110. Los amantes desgraciados ó el milagro de la Virgen de la Paloma.
111. La baraja infantil.
112. Vida de un perro, contada por él mismo.
113. Vida y hechos de Don Pedro Calderón de la Barca.
114. Las desgracias de Pedrín. — 1.ª parte.
115. Las desgracias de Pedrín. — 2.ª parte.
116, 117, 118 y 119. Santos.
120. Las Islas Filipinas.
121. Pelotaris y frontones.
122. Rebelión filipina.
123. Los héroes de Filipinas.

*
* *

De la calle de las Tabernillas, 2, Madrid, las siguientes:

1. Juan soldado.
2. Vida del valiente Manolito Gázquez de Andalucía.
9. Aventuras de un valiente.
10. El general Cataplum.
11. Las diabluras de Periquillo.
16. Historia del licenciado Vidrieras.
17. El cómico de la legua.
19. Rifa para los niños.
20. El tío Camándulas.
21. Las calderas de Pedro Botero.
22. Vida del enano de la venta.
23. Los siete infantes de Lara.
25. Santos.
28. Aventuras del Barón de la Castaña.
31. Historia del feo Cabezotas.
33. Historia del gran turco Mustafá.
34. Historia del rey de los holgazanes.
37. Lotería infantil recreativa.
45. La tía Marizápalos ó la reina de las brujas.
46. Historia de Perico el tonto.
47. Santos en pliego.
49. Semana Santa.
64. Historia del feo Panza Alegre.
83. Lo corrida patriótica contra los yankees.

*
* *

De Antonio Bosch, Barcelona, las siguientes:

1. Vida del valiente general D. Juan Prim, Marqués de los Castillejos.
2. Historia de Cataluña.
4. Antigua procesión del Corpus.
5. Abecedario pintoresco.

6. Antiguo mundo al revés.
7. Diversos tipos y trajes.
8. Vida del nuevo enano D. Crispín.
10. Historia imparcial de la guerra civil de España, que concluye con la paz.—3.ª parte.
12. Vida del hombre obrando bien y obrando mal.
13. Reseña histórica y pintoresca de Montserrat.
14. Lotería y auca de los baladrers de Barcelona.
15. Procesión de Ntra. Sra. de la Cinta, que se hace en Tortosa el segundo domingo de Octubre de cada año.
16. Vida y aventuras de un negrito.
17. Historia de un sombrero.
18. Historia de la vida del Glorioso San Roque, especial abogado contra la peste, y todo mal de contagio.
20. Historia de la dama encantada.
21. La procesion de Semana Santa.
22. Loteria para niños.
23. Historia de España.
25. Juego de lotería para niños.
28. Nuevo mundo al revés.
30. Vida de la Santísima Virgen María.
32. Vida de Periquillo el Barbero.
33. Enanos extravagantes.
34. Cuadro de los Reyes Católicos de España, desde el siglo IX hasta nuestros días.
35. Sombras y abecedarios.
37. Los volatines.
39. Entrada triunfante y entierro del nuevo Carnaval.
41. Funciones de Barcelona.
43. La mesa revuelta del siglo.
45. Vida del nuevo aprendiz de zapatero.
47. Historia de una carbonera.
52. Vida de Napoleón Bonaparte.
53. Historia de la revolución española acaecida en Septiembre de 1868.
55. Historia de la insurrección y guerra de Cuba.

56. Historia del hombre cuchara.
58. Historia de San Isidro, labrador.
59. Historia del nuevo Don Quijote.
60. Vida y estragos de un caracol.
61. El vicio y la virtud (auquilla para niños).
62. La guerra francoprusiana.
63. Historia de un mico enredador.
64. Corrida de toros y mogiganga.
66. Vida de Juanito el flaco ó el aprendiz de sastre.
67. Juego y lotería alfabético.
68. Vida de Santa Genoveva primera de Brabante.
69. Robinsón Petit.
70. Vida de N. Bernat Xinxola.
71. Historia del marqués tronera.
72. Los sobrinos del Capitán Grant.
73. Historia de un soldado afortunado.
74. Historia y lotería de Baldragas.
75. Historia del rector de Vallfogona.
77. Historia del gigante Goliat.
79. Historia de un velocipedista.
82. Historia de la guerra de Melilla (1893).
83. Vida y hazañas del pilluelo Mentecato.
89. Vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.
90. Nova historia de Catalunya.
94. Aventuras de tres rusos y tres ingleses.
98. Don Quijote de la Mancha.
99. El registro de la policía.
101. Historia imparcial de la guerra civil de España. — 1.ª parte.
102. Historia imparcial de la guerra civil de España. — 2.ª parte.
104. Historia del barberillo de Lavapiés.
105. La nodriza (La dida).
106. Los pastorcillos en Belén.
107. Historia, ferias y fiestas de Ntra. Sra. de las Mercedes.
108. La isla misteriosa.
109. Exposición zoológica de Mr. Bidel.

110. Vida de los santos Antonio Abad y de Padua.
111. Vida de Santa Eulalia y de Santa Teresa.
112. La pata de cabra.
113. Historia de tres hermanas.—La venta Fochs.
114. Cinco semanas en globo.
115. Viaje al centro de la Tierra.
116. De la Tiera al Sol, pasando por la Luna.
117. Veinte mil leguas de viaje submarino.

Aleluyas en colores.

1. Las ocurrencias de Simplicio.
2. Matilde la orgullosa.
3. Aventuras y desventuras de un parásito.
4. La verdadera Hada.
5. Julián el mandria.
6. El museo de los niños.
7. La Cenicienta.
8. La Mamita ó la educación de la muñeca.

Casas editoriales.

Los editores de las aleluyas son:

1.° Hernando. Arenal, 11, Madrid.
2.° Tabernillas, 2, Madrid. Depósito de aleluyas y romances.
3.° Litografía Olivé. Carmen, 78, Barcelona. Venta al por mayor. Hospital, 15 y 17.
4.° Pellerín y Compañía. Imprenta editorial. Estampas de Epinal.
5.° Papelería y objetos de escritorio del Sucesor de Antonio Bosch, calle del Bou de la Plaza Nueva, 13, Barcelona.
6.° Despacho: calle de Juanelo, 17, Madrid.

VITRINA NÚM. 16

Comestibles callejeros.

Tengo en mi museo una vitrina con todas las chucherías y comestibles especiales para los niños. Los chicos sienten un encanto indefinido cuando la contemplan; y ciertamente que es muy vistosa, porque cada comestible está en su frasco y, como es natural, todas las chucherías son de primera clase. ¡Vaya unas chufas y una mojama! Tengo de todo:

Cacahuet. — Chufas. — Pilongas. — Castañas. — Bellotas. — *Garrofas.* — Garbanzos *torraos.* — Idem rizados azucarados. — Altramuces. — Azufaifas. — Caña dulce. — Dátiles. — Cañamones (bolas). — Regaliz. — Extracto de regaliz. — Chupones de caramelo y brea. — Pajaritas de maíz. — Pan de higos. — Mojama. — Camarones. — Acerolas en ristra. — Coco. — Pipas de melón. — Pastas de perro. — Serradizos. — Cardo americano. — Anises. — Peladillas y confites. — Caramelos. — Idem de los Alpes. — Bombones. — Barquillos y hostias. — Membrillos y frutas verdes y ácidas. — Arañones. — Bizcochas. — Moras. — Pámpanos y acederas, etc. — Piñones y avellanas con cáscara. — Cigarrillos de cacao, etc., etc.

*
* *

Me he puesto al habla con esos pequeños comerciantes que venden cosas á los niños, y la verdad es, que merecen un párrafo, como todos los que se dedican á realizar la felicidad de los muchachos.

El *barquillero* y el *cacahuetero* son notables. Los niños los tutean aunque sean viejos y se hacen muy amigos. En mis tiempos era nuestro héroe el tío *Pericabis* y el *Marianabis*.

Los barquilleros y cacahueteros son en estos tiempos muy elegantes; llevan aparatos de tostar, que son de alto costo, porque imitan máquinas de vapor, barcos y otras cosas. Hoy se presentan de muy artística manera.

En lo que estos industriales coinciden invariablemente es en el alto y hondo sentido patriótico. El barquillero lleva casi siempre pintada su caja tubular con los colores nacionales y casi nunca falta en la caña de los barquillos la consabida bandera.

Los cacahueteros que usan barcos, les ponen á éstos los nombres de nuestros buques más famosos, y si hay algún acontecimiento donde hay necesidad de exaltaciones patrióticas, los barquilleros y cacahueteros son los que primero lo anuncian.

La *arropiera* es generalmente una anciana entrapajada, llena de mantones y pañuelos á la cabeza, que pasa su vida en la puerta de las escuelas y en los abrigos de los paseos públicos esperando la *perrita* de los niños.

Las existencias comerciales de la simpática

arropiera valdrán aproximadamente una peseta, y tan minúsculo capital, es suficiente para defenderse de la vida y no entrar en los asilos benéficos.

Del mismo tipo es la famosa *castañera*, que muchas veces es víctima de las travesuras de los muchachos.

Estos pequeños comerciantes son los representantes de la *cantina escolar*, que también se tiene por una invención moderna y hace algunos siglos que funciona con esos tres simpáticos amigos de los niños.

La verdad es, que algunos niños se desayunan con un churro, dos buñuelos ó un gordilargo; que muchos no habrán comido algunas veces más que una perrilla de castañas, ó de cacahuetes, ó de pilongas; que otros habrán calmado su hambre algunos días con un chupón de extracto de regaliz y quién sabe si algunas temporadas un puñado de higos secos ó de castañas habrá sido la base de la alimentación de algunos pobres niños.

*
* *

En este capítulo hay que hacer algunas consideraciones de higiene. Esos alimentos callejeros

pueden ser indigestos; en algunos puede haber alteraciones, que determinen afecciones gastrointestinales; si son muy duros puede estropearse la dentadura, y así sucesivamente.

La vida infantil tiene muchos puntos de vista que están sin estudiar y la Pedagogía moderna exige un perfecto conocimiento de todo cuanto se relacione con los niños.

CONCLUSIÓN

1.° Leyendo este modesto libro, que por hoy no es más que un puñado de notas confusas para dar cuenta del primer ensayo de un *Museo*, se advierte lo que ya di á conocer en mi libro *Sociología y Pedagogía*, esto es, que en la calle hay una escuela completa, que los niños tienen en la calle todo lo que les niega la escuela y que hay mucha pedagogía en el arroyo.

Dije también, y con este libro presento más argumentos para defenderlo, que nuestro carácter se forja en la calle y que los chicos no hacen ningún caso de lo que en la escuela se les predica. Procuré domostrar con hechos y observaciones que á los niños se les considera como imbéciles, y que son más vivos que el hambre, y que es muy difícil engañarlos.

Para conocer á los chicos hay que dejarlos en libertad. Esta es la única manera de clasificarlos y de conocer el carácter y tendencias de cada cual. Por esto, titulo también este libro PSICOLOGÍA, y considero que un museo de estos es un gabinete de *psicología experimental.*

2.° Quiero hacer constar otra idea, y es tributar un aplauso sincero, entusiasta, una verdadera explosión de gratitud á todos esos pedagogos anónimos, que no se han tenido por tales y que han

sido y son los mejores; á los inventores de juguetes y juegos, á los autores de aleluyas, al barquillero, la arropiera, etc., etc.; á todos esos que fuera de la escuela han hecho escuela, á los que han entendido á los niños poniendo su ingenio al servicio de la felicidad infantil. Este aplauso, para que tenga más valor, se lo tributo á esos pedagogos, *como chico*, transportándome á mi infancia.

3.° *Los niños no deben jugar en la calle.* En cada barrio ó en cada calle debe haber varios *playgrounds* ó plazas de juego, donde los niños puedan solazarse sin peligro para ellos ni para los demás.

La vida moderna es cada vez más vertiginosa. Por las calles van los transeuntes cada vez más de prisa, porque así lo exigen los negocios. Los medios de locomoción se multiplican y marchan cada día con mayor velocidad. Se multiplica el número de carros, carritos, tartanas, coches, bicicletas, automóviles, etc., etc., que son un peligro para los niños. Los atropellos producidos por los tranvías son muy frecuentes, y por eso no se debe consentir que los niños tomen la vía pública para lugar de sus recreos.

Ellos son también un peligro constante para los transeuntes y vecinos. Los niños marchan con carrera vertiginosa y chocan contra los ancianos y con todo el mundo. Sus juguetes pueden herir. La honda, la pelota, la picota, el *diavolo* y demás juguetes descritos antes, pueden ser proyectiles que ocasionen accidentes muy desagradables. Rompen cristales y faroles, estropean las fachadas con tiznones y desconchaduras, molestan á todo el mundo y no pueden jugar.

Los municipios, los filántropos, los padres de familia y todos cuantos se interesen por la cultura y civilización, deben contribuir á modificar la vida infantil en el sentido de hacerla más culta y agradable.

Los *playgrounds*, serán indudablemente las escuelas del porvenir. Desde luego, son educativos y civilizadores, y allí es donde debe forjarse el *maestro educador*.

A estos lugares de recreo podrían también llamarse *museos infantiles*.

4.° *En los juegos es donde los niños muestran sus buenas ó sus malas inclinaciones.*

Al hacer el estudio de los juguetes y juegos comprendidos en cada vitrina, hemos hecho unas observaciones desconsoladoras. La mayor parte de los juguetes españoles, son malos y anticivilizadores. Los instructivos y de entretenimiento, así como los cómicos y de fantasía, son en su mayoría extranjeros.

La vitrina del toreo, el armero infantil, la pirotecnia yl as travesuras de mala especie, son las más españolas y las más crueles. Siempre predomina el juego bélico. Los martirios dados á los animales y los que ponen en práctica los niños entre sí, causan la más profunda aflicción. La tendencia á convertir hasta los gimnásticos en juegos de ganancia y pérdida, los ardides puestos en práctica para jugar con ventaja, las *trampas*, la usura, la ambición desmedida para hacerse uno con lo de todos, remeda la sociedad de los mayores, y si todo esto no fuese evitable en la sociedad infantil, habría que renunciar á la esperanza de toda regeneración y progreso de nuestra raza.

Los museos infantiles han de servir como ningún otro medio para educar el carácter, adquirir urbanidad y afinar los sentimientos.

Al mismo tiempo, descubrirán aptitudes y así se podrá realizar una acertada especialización poniendo á los niños desde la infancia en el camino que han de seguir más adelante.

5.° En nombre de los niños pide este modesto autor que se haga en cualquier parte un ensayo de museo infantil, en la seguridad de que ha de

agradecerlo la infancia y la Pedagogía, que es una ciencia constituyente.

Para esto suplico la colaboración de los señores maestros y de todos los que puedan contribuir al progreso de esta sección. Agradeceré mucho que se manden notas, observaciones, juegos y juguetes, de todo lo cual se irá dando cuenta en alguna revista ó en otro libro.

Por último, facilitaré todos los juguetes que se me pidan á los que deseen fundar *museos*.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

	Pesetas
Las penas del hombre ó Patología social española. Es un tratatado de *Mundología,* para instruir á los hijos en la lucha por la vida.....	7'50
Sociología y Pedagogía. Es un nuevo criterio pedagógico para la regeneración de la sociedad por la Escuela.....	3
Museo infantil — Juguetería y Psicología.....	1'50
Urbanidad y educación del Comerciante moderno.....	1
El matrimonio en la clase media.....	1
Sociología y Beneficencia.....	1
Cartilla para escribir en seis días.....	0'70

DOMICILIO DEL AUTOR:

PASEO DE MARIA AGUSTIN, 5, PRINCIPAL

ZARAGOZA

ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO 9

INTRODUCCIÓN 15

BIBLIOGRAFÍA 99

SOCIOLOGÍA Y PEDAGOGÍA (facsímil del cap. 1).... 107

MUSEO INFANTIL, JUGUETERÍA
Y PSICOLOGÍA (facsímil) 139

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Artes Gráficas Impresionarte
de Zaragoza,
el día 20 de diciembre de 2004,
en vísperas de la Navidad
y de las "estrenas" mágicas de enero,
fecha propicia para jugar
y "aprender a jugar"

monografías
del instituto aragonés
de antropología

1. Severino Pallaruelo Campo
Las navatas. El transporte de troncos por los ríos del Alto Aragón. Huesca, 1984.

2. Miguel Cabezón Cuéllar, Ana Castelló Puig y Tirso Ramón Oliván
La alfarería en Huesca (descripción y localización. Huesca, 1984.

3. Gaspar Mairal Buil
Antropología de una ciudad. Barbastro. Zaragoza, 1995. (I.A.A. y Centro de Estudios del Somontano).

4. Susan Harding
Rehacer Ibieca. La vida rural en Aragón en tiempos de Franco. Zaragoza, 1999.

5. María Tausiet
Los posesos de Tosos (1812-1814). Brujería y justicia popular en tiempos de revolución. Zaragoza, 2002.

6. Fray Francisco de Tauste
Arte y bocabulario de la lengua de los indios chaymas. Edición facsímil a cargo de Miguel Ángel Pallarés Jiménez. Zaragoza, 2004.

7. Luis Miguel Bajén García
Un héroe en zapatillas. Pedro Martínez Baselga y su museo de juegos y juguetes infantiles. Edición facsímil. Zaragoza, 2004.

Patrocina:

AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA
ÁREA DE EDUCACIÓN Y ACCIÓN SOCIAL
ACCIÓN SOCIAL Y COOPERACIÓN AL DESARROLLO

Colaboran:

Prensas Universitarias de Zaragoza

CAJA INMACULADA

instituto aragonés de antropología